ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

Biblioteca maldita

Y OTRAS HORRIBLES HISTORIAS DE LITERATOS



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Biblioteca maldita

Y otras horribles historias de literatos

Serie
Narrativa breve N° 2

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2020.
Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa
Imagen de portada: Edwaert Collier. Vanitas con libros, manuscritos y una calavera (1663).
Blog: https://voluptuosidadeslapalabra.com
https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra

I
POETAS Y ESCRITORES

EL FANTASMA DE ÓSCAR WILDE

I

Existen algunas personas que se aburren atrozmente y tienen a honra fastidiar a los demás con su cháchara espantosa que incluye comentarios acerca del fútbol, las dificultades que enfrentan en su trabajo y la forma tan ingeniosa en la que respondieron a la vieja horripilante o al degenerado de su jefe.

Si no se han decantado por el tema de la política, repitiendo los lugares comunes de los que se apropian merced a la nefasta y extendida costumbre de leer periódicos, estos seres grises todavía pueden convertir hasta la fiesta de Halloween más espectacular en una convención de abuelas de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días o en la celebración de un aniversario del grupo de Alcohólicos Anónimos más cercano a nuestro domicilio:

—Fría la noche, ¿eh?

—Sí.

—Caray, ¡todos se vinieron disfrazados!

—Suele ocurrir en las fiestas de disfraces.

Si a lo anterior sumamos la repentina irrupción de la beata doña Cleotilde, en cuya casa festejábamos ya que su sobrino (y anfitrión nuestro) nos había asegurado que la tía se encontraba en un retiro espiritual, podemos considerar la posibilidad de que la fiesta termine en breve.

—¡Paganos! ¡Herejes! ¡Fiesta de abominación! ¡De druidas satánicos!

Como además no queremos escuchar semejantes barbaridades acerca de los druidas, que jamás oyeron mentar a Satanás hasta la llegada del aguafiestas de San Patricio, y como dichas necedades nos las repiten hasta el hartazgo en todos los periodicuchos de la ciudad y en burdos panfletos religiosos que nos entregan señoras con cara de esfínter fruncido cada 31 de octubre, decidimos que definitiva e inexorablemente la fiesta ha terminado.

II

Llegué a casa temprano y decidí leer un poco en la biblioteca, donde me encontré con una sorpresa: alguien había estado fumando mis cigarrillos tras encender la chimenea y servirse una copa de vermouth. Además la pantalla se encontraba encendida y sobre el escritorio habían dejado la cajita de la película *El asesinato de Jesse James por el cobarde Robert Ford*, algunos libros de Anna Rossetti, Constantino Kavafis, Honoré de Balzac y Walter Pater. El equipo de sonido dejaba escapar las notas de un nocturno de Chopin.

Era demasiado. Toqué la campanilla para llamar a mi mayordomo que, por supuesto, se hizo esperar:

—¿Me buscaba el señor?

—¡Alfred! ¿Qué significa este desastre?

—Si es una adivinanza y en vista de que el señor luce un disfraz de Mefistófeles yo me inclinaría a pensar que tuvo una fiestecita.

—¿Crees que tengo cara de estúpido?

—El señor preguntó.

Entorné los ojos para estudiar cuidadosamente las facciones de Alfred, quien continuaba impertérrito. Si él no había aprovechado mi ausencia para festejar Halloween a solas, ¿quién había sido?

—¿Tuvo visitas mi mamá?

—La señora salió con su comadre —contestó Alfred, flemático.

—Está bien, puedes retirarte.

Una vez que Alfred me dejó a solas destapé una botella de whisky, tomé unos hielos del frigorífico y bebí un trago. Al volverme lo vi: se encontraba sentado en una de mis sillas griegas, fumando un cigarrillo, con la pierna cruzada y los ojos lánguidos y soñadores: el fantasma de Óscar Wilde.

—¡Maestro! ¿Qué te trae a mi humilde biblioteca?

—Mi querido Elko, estuve leyendo tu blog en mi Tablet y desde hace unos días pensaba visitarte.

—¿Tienes tablet?

—Te sorprenderías con las cosas que los turistas dejan abandonadas en *Père Lachaise*, sobre todo en la tumba de Jim Morrison; en lo que se refiere a la conexión a Internet los espíritus lo tenemos gratis.

—Alguna ventaja debían tener.

—Como no te encontrabas me tomé la libertad de revisar tu deliciosa colección de libros y películas: espero que no te moleste.

—Para nada.

Óscar apagó la colilla que tenía entre los dedos en el cenicero de cristal cortado, se sirvió una copa de vermouth, sacó otro cigarro con boquilla dorada y dijo:

—Pásame las cerillas, chico.

Encendió el tabaco y soltó una bocanada:

—Veo que estás escribiendo una novela —señaló uno de mis manuscritos— espero que no vaya a ser uno de esos mamotretos interminables que tanto gustan a las editoriales comerciales. Bien dije alguna vez que para escribir ese tipo de libros basta con tener una absoluta falta de imaginación.

—Cierto. Borges decía que la novela obliga al relleno y siempre se negó a escribir una.

—¡Pobre Borges! Ya es imposible ser original, ni siquiera en el pecado; pero Jorge Luis, que siempre fue un delicioso narrador, un exquisito poeta y un crítico agudo, estaba en lo cierto. Los *best seller* que infestan los estantes de las librerías, de los que han desterrado completamente al cuento y la poesía, me hacen el efecto de esos paquetes que incluyen una monstruosa hamburguesa, una orden de papas, un pastelillo de piña y un refresco extra grande.

De pronto escuché a mi mamá, que gritaba desde la planta baja.

—¿No hay nadie en esta casa?

El problema con mi mayordomo es que todos fingen que no existe —supongo que no agrada mucho a los demás— y el muy insolente y vengativo se niega a atender la puerta, así que me disculpé con Óscar y bajé las escaleras para abrirle a mi mamá quien, para variar, olvidó sus llaves. Cuando regresé a la biblioteca Wilde se había marchado: confío en recibir de nuevo una de sus amenas visitas cualquiera de estos días.

INSTRUCCIONES PARA APROVECHAR A BENEDETTI

Las lámparas del techo parpadeaban, y es que ya se sabe que los pinches rusos, por muy avanzada que esté su ciencia, siempre tienen unos horribles laboratorios de concreto en los que se basan los edificios públicos de México y otros países todavía más jodidos, además de que siempre gotea un lavabo, el váter se encuentra atascado y lleno de mierda, el guardia bebe vodka o algo así, o por lo menos es lo que sale en las películas de Hollywood.

El paciente HRZL894510ABZ-3491-XC abrió los ojos: eran unos ojos terribles y relampagueantes, los ojos de un hombre que descendía de los olímpicos.

El paciente HRZL894510ABZ-3491-XC estaba encabronadísimo.

Se trataba ni más ni menos, que de Johan Wolfgang von Goethe, quien volvía a la vida merced a una muestra de semen capturada en un antiguo camafeo y a los secretos avances de la ciencia que sería muy pesado relatar aquí.

—¡Mein Got! —rugió el genio.

—¡Maestro! Usted se encuentra en el año…

—¡Ya lo sé, imbécil, ya lo sé! Hasta una bola de simios como ustedes tenían que descubrir este secreto. ¿Qué ha pasado con el mundo?

El doctor Dimitri Steklov, un tipo flaco, de esos que tienen las piernas de grillo (las rodillas se doblan hacia atrás en un ángulo imposible) flaco y panzón, con dientes amarillos, facciones mongólicas y una horrible barba de chivo a lo Lenin (que Morrigan lo mastique eternamente) se acercó poniendo cara de chico listo y dijo:

—Paciente HZRL894…

—*Arschlog!* ¿Qué ha pasado en el mundo?

El maestro se levantó y las blancas sábanas del catre de hospital cayeron grácilmente. Aquello que tenía entre las piernas se balanceaba obscenamente: el doctor Dimitri Steklov no podía apartar la vista de ese péndulo que, como ya hemos dicho, se balanceaba, obscenamente.

Eso lo sé porque el encargado de seguridad, Pavlov Popov tiene el video y mira todas estas escenas, una y otra vez, hasta la obsesión.

El doctor Dimitri Steklov se compuso y dijo:

—Paciente HZRL894510ABZ-3491-XC, es mi deber informarle que…

Dimitri Steklov recibió un bofetón que casi le arrancó la cabeza.

—¡Si me vuelves a decir así te voy a patear el… hasta que la mier… se te salga por la boca, además te voy a…

Lo siguiente que dijo el maestro ha sido clasificado por los servicios secretos de Rusia, lo cierto es que Dimitri Steklov recibió otro bofetón que nuevamente casi le arranca la cabeza.

Lo más feo es que el maestro brincó sobre el catre y aquello que tenía entre las piernas le bailaba obscenamente y el doctor Dimitri Steklov no podía quitarle los ojos de encima.

—¡Informe! —rugió el maestro.

—La ciencia ha avanzado hasta descifrar el genoma humano, se han lanzado satélites al espacio, el hombre llegó a la luna, entre las amenazas modernas se encuentra el ébola, la comunidad europea tiene aguacates baratos, el expresidente de México, Vicente Fox Quesada, quien usaba botas, ha sido…

El maestro, harto de escuchar tamañas estupideces le dio otro bofetón a Dimitri Steklov (que nuevamente casi le arranca la cabeza).

—*Vixer! Behinder!* ¡Poesía, carajo! ¡Poesía! ¿Qué ha pasado con la poesía? ¡Lo demás no importa!

En sus años mozos el doctor Dimitri Steklov (quien no le podía quitar los ojos de encima a esa cosa obscena que colgaba entre las piernas del maestro), durante un viaje de adoctrinamiento, se había conseguido —por algún accidente cósmico y gracias a una momentánea pérdida de autoestima de la próximamente citada— a una oaxaqueña bigotona que le había regalado un librito de Mario Benedetti, que el doctor guardaba en su maletín como una cosa preciosa, y es que hay gente que tiene tan horribles gustos: su nombre es legión.

—¡Maestro! —dijo Steklov mientras sacaba su ejemplar seboso y se lo entregaba, con reverencia, al maestro.

Johan Wolfgang von Goethe, amado por los dioses, pidió una botella de vino, su rostro se relajó y, saboreando de antemano la lectura, abrió el libro.

Steklov estaba orgullosísimo.

Según refieren los servicios secretos de Rusia el maestro comenzó a azotar sillas, mesas y otros muebles contra las paredes de concreto del complejo de investigación, secuestró a una enfermera de bastante buen ver (uf, ya saben cómo era el maestro) a quien dictó *Las cuitas de Werther, parte dos*, le quitó un broche del pelo a la enfermera y se suicidó, privándonos, una vez más, de su genio sublime.

Las cuitas del joven Werther, parte dos, han sido clasificadas, toda vez que hablan del futuro suicidio de la humanidad y

todo el que las lee se quita la vida (comenzando por la enfermera).

Voluptuosidad es la palabra se ha dado a la tarea de localizar dicha información pero solo ha conseguido de Julian Assange (a quien le cambié una estampita del Santo de los años 80, que le faltaba) algunos fragmentos con las instrucciones que dejó el maestro acerca de cómo aprovechar las lecturas de Mario Benedetti, textos fragmentarios que a continuación compartimos para beneficio de la humanidad y con peligro de nuestras vidas por andar revelando secretos de estado:

Han descendido al nivel de los mandriles, quizá por leer tantos periódicos, como alguna vez pronostiqué. Pintan en las paredes títulos de canciones populares y le llaman "acción poética", como si supieran qué es una acción poética (ejemplo: amar a una mujer sin medida, cagarse en la propia carrera profesional en aras de la poesía, escribir un leid en medio de un incendio o una tormenta, en fin).

Lo anterior se comprende porque el vulgo siempre será rastrero, pero he leído a un tipo con cara de perro faldero que gracias a los dioses ya se murió, pero escribió sus horribles ocurrencias hablando de verrugas y de otras cosas que en mis tiempos únicamente referían las lavanderas viejas, maliciosas y amargadas: si este es el gusto literario actual debo decir que la humanidad no tiene remedio.

No obstante dejaré algunas instrucciones para aprovechar a Mario Benedetti, mismas que anoto a continuación:

Debe utilizarse el arte de arrancar páginas de libros, una vez hecho ello se procederá a arrugarlas una y otra vez a fin de que adquieran una textura suave que permita limpiarse el culo y que se vaya, sin atascos, por ese invento moderno llamado váter…

Aquí terminan los apuntes del maestro.

CARTA A LOVECRAFT

Destinatario: H. P. Lovecraft. 598 Angell St. Providence, Rhode Island.

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa. Chihuahua, México.

Mi querido Howard:

Mis manos tiemblan de horror ya que la casa se ha llenado de presencias ominosas que provienen de una realidad putrescente, extraviada en los mares de la locura, más allá de los sueños de Cotton Mather y del lago de Hali.

Si bien me advertiste que no dejara abiertos los portales demasiado tiempo a fin de evitar que *Esos que no se deben nombrar* se volvieran más fuertes, el ansia de impíos conocimientos pudo más que tus consejos y mi prudencia.

Cuando pronuncié las palabras (que ya eran viejas cuando la Atlántida fue devorada por la furia de *Los Antiguos*) dibujé el signo de Koth a la mórbida luz de una vela negra cuyos horrendos ingredientes es mejor omitir, no

sea que este saber caiga en manos más torpes que las mías y *Aquéllos que acechan desde el abismo* cobren sustancia.

Lo cierto es que las paredes y la realidad se volvieron acuosas y pude vislumbrar los espacios indescriptibles, donde los dioses dementes bailan al son de una música idiota y perversa.

Por fortuna encontré una fórmula de Al Hazred que me permitió contener el vacío en el baño de la segunda planta de mi casa, mismo que se encuentra clausurado con el pretexto de un desperfecto de plomería; pero tiemblo al pensar que uno de estos días se agotará la paciencia de mi madre, abrirá la puerta y contemplará las formas atroces que bailan en la negrura infinita. ¡Por Dios! ¡Entonces sí se me va a armar!

Eres mi última esperanza. Confío que entre tus papeles encuentres una solución a esta fractura que he provocado en el *continuum* espacio-temporal.

Tuyo:
Elko

P.D. Te mando unos chiles habaneros de la huerta familiar que espero sean de tu agrado.

EL ASESINATO DE LA IMAGINACIÓN

Parece que en nuestros días hemos perdido algo de la inocencia que durante siglos había caracterizado a la humanidad. Nos hemos vuelto unos seres pasivos, meros tentáculos de la televisión o de nuestros centros de trabajo. En este orden de cosas, ¿dónde queda la imaginación? ¿Y el goce estético?

Escuchamos la opinión tan extendida de que leer es una pérdida de tiempo (poemas, cuentos y novelas, entiéndase) ya que estamos tan embebidos del utilitarismo y del ritmo frenético de la época y somos un poco chatos en nuestras aspiraciones, que se limitan a pagar la renta y a salir de compras.

Tras la mal llamada Revolución Francesa y las dos guerras mundiales el mundo cambió para siempre y de manera tan radical como nunca se había dado en la historia: la burguesía terminó por imponerse a una aristocracia moribunda y en la nueva realidad todos debían trabajar, ser responsables, medidos, organizados y serios.

Desde entonces el pragmático hombre moderno ha considerado al arte como una especie de apéndice de las

ciencias sociales, la psicología y la docencia, olvidando ese goce estético desinteresado que tanto apreciaron los pueblos antiguos: es reveladora la existencia de tanto *arte comprometido*.

—¿Poesía? ¿Y eso con qué se come? ¿Cuál es el caso? ¿Dónde tiene el mensaje?

No falta quien juzgue una novela por la cantidad de información que trae: del siglo XVIII, de tal descubrimiento científico, de la condición de los mineros en África, etc.

Es aquí donde Nietzsche nos plantea la pregunta: ¿Se puede hablar de "cultos" nuevos como de ricos nuevos? Y contesta que hay personas que a pesar de su educación, digieren tan rápido sus lecturas, sin razonarlas, sin que se verifique un verdadero cambio en su interior.

Se dice que el mundo hispánico es un universo de grandes literatos, pintores, escultores y demás, pero también un reino de analfabetas funcionales. En *Historia trágica de la literatura* Walter Müschg se cuestiona, después de analizar las vidas miserables de los grandes artistas helenos: ¿era el pueblo griego un pueblo genial o tenía muchos genios a los que trataba de tan mala manera?

Ahora bien, ¿la belleza es un lujo o una necesidad? Aun los pueblos salvajes sintieron la necesidad de embellecer sus objetos. La fealdad de las modernas ciudades y de las asépticas barracas donde laboramos, así como la correlación con los graves problemas de los tiempos que corren (suicidios, asesinatos en masa, crisis existencial) quizá contesten esta interrogante.

La cultura y el arte últimamente son considerados como aburridos por gran parte de la población. Incluso algunos psicólogos sugieren que el artista es un ser inferior, un eslabón superado con una cualidad de compensación a sus desventajas. Abundan las "patologías del artista": que si el Greco hizo sus figuras alargadas porque tenía un problema en la vista (otro tanto se dice de Van Gogh); que Shakespeare era bisexual y Edgar Allan Poe un borracho y tal vez hasta asesino.

No niego el interés de tales estudios, pero tal parece que se pretende minimizar los logros de estas personas en nombre de la razón, desacralizando las cúspides más bellas del hombre con una especie de envidia que grita: ¡todos somos iguales!

Ahora bien, ¿son iguales los versos que le hace una abuelita a sus nietos y que publica en algún periodicucho a las obras maestras de los grandes artistas? ¿No existe la inspiración porque nadie ha podido medirla, pesarla, ver su color? ¿Es el genio una superstición propia de siglos remotos?

El deseo de igualdad se ha llevado a tal extremo que se puede hablar de uniformización. Hay autores que hasta dicen que con la caída de los reyes y de la aristocracia se perdió algo, que el hecho de vivir en civilizaciones dominadas por la clase media nos impone una "mediocracia" en la peor de las acepciones.[1]

Y es que, ¿a qué hora se cultiva una persona? ¿Y qué sentido tiene cultivarse? ¿Para ser uno de los llamados "culturitos" que cargan un texto que nunca leen y que andan detrás del vino de honor en las presentaciones de libros y en las exposiciones de pintura? ¿Para justificar el uso de una droga? ¿Para ser elegantemente desaliñados? ¿Para citar una espeluznante lista de autores y pasar por *gente nice*? ¿O por el James Dean moderno y *La Femme Fatale*?[2]

Walter Müschg llega a la conclusión de que el sino de los poetas (y por extensión del resto de los artistas) es uno de fatalidad. Incomprendidos en su época, "gloriosamente" transportados en las mochilas de los niños, desaparecidas sus obras (por cada una salvada deben contarse cien obras perdidas) pareciera inútil todo esfuerzo en el sentido artístico.

---

[1] Por mediocre.

[2] Mujer fatal.

Pero, nos dice este autor, "las flores, como la belleza, nacen aparentemente sin ningún objetivo y luego se marchitan, pero es un consuelo que haya flores y que salga el sol".

LOS VAMPIROS NENAZAS DE CREPÚSCULO

I

Todo comenzó durante el otoño del 2007, cuando era un poco más joven y bello. Mi hermana Karla quería que le recomendara un buen libro de vampiros así que nos metimos a una librería:

—Señorita —pregunté a la tía que despachaba—, ¿tendrán *La muerta enamorada*, de Theophile Gautier?

La dama en cuestión, que engalanaba su rostro con unos bigotes que hubieran sido la envidia del general Francisco Villa o del mismísimo Vercingetórix, me miró con absoluto desprecio esperando que yo desapareciera, pero como eso no ocurrió ella lanzó un suspiro y tecleó el título del libro en su computadora.

—No lo tenemos en existencia, caballero.

—¿Tendrá *Soy leyenda*, de Richard Matheson?

La mujer me miró como a un forúnculo o a una aberración surgida de la mente de Lovecraft; pero avezada en tratar con lectores irritantes se recompuso rápidamente y tecleó el título para informarme, con una sonrisa condescendiente, que no lo tenían.

Finalmente la tipa me prestó el teclado del ordenador a fin de que la dejara en paz y buscara yo mismo todos los libros para anormales que me viniera en gana: no estaba *Carmilla*, de Sheridan Le Fanu ni *Salem´s Lot*, de Stephen King… Había algunos de Anne Rice, pero ya los había leído mi hermana.

Ni hablar, Karla, no tienen nada de vampiros en esta librería. Deben ser mormones, testigos de Jehová o han sufrido alguna otra experiencia traumática.

Apenas dije lo anterior cuando una señora de unos 48 años apareció como por ensalmo:

—¡Disculpen! Escuché que buscaban algo de vampiros.

La mujer, que tenía unos kilitos de más, lucía unas mallas ajustadas color violeta, unas zapatillas blancas, una blusa esmeralda, aproximadamente siete metros de joyería de fantasía enrollados alrededor de su cuello, unas pulseras que sonaban como cascabeles cada vez que se movía (lo que ocurría todo el tiempo) y unas uñas de plástico pintadas de colores chillones y aderezadas con un montón de brillantes.

Completaba su atuendo con una enorme bolsa dorada y una bandana azul turquesa de la que escapaban algunos rizos teñidos con un tono naranja.

—¡Deben llevar este! —dijo la mujer esgrimiendo un libro con una portada bastante mediocre titulado *Crepúsculo*—. Tiene de todo: amor, misterio, aventura.

Sospecho que era la tía de Stephenie Meyer disfrazada de maestra de manualidades de la YMCA ya que se deshizo en elogios por el libro; pero eso no fue lo peor: *terminé leyéndolo*.

II

Con un estilo que recuerda a Corín Tellado (si la famosa narradora se hubiera decidido alguna vez a contar una historia de terror) Stephenie Meyer nos cuenta la historia de Isabella Swan (Bella), colegiala berrinchuda que decide mudarse a Forks, pueblo lluvioso en medio de un bosque sombrío, toda vez que su madre ha vuelto a casarse. En

dicho sitio la espera su padre, el insignificante jefe de policía al que Bella siempre se refiere como Charlie.

Bella acude al colegio local donde causa furor entre sus mentecatos condiscípulos, a quienes batea alegremente.

Edward Cullen, un guaperas que no se aburre de asistir al colegio luego de 90 años de existencia vampírica, se siente ferozmente atraído por Bella, cuya sangre tiene un aroma particularmente atractivo para los vampiros.

A lo largo de interminables y soporíferas páginas, salpicadas con los chismorreos propios de adolescentes en plan de ligue, asistimos a los escarceos entre la irascible Bella y el "misterioso" Edward, quien poco a poco revela todos sus secretos, a saber:

Los vampiros no duermen; los Cullen forman un clan de vampiros bonachones que han decidido abstenerse de beber sangre humana y en cambio cazan osos y panteras en el bosque; los vampiros no usan ataúdes, no los dañan las cruces y no les afecta el sol, pero los pone en evidencia. Esto último intriga a Bella, pero pronto acude con Edward a un claro del bosque donde lo tocan los rayos del sol y se pone a brillar como un árbol de Navidad. Solo faltó el castillo de Walt Disney y el hada Campanita trazando estelas de polvo mágico en el aire; por otro lado lo anterior explica que durante el pasado Halloween un adolescente se rodeara con todas las series de foquitos navideños de su casa: ¡estaba disfrazado de un vampiro de *Crepúsculo*!

Pero me estoy extraviando: poco después Bella es presentada a la familia de Edward Cullen y ellos la invitan a que contemple un juego de béisbol en medio del bosque aprovechando una tormenta llena de truenos que habrán de disimular el estruendo que los vampiros producen al golpear la pelota.

Al parecer a los vampiros no se les ha ocurrido otra cosa, durante su paso por la eternidad, que jugar a tan fastidioso deporte. Prueba de ello es que tres miembros de otro clan de vampiros —que por cierto no han renunciado a beber

sangre humana— escuchan el ruido del juego y ansiosos por participar se reúnen con los Cullen, lo que pone en peligro a Isabella Swan cuya sangre, como ya se dijo, resulta extremadamente atractiva.

Bella decide huir de Forks, finge una pelea con Edward y le suelta una filípica al pobre de Charlie (su padre) diciendo que se siente muy atraída por el joven Cullen, pero que no soporta vivir en un lugar tan mediocre como Forks y que no piensa cometer el mismo error que su madre casándose con un patán pueblerino. En lugar de ponerle unos cintarazos el patético Charlie permite que su hija adolescente huya a Phoenix, en medio de la noche, a bordo de una vieja camioneta que él mismo le había regalado.

James, uno de los vampiros malosos, consigue secuestrar a Bella y la deja malherida; pero la angustia de los lectores termina más adelante cuando la señorita Swan es asistida por los Cullen, regresa al pueblo y el argumento desemboca en el clásico baile de fin de cursos.

En la página de agradecimientos Stephenie Meyer reconoce su deuda con un tal Jodi Reamer, que en su casa lo conocen, por haberla asesorado en todas sus preguntas acerca de automóviles: ¡Pluguiera al cielo que se hubiera informado sobre vampiros!

Una novela apta para adolescentes descerebrados y retrasados mentales de todas las edades. La película es peor: ¡quieran los dioses que jamás me vea en la necesidad de leer los dos volúmenes restantes!, y es que Stephenie Meyer, no contenta con *Crepúsculo*, se dio a la tarea de escribir *Luna nueva* y *Eclipse*. ¡Qué Nosferatu la perdone!

VENDÍ UN LIBRO

I

Cerré el negocio y suspiré:

—¡Dios!, un aristócrata y un artista de mi categoría no debería ser un maldito mercachifle, pero al menos no tengo jefe, nadie me grita y cuando llegue a la casa me voy a beber media botella de merlot, además de ver una película de terror, por ejemplo *Quemaduras de cigarro*.

De esa forma llegué a mi humilde morada, me asomé a mi cuenta de Kindle Direct Publishing y descubrí lo imposible: había vendido un libro. Una linda española, que más merezco pero me conformo, dijo que mis poemas eran fenomenales. Audaces pensamientos cruzaron por mi mente y le hablé a Juan Campos:

—*Mister Pills! Mister Pills! Mister Pills!*

Era preciso celebrarlo. 2.67 dólares bien ganados. Todo mi genio, horas y horas de lectura habían valido la pena. Juan Campos juntó a la banda y saqué lo que quedaba de mis ahorros: cerveza, chicas alegres, exóticos perfumes fueron entretejiendo la noche.

—A este paso, Gabo, hasta me voy a casar con Britney Spears.

—Claro, señor, claro, ya decía yo que usted se iba a lograr.

—Cuando me case con Britney me voy a pasar la tarde pintándole las uñas de los pies de color melón, luego tomaré sus cabellos dorados y habré de besarla toda.

—Usted se lo merece, señor. Espero que me invite a la boda.

—Claro que sí. Compraré un yate, lo llenaremos de cerveza y jamás nos volverán a ver en tierra firme.

—Es usted un dios y me honra con su amistad y sus botellas.

—Hasta que me hizo justicia la revolución Kindle.

—Habla usted como un príncipe —dijo Chava mientras abría una cerveza.

—*Hip hip hip! Hurray!*

El mundo me pertenecía, hasta pedimos siete carísimas botellas de absenta. Desafiando al vértigo conseguí ponerme de pie para soltar un discurso memorable:

—Señores —dije a mis amigos, que me miraban como si fuera el mismísimo sir Winston Churchill a unas horas del bombardeo alemán—, me encuentro en la antesala de la gloria.

Las chicas destaparon una botella de *champagne* y pusieron de acuerdo a mis amigos para mantearme y todo se volvió oscuridad…

II

—¡Elko! —dijo mi señora madre, justamente indignada—. ¡Te recogí en el patio! ¿Cuándo irás a sentar cabeza?

Por lo menos respiraba, así que me metí a la ducha y, filosóficamente, hasta eso, pedí un taxi y abrí el negocio.

Sospecho que un día de estos me va a arruinar la literatura.

LEYENDO A ROSSETTI

Pocas cosas tan placenteras como recostarse entre blandos almohadones cubiertos de seda y perfume mientras sostenemos una copa de merlot y hojeamos al azar la rutilante poesía de Ana Rossetti, ahijada de Apolo y acaso lejana descendiente del Divino Marqués.

La belleza y el espanto, el placer y el dolor, la ternura y la crueldad se van entretejiendo exquisitamente a lo largo de los versos que aparecen en uno de sus florilegios más conocidos: *Devocionario*.[3]

Tan sencillo es matar, pues es el mundo frágil
como un vaso de vidrio. Diligentes tijeras
o sables alfileres apenas se precisan:
pujante y obstinada derramará la sangre
su estipendio.
Tan sencillo es matar, decapitar libélulas,
traspasar inmóviles pupilas
de insectos silenciosos y, una vez alcanzada

[3] Rossetti, Ana. Devocionario: Poesía íntima. Plaza & Janes. España. 1997.

la paloma, esparcir sus vestidos,
vitral tenue del ala desgarrado
por acequias veloces.

Adentrarse en este universo poético es como recorrer los lujosos pasillos de un palacio barroco mientras escuchamos, a lo lejos, las gélidas y elegantes notas de un clavicordio; en este ambiente no sería raro encontrarse con el diablo:

Era, fíjense bien, el siglo dieciocho,
y a la turbia belleza del extraviado ángel
añádanle brocados, cabrilleantes medias
sobre la torneada pantorrilla,
arrogante tacón y mullida peluca;
como lirios las ingrávidas manos
sobresaliendo apenas del abundante encaje
e inquietante lunar celando la sonrisa.

La sangre, el flagelo, oratorios silenciosos bañados de penumbra, los rostros hermafroditas de ángeles y santos y los horrores deliciosos de la Iglesia Católica, vistos a través de los ojos llenos de asombro de una niña, pueblan los ensueños de Rossetti:

Dúctil cuero lustroso, su lengua desenrosca
por tu espalda y una orquídea se asienta,
teje su laberinto de sangriento guipur,
cae al suelo: su severo ajedrez
en búcaro lo torna. Así cuarenta veces.
Cuarenta veces flores desde sus hombros cuelgan.
Firmes hombros tan pálidos
como cimas heladas o magnolias.

O en este:

En pos de ti, mi bello ensimismado,
la infancia, desplegándose,

me muestra las imágenes —casi irreconocibles—
de la niña que fui cuando te amaba.
Manos juntas sobre las azucenas del misal,
la blonda de mi velo se anaranja
—sangre y topacio brotan de la bóveda herida—
y en mis mejillas hay una caléndula.

A diferencia del guarro de Benedetti Ana no confunde el pesado oficio de ser divina con el aburridísimo papel de una trabajadora social de la YMCA y antes de perder el tiempo leyendo el mamotreto horrible de Carlos Marx ella disfrutaría las obras completas de Balzac o de Óscar Wilde.

Cuando yo sea grande quiero escribir como Rossetti.

Gracias, Ana, por tantas horas llenas de belleza. Ya sabes que te amo irremediable e inexorablemente.

CARTA A BUKOWSKI

Queridísimo maestro:

Estoy seguro que la puta barata que contratamos no se robó tus poemas: están en la guantera de ese coche viejo que conduces y al que únicamente le prenden los faros delanteros cuando agarras los baches.

Hoy me despertó un pájaro azul que se te escapó y que al parecer no encontró mejor sitio que mi rostro para hacer sus necesidades.

Anoche, cuando andabas en calzoncillos y con camiseta interior por toda la casa, disculpa que te lo diga, no te limpiaste bien porque imprimiste una mancha húmeda y color marrón en el sofá.

Por otro lado acabaste con lo que quedaba de mi reputación toda vez que amaneció una mona inflable en el jardín a la vista de los vecinos.

Vas a decir que soy muy quejumbroso, pero me molestó muchísimo que mataras a la araña que tanto me gustaba contemplar cuando sentado, lánguida y soñadoramente, en el váter.

Total ya sabes que me es imposible enojarme contigo durante mucho tiempo y, si prometes comportarte, la próxima vez que me visites yo pongo siete paquetes de cigarrillos Camel y doce botellas de vino del más ordinario, ese que te gusta tanto y nos hace reír hasta las lágrimas.

Tuyo:
Elko

UN JOVEN DIOS DEL VINO

Cuán fastidiosas se nos presentan las pequeñas, pero múltiples obligaciones que nos impone la modernidad, ¿o debemos decir, postmodernidad malograda? Día con día nos vemos obligados a llenar nuestra cabeza con cientos de conceptos que en el fondo son pura basura, ya que no nos sirven para una mejor comprensión de las realidades inmanentes.

Con un espíritu artístico nos fingimos científicos y andamos por los caminos de la vida de mala gana, como una mula que apenas atina a moverse para evitar el golpe preciso y doloroso de una varilla en los cuartos traseros.

Después de caer de las alturas repetidas veces comienza a faltarnos la audacia de los ángeles de alas negras.

Trasegando fárragos y fárragos de conceptos absurdos, de información periodística, educativa, "cultural", política y otros muchos que al cabo de unos días lanzaremos gozosamente al bote de basura (aunque después sea preciso recuperarla en los tiraderos).

A veces cierro los ojos y me imagino entre unas ruinas antiguas, cobijadas por el bosque y a las que invade la hierba.

Todo mi deseo reside en convertirme en un joven dios del vino, pletórico de risa y transido de presencias mitológicas.

A veces quisiera que la máscara del carnaval se volviera parte inseparable de mi rostro.

De acuerdo con Anne Rice el alcohol y otras sustancias fueron la verdadera causa para que surgiera la civilización, lo cual resulta irónico: el diablo disfrazado de libertad.

Puedo imaginar los espacios inmensos y exuberantes que debieron pertenecer a los antiguos. Ante los cambios del clima bastaba moverse de un lugar a otro para conseguir alimentos, siguiendo los trazos que dibujaban en el cielo las aves migratorias; pero el hombre anhelaba la ciencia de los ángeles y no podía conformarse con recolectar ocasionalmente el hongo y la flor que le abrían espacios secretos, aderezados de maravilla.

Sospecho que el fruto prohibido que Eva recibió de la serpiente era una calabaza rebosante del vino de los jinas, y entonces llegó el sudor en la frente, la forja del arado y las espadas…

Poco después los sacerdotes (constructores de ciudades, burócratas y asesinos de profetas) regularon el uso de todas las fuentes del delirio, sexo incluido… y la serpiente se reía.

Vino, tu nombre es Legión, tu nombre es Iridiscencia. Acaso y por una vez nos devuelvas lo que hace mucho nos quitaste… Salud.

LA LLUVIA DEL OTOÑO

Tímidamente la lluvia del otoño anuncia su presencia repiqueteando en los cristales. La mañana es fría y contrasta con los cálidos colores de la biblioteca. El vino arroja sus destellos a través de las paredes de cristal que lo aprisionan.

En días como este cuestionamos los ayeres y tratamos de justificar los pasos que nos han llevado hasta el presente. El humo del cigarro y los horizontes fantasma al otro lado de la persiana ejercen un influjo contradictorio: la persistente nostalgia por países y personas que nunca conocimos, sentimiento que se enreda con una especie de optimismo… como si entreviésemos jardines ilusorios hablando de esperanza.

Ocasionalmente el libertinaje parece un sendero de maravillas: elevarse hasta la lógica del absurdo se antoja como tomar el cielo por asalto, la ocupación propia de un caballero y el despliegue de armas que nos permiten evadir la opresión del filisteo: otras veces los alegres camaradas se convierten en cadenas, en presencias molestas y en obstáculos para la realización plena de un sueño que alguna vez, junto a las ruinas de una mansión que nos hablaba de ideales difusos, comprendimos o creímos comprender.

No obstante lo anterior (o adicionalmente) el sueño habla con el ritmo de un árbol solo, agitado por la lluvia y su inmensa soledad, condición que parece hermanarse con la nuestra. Por ello ocultarse, volver al seno de los libros se transforma en un apostolado, en una necesidad inaplazable.

Entonces me seduce la risa de unas criaturas femeninas que juegan en el lago de un bosque encantado que se baña con la suave caricia de la luna, pues dicen los viejos que en esas miradas hechiceras cabe todo el dolor que yace en el corazón de un poeta, y toda su alegría.

La lluvia del otoño a veces me recuerda la imagen de una niña rubia que recorría jardines silenciosos entre andadores de piedra y húmedas bancas pinceladas de musgo; una carta llena de perfume que atesoro, una fotografía en blanco y negro.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

"La civilización es un capricho de las circunstancias, al final la barbarie triunfará", pone Robert E. Howard la frase en boca de uno de sus personajes terribles mientras bebe, acompañado del mismísimo Conan el Bárbaro y después de una horrenda batalla, en el rincón de un taberna.

Como poeta entiendo el significado de la frase. ¿Es que no somos los poetas eternos bárbaros trenzando mitos y deseando las tétricas noches de bosques primordiales? Incluso el poeta más refinado, digamos un Óscar Wilde, tiene algo de hosco y ajeno al verdadero hombre civilizado, y ese algo se llama delirio, magia, tragedia… vértigo.

Lo cierto es que existe un infinito placer cuando nos damos el lujo de escupir en la cara a un burócrata mediocre, a un periodista corrupto, o a uno de esos imbéciles financieros que destilan humores de filisteo por todos y cada uno de sus poros.

Una experiencia que siempre resulta estimulante es arrancar al fuego un buen trozo de carne y devorarlo —desgarrarlo— mientras lo sostenemos con nuestras manos desnudas y lo acompañamos, claro está, por grandes

cantidades de cerveza, bebida prodigiosa que nos ayudará a ir tejiendo esos suspiros caprichosos del alma bárbara, mejor conocidos como eructos.

Y cada eructo se vuelve un poema épico que nos remite a Beowulf, al dios Thor y a los barcos vikingos surcando los mares.

Es buena idea, una vez que nos hemos limpiado la grasa de los labios con el antebrazo o nuestras ropas, agotar nuestra ración de vino y tumbarnos bajo la sombra generosa de un árbol mientras sueños bestiales nos van invadiendo al tiempo que el céfiro nos colma de las dulces caricias que solamente los bárbaros sabemos apreciar.

CARTA A SADE

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa. Chihuahua, México.

Destinatario: Donatien Alphonse François, marqués de Sade. Castillo de Vincennes, Francia.

Divino Marqués:

Leyendo los deliciosos versos de Petrarca me encontré, irremediablemente, con la *madona* Laura, tu ilustre antepasada y gloria de la casa de los Sade, por lo que me acordé de ti y me animé a escribirte unas líneas.

Aquella vez que te presté mi villa italiana dejaste un desastre en todas las habitaciones además de olvidar una serie de artilugios que hicieron que Alfred, mi mayordomo, levantara una ceja de pura indignación al ver tus juguetes: dildos, látigos, grilletes, antifaces y bozales.

Me encantó esa silla que jala a las personas hacia atrás, les atrapa las piernas y las alza, además de dejarles el culo al aire. ¿Puedo quedármela?

Por otro lado encontré un frasco de ungüento y unos hermosos chocolates que me cuidé mucho de tocar: supongo que el ungüento es aquel cicatrizante que probaste sobre la Keller luego de que la obligaras a desnudarse a punta de pistola y le dieras unos buenos azotes en tu *petite maison*, pecadillo por el que la muy exagerada te denunció. Definitivamente en estos tiempos un caballero ya no se puede conceder uno que otro capricho: a este paso las masas indoctas van a levantarse en armas.

En lo que se refiere a los chocolates casi estoy seguro que son los mismos que mezclaste con cantárida y obsequiaste a las muchachas y los aldeanos en ese burdel de Marsella, donde todos se rasgaron las ropas, se ayuntaron como bestias (inspirando de paso la escena final de *El perfume*, de Patrick Süskind) y hasta una de las chicas saltó desnuda por la ventana. Esa calaverada fue una de tus obras maestras: exageraron al condenarte a muerte; afortunadamente tu familia intervino y el asunto se solucionó felizmente.

Te dije que no regresaras a Francia porque la bruja de tu suegra conseguiría que fueras detenido a pesar de tu parentesco con los Borbón y los Condé. Ya ves cómo es delicada esa señora: no te puede ver ni en pintura desde que sedujiste a tu cuñada Luisa para luego prostituirla mientras estudiabas los secretos del libertinaje, nada menos que en Italia.

Espero que salgas pronto de prisión para organizar una de esas mascaradas en las que tanto nos divertíamos y que no tenían nada que envidiarle a la fiestecilla que aparece en la película *Eyes wide shut*, de Stanley Kubrick.

Me despido no sin antes desearte una pronta liberación y una fructífera carrera literaria.

Tuyo:
Elko
P.D. Saludos de Drácula.

LEYENDO A BÉCQUER

Los días de lluvia son soñadores: entretejidos de nostalgia y pincelados con desdibujados fantasmas que acechan en la bruma nos invitan al recogimiento, a hablar en susurros o a buscar un rincón melancólico en el que no falte un cedro libanés, un cuervo y una banca de bronce llena de verdín.

En estas brumas germánicas y en contra de todas las advertencias de mi psiquiatra se vuelve irresistible acudir a las páginas de las *Rimas*, o *Libro de los gorriones*, del inmortal Gustavo Adolfo Bécquer. Comenzamos a calentar motores con la Rima XV:

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día;
yo, que, incansable como demente
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

Una vez establecida la atmósfera insana del romanticismo más trasnochado posamos nuestros ojos lánguidos en los pocos transeúntes que descubrimos, a lontananza. Por

supuesto que no habremos olvidado una gabardina oscura, un bonete y una bufanda roja para embozarnos mientras caminamos, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, como atormentados por una pasión desesperada. En este punto acudimos a la Rima XIX, que dice:

Cuando sobre el pecho inclinas
la melancólica frente,
una azucena tronchada
me pareces.

Porque al darle la pureza
de que es símbolo celeste,
como a ella te hizo Dios
de oro y nieve.

Abrumados por una desgracia decimonónica continuamos con nuestro paseo por las sombrías calles y el asfalto transformado en charol merced al hechizo de las hadas de la lluvia. Conviene pues recitar la Rima XXXVII mientras contemplamos, a través de un velo de lágrimas, los cielos cenicientos que lloran (nos guardaremos mucho de que nos vea la policía):

Antes que tú me moriré: escondido
en las entrañas ya
el hierro llevo con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.

Después de tanto exceso emocional se recomienda detenerse un momento para fumar un cigarrillo: sirve que, si no estamos resfriados, aún podemos fingir una romántica tuberculosis.

Si se tercia entraremos a un bar y buscaremos a un parroquiano que se encuentre en la misma disposición que nosotros, con el naufragio cincelado en el rostro y, luego de

invitarle una copa, le haremos nuestras confidencias empleando para ello la Rima XLII:

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas,
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche,
en ira y en piedad se anegó el alma,
¡y entonces comprendí por qué se llora!,
¡y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor… con pena
logré balbucear breves palabras…
¿quién me dio la noticia?.. Un fiel amigo…
Me hacía un gran favor… Le di las gracias.

Salimos del bar y nos dirigimos a la playa, a la presa o, en su defecto, buscamos en nuestra tablet o teléfono celular la pintura *El caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friederich, para mantener la atmósfera, y salmodiamos la Rima LII con una *voce calda*, aguardentosa, destrozada por los espectros:

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Si acaso la indiscreta mirada de los escasos peatones se fija en nuestra figura murmuraremos entre dientes la Rima LXX:

En las noches de invierno, si un medroso
por la desierta plaza

se atrevía a cruzar, al divisarme,
el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
dijese a la mañana
que de algún sacristán muerto en pecado
era yo el alma.

Si todavía no nos hemos arrojado de un puente visitaremos un cementerio o bien, aguardaremos a que pase un vehículo negro, con los vidrios ahumados, que recuerde vagamente una carroza fúnebre, para recitar la Rima LXXIII:

La noche se entraba,
el sol se había puesto:
perdido en las sombras
yo pensé un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a veces me acuerdo.

Volvemos sobre nuestros pasos para llegar a casa y miramos las luces encendidas para cerrar con broche de oro, murmurando la Rima LXXXIV:

Lejos y entre los árboles
de la intrincada selva
¿no ves algo que brilla

y llora? Es una estrella.
Ya se la ve más próxima,
como a través de un tul,
de una ermita en el pórtico
brillar. Es una luz.
De la carrera rápida
el término está aquí.
Desilusión. No es lámpara ni estrella
la luz que hemos seguido: es un candil.

Preparamos un chocolate caliente, además de servirnos unos panecillos fragantes y luego de tomar una ducha nos disponemos, por salud mental, a ver una película cómica para mantener a raya los espíritus sombríos que gimen en el viento y en las sombras.

CARTA A MEFISTÓFELES

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa. Chihuahua, México.

Destinatario: Mefistófeles. Infierno. Noveno Círculo, Cuarta Zona.

Apreciado Amigo:

Durante el último aquelarre de *Walpurgisnacht*, en el Brocken, te noté muy deprimido. El Homúnculo me comentó que te encuentras así desde que el alma del doctor Fausto se te fue de las manos: eso te pasa por andar de lujurioso, mirando con malos pensamientos a los ángeles del Señor.

No obstante han sido tus triunfos, y no tus fracasos, los que acabaron por transformarte en una figura tragicómica: al conseguir que los hombres se volvieran unos cínicos filisteos tú también terminaste como un ente espiritual pasado de moda.

Al menos apareces en las carteritas de cerillos de los bares más licenciosos, en los envases de salsa picante, portadas de discos de rock, etiquetas de una que otra marca de aguardiente y en los carnavales.

Antes de que llegues al extremo de leer *Tus zonas erróneas*, del doctor W. Dyer, y te vuelvas un tipo insufrible, intenta levantarte el ánimo con mi libro *Elegía de los ángeles caídos*, que puedes encontrar en Amazon.

Se trata de un lindo ramillete de poemas satánicos con breves pinceladas de los viejos tiempos cuando andabas por el mundo, y cito a Goethe, "como un noble hidalgo, con vestido rojo ribeteado de oro, ferreruelo de seda recia, la pluma de gallo en el sombrero, y una larga espada de aguda punta[4]". Sirve que te olvidas ocasionalmente del aburridísimo traje moderno (que ya intentó reformar, sin éxito, Óscar Wilde) con el que apareces en la película *The devil´s advocate*.

No me resta más que enviarte un cálido abrazo y desearte una feliz lectura de mi florilegio: si te gusta recomiéndalo; en caso contrario, guarda absoluto silencio.

Elko

P.D. Mándale un beso tronadote de mi parte a tu guapérrima ahijada, Zeena Lavey.

[4] Goethe. Fausto. Los clásicos. Grolier Jackson. U.S.A. 1972.

BIBLIOTECA MALDITA

I

Al terminar mi licenciatura presenté una solicitud a la Biblioteca Central Estatal de Chihuahua (yo no tengo la culpa de que se llame tan feo) para realizar mi servicio social.

—¿Qué estudió, joven? Necesitamos saber si cumple con el perfil —me hizo saber la licenciada Trujillo, directora de la biblioteca, mientras me entrevistaba.

—Estudié Ciencias de la Información. El perfil incluye habilidades de comunicólogo y bibliotecario —le respondí a la mujer, si bien mi carrera había sido creada al vapor para darle un nuevo impulso a la moribunda Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua, por lo que en realidad yo era algo así como Licenciado en Salón de Té y Charla de Café.

—Bien, lo vamos a destinar al Departamento de Estadística, Redes y Canalización.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo —contestó la licenciada—. Lo voy a presentar con sus compañeros.

La licenciada me guió por las instalaciones de la biblioteca hasta llegar a un área acogedora.

—El joven Elko Vázquez —se le olvidó decir guapo—, hará su servicio social con nosotros.

—Mucho gusto.

Contemplé mis nuevos dominios: ahí se encontraba una secretaria, que por supuesto se llamaba Guadalupe y le decían Lupita, pero en lugar de tener una verruga en la nariz y lucir unos bigotes germánicos era bonita y tenía muy buen cuerpo.

Me imaginé sentado frente a mi computadora, con Lupita en las piernas y bebiendo café mientras le contaba al oído una anécdota picante.

—Bueno, este es el Departamento Administrativo —señaló la licenciada mientras presionaba el botón de un interfono: una voz gangosa respondió:

—Gdiga…

—Tomasillo —ordenó la licenciada Trujillo— preséntese en mi oficina, inmediatamente.

Poco después acudió a la oficina de la licenciada Trujillo un tipo moreno, de cráneo bulboso, con orejas en forma de coliflor, ojos saltones de pescado, nariz aplastada, labios gruesos y fofos, que se bamboleaba de un modo turbador e insólito (despertando miedos y aversiones vestigiales) sobre unos pies enormes, enfundados en unos zapatos del tamaño de un portafolios: en resumidas cuentas *tenía el fenotipo de Innsmouth*.

—El joven Elko Vázquez se incorpora a nuestro equipo mientras realiza su servicio social. Lo dejo en sus manos.

El horrible sujeto, que emanaba un aura siniestra de amenaza y repulsión, vestía una andrajosa chamarra con las iniciales T.M. grabadas a la altura del pecho (que seguramente correspondían a Thomas Marsh), llevaba una bufanda (apuesto que para ocultar las hendiduras branquiales de su cuello) y parecía no parpadear jamás. Yo esperaba que en cualquier momento malsano,

antinatural y pleno de alienación, saltaría como un batracio mientras graznaba:

—Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fhtagn! Ph´nglui mglw´nafh Cthulhu R´lyeh wgah-nagl fhtagn!

Horrorizado comprendí que me encontraba en un cuento de Lovecraft y que el ser aberrante, estremecedor y de repelente aspecto que tenía ante mí, era uno de esos híbridos abominables, producto del maldito maridaje entre humanos degenerados y los profundos, a los que había vomitado la sumergida y ciclópea ciudad de Y´ha-nthlei, la cual se oculta en los insondables abismos del océano.

Salimos del edificio y caminamos bajo los lóbregos árboles hasta llegar a un cuarto decrépito, frío como una cripta y con unas letras ilegibles que probablemente rezaban: *lasciate ogne speranza voi ch´entrate*[5].

Tomasillo abrió la puerta y me mostró las polvorientas y destartaladas estanterías en las que reposaban los libros viejos que la Biblioteca Central donaría a diversas instituciones.

El ente sonrió torvamente: luego de explicarme mis obligaciones se despidió y azotó la puerta dejando un eco atronador, como las broncíneas campanas del Erebo reverberan en los espacios atroces donde se encuentran confinadas, sin esperanza de redención, las almas condenadas de los réprobos.

II

Mi labor en el Departamento de Estadística, Redes y Canalización consistía en contar los libros que serían donados a diferentes escuelas y clubes de lectura (estadística) así como subir los bultos a una camioneta (canalización). Supongo que las "redes" eran las bolsas de malla de plástico en las que acarreábamos los libros.

[5] Perded toda esperanza vosotros que entréis.

Prácticamente en dos horas terminaba el trabajo y el resto del tiempo transcurría con una lentitud abrumadora, como gotas de agua cayendo, una a una, sobre el cráneo de un prisionero olvidado en los nauseabundos calabozos de alguna dictadura asiática.

Ni siquiera podía leer: Tomasillo entraba constantemente en la cripta, sin previo aviso, y me miraba con desconfianza. Mi teoría es que había ocultado entre los volúmenes (y no deseaba que yo me enterase) algunos libros blasfemos como el innombrable *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred; el infame *Des Vermis Mysteriis*, de Luwdig Prinn; el horrendo *Unaussprechlichen Kulten*, de Von Juntz y el desquiciado *Cultes des Goules*, del conde D´Erlette.

Sospecho que aunado a lo anterior existía en la cripta una entrada secreta que conducía a los subterráneos ubicados debajo de la glorieta de Pancho Villa, donde el gobierno oculta desde hace varias décadas una nave espacial[6], en inconfesable contubernio con los *Illuminati* y la Orden Esotérica de Dagón.

Por otro lado a la una de la tarde Tomasillo recogía, religiosamente, una pringosa cubeta que se encontraba en un rincón, sin lugar a dudas para servirse *su alimento* que, acorde al olor que despedía su persona, estaría conformado por pescado crudo u *otras cosas* cuya naturaleza desconocemos gracias al velo misericordioso de la ignorancia que nos permite conservar un atisbo de paz mental o de confianza en la cordura y la armonía del Universo.

Lo cierto es que el tipo desaparecía, esquivo y extraño, en un cuarto contiguo al que nunca me permitió entrar. Lleno de pavor yo escuchaba un asqueroso

[6] Ya había tratado veladamente el tema, disfrazado de ficción, en el cuento *El horrible caso del doctor Carvajal y su extraordinario informe de los espeluznantes androartrópodos* en mi libro *Historias de humo y viento*, también disponible en Amazon.

gorgoteo que sin lugar a dudas se producía por *la masticación y el deglutir* de la criatura, que salía poco después del misterioso compartimiento, dejaba su cubeta en el rincón y luego de mirarme con una malignidad cósmica se alejaba anadeando sobre sus toscos y claveteados zapatones.

III

¿Cómo es que llegaron los profundos a la ciudad de Chihuahua, ubicada tierra adentro, tan lejos del océano? Solo nos queda especular que aprovecharon las corrientes fluviales para preparar el regreso del Gran Cthulhu, quien yace soñando en la ciudad sumergida de R´lyeh, donde aguarda el momento para establecer de nuevo su alucinante reino de maravilla y terror.

Aunque no he vuelto a encontrar a Tomasillo en la Biblioteca Central aún ahora, cuando visito cualquier dependencia de gobierno tiemblo al pensar en las monstruosidades que acechan desde los puestos subterráneos de la burocracia, pues como escribió el árabe loco, Abdul Alhazred, en su extraño pareado:

Que no está muerto lo que puede yacer eternamente
y en los eones por venir, aun la muerte puede morir.

CARTA A CASANOVA

Destinatario: Giovanni Giacomo Girolamo Casanova, caballero de Seingalt. Prisión de los Plomos, Palacio Ducal de Venecia.

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa, Chihuahua, México.

Mi fino amigo:

Estoy enterado de que tus rivales te acusaron ante el Santo Oficio de poseer libros de magia y que por esa razón fuiste detenido en la cárcel de Los Plomos, donde seguramente languideces de puro aburrimiento.

A pesar de que hemos abogado por ti ante varios personajes muy copetudos nuestros esfuerzos han sido en vano, por lo que será necesario tomar medidas extremas a fin de conseguir tu pronta liberación.

Te envío una bolsa con dinero para que sobornes a los guardias y te permitan estirar las piernas. Hasta donde sé la prisión está llena de cachivaches: mi consejo es que te

apoderes de alguna barra de hierro y un trozo de mármol, afiles la barra para hacerte de un espontón y te abras paso practicando un agujero en el suelo, debajo de tu cama.

Esconde bien la barra en tus muebles por si descubren la excavación de tal forma que te sea posible volver a intentarlo. Si tal cosa ocurriera puedes comunicarte con el padre Balbi, que también se encuentra prisionero en Los Plomos, y servirte del siguiente ardid: cuando los guardias se confíen, lleves algún tiempo intercambiando libros con el religioso y enviándole mensajes con tinta invisible ordenas una Biblia *infolio*, con el pretexto de obsequiársela.

Podrías esconder el espontón en el lomo del libro y para distraer a los gendarmes, previo soborno, te pones a cocinar dos platos de esos macarrones que te quedan deliciosos: uno para tus carceleros y el otro para el padre Balbi.

Como el plato estará caliente y seguramente el estúpido guardia se quemará las manos cuando intente llevárselo al sacerdote harás uso de tu encanto y aconsejarás al pícaro que ponga el plato encima del *infolio*.

Una vez que el padre Balbi se apodere del espontón podrá practicar los huecos necesarios para evadirse juntos.

Además del dinero Alfred, mi mayordomo, te entregará unas cartas de recomendación para que te relaciones sin problemas con la aristocracia francesa ya que te conviene abandonar Venecia.

Espero que tengas éxito en la empresa y podamos compartir muy pronto una copa de vino en los dorados salones de Versalles.

Tu amigo:
Elko

LEYENDO A KAVAFIS

Constantino Kavafis (1863-1932) nació en Alejandría, Egipto, en el seno de una rica familia de comerciantes.

A la muerte de su padre, cuando Kavafis tenía nueve años de edad, la familia se trasladó a Londres, donde se arruinaría tras siete años en los que Constantino se interesaría por autores como Óscar Wilde, Shakespeare y Browning.

Hacia 1885 y de regreso a su tierra natal Kavafis se desempeñó como periodista en el periódico *Telegraphos*, en Alejandría. A los 29 años de edad consiguió un empleo en el Servicio de Riego del Ministerio de Obras Públicas, que alternaría con un puesto de corredor en la Bolsa Egipcia, cargos que dejaría, aliviado, hacia 1922.

Poco antes de ser hospitalizado por un cáncer de laringe ordenó su obra poética, que había distribuido con anterioridad en forma de panfletos y en algunas revistas literarias.

Los poemas de Kavafis son exquisitos, beben de la antigüedad clásica y reflejan un espíritu pagano, una profunda melancolía, así como la homosexualidad del autor.

Su obra ha ejercido una gran influencia en diversas literaturas, entre ellas la española, sobre todo en la corriente *culturalista*.

El gran poeta español, José María Álvarez, ha realizado una de las mejores traducciones al castellano del autor egipcio[7].

Los escritos de Kavafis exigen un alto nivel cultural o mucha curiosidad a sus lectores, pero con la llegada de Internet y la posibilidad de buscar información de manera instantánea su lectura se facilita enormemente.

Kavafis hace un llamado a vivir valerosamente, a mirar con los ojos de un asombro permanentemente renovado, buscando los placeres exquisitos en lugar de sumergirse en la vulgaridad. Citamos el poema *Cuanto puedas*:

Si imposible es hacer tu vida como quieres,
por lo menos esfuérzate
cuanto puedas en esto: no la envilezcas nunca
en contacto excesivo con el mundo,
con una excesiva frivolidad.

No la envilezcas
en el tráfago inútil
o en el necio vacío
de la estupidez cotidiana,
y al cabo te resulte un huésped inoportuno.

Entre los poemas de inspiración histórica citaremos *Los pasos*, que hace referencia al matricidio cometido por el emperador romano Nerón, episodio ampliamente conocido por el gran público:

[7] Kavafis. 56 poemas. Traducción de José María Álvarez. Mondadori. Madrid, España. 1998

Sobre una cama de ébano, adornada
con águilas de coral, duerme profundamente
Nerón, inconsciente, tranquilo y feliz;
floreciendo en la salud de su carne
y en el hermoso ardor de su juventud.
Pero en la estancia de alabastro que cierra
el antiguo templo de los Enobarbos
cuán inquietos están sus Lares.
Tiemblan todos aquellos pequeños dioses
y se esfuerzan por ocultar sus insignificantes cuerpos.
Porque han escuchado un sonido terrible,
un sonido de muerte subiendo la escalera;
pasos de hierro que hacen temblar los peldaños.
Y asustados los miserables Lares
se esconden en los rincones del templo,
uno sobre otro cayendo y tropezando,
un diosecillo sobre otro,
porque saben ya qué imagen es la de ese ruido,
han reconocido el paso de las Erinias.

El poema *Lejano* hace referencia, con una melancolía desgarradora, a los amores homosexuales de Kavafis:

Quisiera revivir este recuerdo…
Pero está extinguido ahora… casi nada subsiste,
yace lejos, en los años de mi adolescencia.

Una piel hecha de jazmines en la noche…
Aquella de agosto —¿fue agosto?— recuerdo apenas…
Aquellos ojos; eran, creo, azules…
Sí, azules: como el zafiro.

El paso del tiempo, las pérdidas, la llegada de la vejez, la nostalgia desesperada, son expresadas magistralmente por Constantino Kavafis, como se muestra en uno de mis

poemas favoritos del autor, *Desde las nueve*, que citamos a continuación para cerrar este breve texto:

Doce y media. Rápidamente el tiempo ha pasado
desde las nueve cuando encendí mi lámpara
y me senté aquí. Estoy sentado sin leer
ni hablar. A quién podría hablar
en la casa vacía.

La imagen de mi cuerpo joven,
cuando encendí mi lámpara a las nueve,
vino a mi encuentro despertando un perfume
de cámaras cerradas
y pasado placer, ¡qué audaz placer!
También trajo a mis ojos
calles ahora no reconocibles,
lugares de otro tiempo donde la vida ardió,
teatros y cafés que una vez fueron.

La imagen de mi cuerpo joven
volvió y me trajo también memorias tristes:
las penas familiares, los adioses,
los sentimientos de los míos, los sentimientos
apenas atendidos de los muertos.
Doce y media. Cómo pasan las horas.
Doce y media. Cómo pasan los años.

UN CURSO INTENSIVO DE LITERATURA

Harto de los dioses[8] y sabiendo que era imposible conocerlos y darles gusto con las limitadas herramientas mentales de la humanidad el gran filósofo Epicuro definió con unas pocas reglas el arte de vivir y de paso nos quitó (a las personas inteligentes, por lo menos) todo cuidado de ultratumba.

En su sabiduría Epicuro nos dijo que la muerte no es importante ni nos interesa en lo más mínimo por lo que podemos tratarla como a un criado molesto que apenas sirve para recordarnos la urgencia de vivir y es que cuando estamos la muerte no está y cuando está la muerte nosotros no estamos.

Lo mismo pasa con el maestro Jesús Chávez Marín, sal de la tierra, hiper poeta, *magister magisterorum*: cuando él está el aburrimiento no existe y cuando el aburrimiento se hace presente Chávez anda muy lejos.

[8] No lo digan en voz alta porque se puede enojar Apolo a pesar de ser buena onda. Ya ven cómo son sangrones los dioses.

Dejar de leer a Jesús es una vana promesa, como ese chiste en el que un borracho amanece inusualmente crudo y jura y perjura:

—¡Vieja! ¡Ya no vuelvo a tomar!

—¡Siempre me dices lo mismo!

—Esta vez voy en serio, querida.

—¡Estás como operado del cerebro! Bien me lo decía mi madre: no te cases con ese perdedor.

—¡Te lo juro, vieja!

—¿Y si me vuelves a fallar que te hago, baboso?

—Unos chilaquiles, *of course*.

Y es que ese borracho sí que sabía lo que le convenía.

El lector avezado que sepa apreciar a Jesús encontrará cosas geniales como ésta:

Que nuestros minutos estén contados. Que los poetas, antes de morir llenos de vida, canten y cuenten las historias de nuestra vida en común. Que las ciudades encuentren espejos en las miradas de los fotógrafos, que el ritmo suene en las esquinas y haya jóvenes rebeldes pintando las paredes. Que los novelistas se emborrachen en un baile de barriada y a la mañana siguiente salgan a pasear con una dama linda que haya decidido vivir una amorosa aventura esa tarde. Que los filósofos abran las puertas de los manicomios y el trabajo sea fecundo y luminoso en la ciudad como en el campo lo ha sido desde tiempos antiguos.

¡Dios! Me gustaría haber escrito eso.

Todo ocurrió cuando Jesús me preguntó por qué perdía el tiempo haciendo mi servicio social en la Biblioteca Central[9] cuando podía aprender con él acerca de la edición de libros.

Así que me fui a editar libros con el mejor, me caí a un torbellino y mi vida jamás, jamás volvió a ser igual.

[9] Esto ocurre después de los hechos narrados en el aterrador y lovecraftiano relato "Biblioteca maldita", no apto para cardíacos.

¡Apúntele, pendejo!

Un genio es una fuerza de la naturaleza, una tormenta de lluvia que limpia el entorno y te deja los pulmones limpios, llenos de vida.

Solo los fuertes pueden beneficiarse del trato de un genio ya que su amistad no conviene a los apocados.

—Un escritor saluda a la mañana y se pone a trabajar —decía Chávez mientras caminábamos por el centro de la ciudad.

—Sí —contestaba yo.

—¡Apúntele, pendejo! ¡Apúntele! ¿Qué cree que le está hablando un imbécil? ¡Le está hablando un escritor, pendejo!

Yo no admito que nadie me hable así, excepto a Jesús, y es que tenía razón.

—Maestro —le dije, antes de chocar con un parquímetro—. No traigo pluma.

—¡Pendejo!

Obteniendo recursos

Necesitábamos cerveza y nos encaminamos al estacionamiento de Pedro Chávez Marín[10]. Jesús se las había ingeniado para sacarle fotos a Pedro, a su bella esposa e hijos, y es que la literatura necesita mecenas, que es la forma más honorable de arruinarse, como diría Wilde, quien según Borges pocas veces se equivocaba.

—¡Pedro! ¡Te presento a mi discípulo!

Pedro ni me miró.

—Te traigo las fotos que me pediste.

—¿Yo te las pedí?

—¡La literatura no se puede detener!

[10] Un hombre cabal al que asesinaron cobardemente y al que siempre querré. Un día os cuento la historia de mi amistad con Pedrito.

—Bueno, ¿y a cuánto las das?

Jesús le dio un precio abusivo y Pedro lo pagó como buen protector de las artes.

No salude como puta

El caso es que en la noche leímos en público un poemario de Chávez en el Calicanto, extinto bar al aire libre donde se juntaba toda la *intelligentsia* de Chihuahua.

En tanto que soy encabronadamente guapo y carismático (tampoco es que lo pueda negar) las mujeres me saludaban, frenéticas, y yo les devolvía el gesto, alegremente.

De pronto me encontré con el rostro barbudo y furioso de un jefe hitita.

—¡No salude como puta! ¡Un artista debe tener distancia!

Renée

La poetisa Renée Acosta entró a hacer su servicio social y Chávez me empujaba hacia ella, vanamente, porque de cualquier forma nos hubiéramos relacionado.

—Usted, Renée —decía Jesús— se ve atirisiada.

—Sí, Jesús.

—Usted lo que necesita es una inyección.

—Sí, de B-12.

—No, no, no. Usted necesita una inyección de amor —dijo Chávez mientras representaba una línea recta con el dedo índice de cada mano.

—¡Cómo eres corriente!

Si definimos corriente por común ni por asomo, Renée, ni por asomo.

Lidiar con los técnicos

La Quinta Gameros es un acto poético puro, si bien involuntario[11]. Su propietario, un burgués de lo más imbécil (como toda la burguesía chihuahuense) tuvo la suerte, que no el gusto, de encargar al arquitecto colombiano don Julio Corredor Latorre su construcción.

Lejos estaba de imaginar que estallaría la inútil Revolución Mexicana y que Pancho Villa utilizaría esa joya arquitectónica única como cuadra para sus caballos y despacho de gobernador[12].

Lo cierto es que teníamos nuestras oficinas en la parte trasera de la Quinta Gameros y Chávez, que se acababa de separar de su esposa, se aburría.

Como buen caballero había renunciado a todos sus bienes y hasta le compró una computadora a su hijo, que por cierto salió defectuosa.

Las personas que se dedican a arreglar cosas —carros, electrodomésticos— son, con pocas excepciónes, unos ladrones ineficientes, además de engreídos. Jesús sabía cómo tratarlos.

Imaginen la escena: Jesús recibe una llamada de su hijo, quien le explica que la compu falló.

—No te preocupes, hijo, ahorita lo arreglo.

Cuelga y me dice (y es que me agarró de secre el muy cabrón):

—Comuníqueme al teléfono…

–¡Dios! —pensé—. ¡Chávez le va a bailar sobre la cabeza a ese pobre animal!

Entra la llamada y Jesús dice:

—Buenas tardes.

---

[11] Por ejemplo Vicente Fox, presidente de México, fue un cómico involuntario como don Manuel Gameros un poeta involuntario.

[12] Disculpen la redundancia.

Era una voz como melaza, como unos chocolates envueltos en un papel escarlata, con su moño dorado.

—Buenas tardes —supongo que contestó el tipo, porque yo no lo escuché. Luego Chávez le explicó una bola de huevadas técnicas computacionales que no referimos aquí, gracias a Dios.

Yo me quería fumar un cigarro, así que lo encendí porque Chávez también fuma e igual le venía valiendo madre.

Any way estaba incómodo, a la espera…

Voz Chávez Marín tipo dulce de membrillo:

—Escúcheme.

Pausa, una voz como de ardilla en la bocina del teléfono, un jefe hitita descansa plácidamente sobre una montaña de cráneos:

—Escúcheme.

Pausa, voz de Chávez Marín tipo dulce de mango:

—Escúcheme.

Pausa, una voz tipo Walt Disney al otro lado de la bocina. Odín se acaricia la barba sobre una montaña de cráneos:

—Escúcheme.

Pausa, voz de Chávez Marín tipo dulce de leche quemada, una voz absurda al otro lado del teléfono. Conan, que no se ha rasurado, descansa sobre una montaña de cráneos.

—¡Escúcheme! ¡Escúcheme! ¡Escúcheme, pendejo! ¿Qué cree que le estoy diciendo estupideces? ¡Soy un escritor, pendejo! ¡Un escritor!

Y es que Chávez siempre ha defendido la dignidad del oficio.

Por qué odio los Datsun

De Jesús, posible reencarnación de Quevedo, aprendí que escribir es vivir y que un poeta no debe tomarse tan en serio la vida, ni la literatura, que según él es lo mismo.

En cierta ocasión un fotógrafo —el doctor— nos visitó: era un tipo encantador que se llevó a Chávez y a Renée a Samborns y, ¿para qué están los pendejos? Dios los hizo para

que los listos vivieran de ellos, así que me dejaron a mí para llevarme el carro del puto fotógrafo laureado, un insignificante Datsun rojo del año del caldo.

Luego de mandar a la mierda a todos los mugrosos que perseguían a Jesús y de cerrar el despacho me dirigí a un Datsun rojo antediluviano, según las indicaciones del doctor.

Abrí la puerta del trasto.

Por alguna desconocida razón la llave del bastón de ese chisme (como si alguien se fuera a robar esa cochinada) no abría. Un tipo de lentes que hubiera aparecido como ejemplo en la Wikipedia si uno buscara la palabra *nerd* me dijo:

—Caballero, ¿qué hace?

—Aquí batallando con este pinche carro japonés que ni regalado.

Yo estaba encabronadísimo así que saqué un cigarrillo y un fósforo de madera que encendí raspándolo en la guantera.

—Le agradecería que no hiciera eso, caballero —dijo el tipo, que semejaba el gato diabético de una viuda perteneciente a la congregación de los Testigos de Jehová, luego de un baño forzoso.

—Menudo maricón está hecho usted. ¿En qué le afecta que yo fume, puto? Y esta madre no abre.

—Caballero —dijo el hombrecillo mientras se paraba en una sola pierna, movía las manos lentamente, estilo Taichí, y hacía gestos extraños—, no me obligue…

—Ya sé, ya sé, ya sé que me voy a ir al infierno. Deme usted el chingado tríptico de su ridícula religión del desierto y esfúmese, inmediatamente.

—Caballero, salga usted de mi coche o comienzo a gritar.

Sangrons

Me fue imposible convencer al tipo de que no deseaba robarme su patético auto. Afortunadamente el Datsun rojo del doctor estaba a unos pasos, así que encendí el motor y en breve me encontraba en Samborns, donde estuvimos platicando de arte.

Chávez sedujo a una camarera y se fue. El doctor se ofreció a llevarnos, dejó a Renée en su casa y me preguntó:

—¿Seguimos filosofando?

Era un tipo encantador y nos fuimos a su consultorio donde, luego de embriagarnos, me hizo proposiciones indecorosas y me tocó la entrepierna.

En tanto me negué a sus intenciones el doctor me sacó de su consultorio, situado en un barrio de mala muerte, y me arrojó como a una puta en la civilización, donde pude tomar un taxi con rumbo a mi casa.

Magaly

—Pinche Chávez, tu amigo era maricón.

—¿No sabías?

—Claro que no, pendejo.

—Mira, no seas provinciano. Fíjate que esta noche vamos a salir. Conozco a una pintora colombiana, Magaly Hernández, amiga personal de ese buey, ¿cómo se llama el autor de *Crónica de una muerte anunciada*?

—Hazte pendejo.

—Sí, Gabriel García Márquez. Fíjate que la va a acompañar una pupila, güerita, como a ti te gustan. Te juro que no le decimos a Renée.

—Vale, total no le he prometido nada a Renée.

—Ya que aceptaste toma mi perfume.

—Claro que no, ese perfume es de ruco.

—No seas pendejo, ponte en la cara, en el pecho y en el vello púbico.

—No.

—Por si me besa —dijo Chávez y se puso perfume en la cara—, por si me abraza —agregó, untándose esa madre, creo que era Brut, Patrichs u Old Spice, no me acuerdo— y por si se pasa…

Se metió las manos en los jeans que usaba y pudorosos puntos suspensivos.

La pupila no fue, la casa de Magaly era redonda, bailamos en un sitio maravilloso de barriada y Chávez se sacó de la manga un poema inmortal, que dice:

De fiesta con mi artista del mes

Pero, ¡ay, Diosito santo!, qué barbaridad:
esta mujer baila a toda madre.
Se mantiene pintando cuadros,
y no quiere salir, por andar de artista.

Pintó la sierra. También a varias damas
amigas suyas que habían posado
en las viejas aulas de Bellas Artes.
Por eso no me quiere. Anda atareada.

Pero un amigo la convenció.
Nos fuimos a un bar, los tres solitos.
No era "ménage a trois", sino parranda
de algunos solitarios con cerveza.

Bailamos mucho en el bar Molotov.
Ese día tocaban las tres Alejandras.
El ritmo era caliente. La dama algo
quería decirme. Pero se le olvidaba.

Traté de hablar con ella. No escuchaba.
El ruido era intenso; de vez en cuando
bailábamos danzones y cumbias locas.
No era "ménage a trois", sino borrachera.

Vinimos por la Aldama, ya de regreso.
Licor del placer. Cuerpos relajados.
Todo fue de lujo, de buena amistad.
Las cervezas ardían en la imaginación.

Llegamos a su casa, como a las dos.
Se bajó del carro con elegancia.
Su perra ladró, llena de contento,
pues había regresado su linda nena.

Al día siguiente, la bella maestra
siguió pintando mucho, concentradita.
Tenía una exposición donde salían
sus veinte soles tan jacarandosos.

Porno Star

En todo poeta reside un *porno star*, según aprendí de Chávez Marín. Me explico:

Había una escritora bonitilla, no muy sexy, sino tipo esposa[13], que escribía cuentos para niños acompañados, por ejemplo, de una ilustración con un bebé a bordo de un trenecito y con un texto que rezaba:

—El trenecito pu-pu, el trenecito pu-pu.

El caso es que fue la mamá de la susodicha escritora, una señora que olía a perfumes antiguos y que tenía cara de ser una aristócrata absoluta y total, algo así como la condesa de Alba cuyos antecedentes humillan a los reyes de España e Inglaterra ya que a su lado son unos pobres plebeyos, amén de advenedizos y gilipollas.

Pero Chávez dijo:

—Estamos cuidando la edición del encantador libro de su hija, a quien por cierto mi pupilo le echó el ojo.

La señora me miró por encima del hombro y automáticamente pensó:

—Un muerto de hambre sin clase.

Chávez se repatingó en su silla, disfrutando mi humillación.

—Je, je, je. ¡Qué bonita cadenita lleva usted en el cuello!

—¿Le parece?

[13] Que por otro lado pueden ser encabronadamente sexys.

—Sí, ¡a ver! —Chávez se dirigió a mí—. ¡Páseme una tarjeta de presentación para la señora!

Abrí un cajón y le pasé, entre las múltiples cajitas de plástico con mamonas tarjetas, una de ellas.

—¿Esta?

—¡No, no, no! ¡Páseme las especiales!

Para no hacerlo muy largo debo informar que Jesús tenía una cajita de tarjetas con un montaje bien chafa en el que aparecía un tipo más dotado que Príapo con su rostro burdamente empalmado.

—¡Esas! —dijo Chávez.

¡Se los juro! No lo estoy inventando. A mí me pasan cosas maravillosas y no tengo ninguna necesidad de inventar nada.

Nunca olvidaré la cara de esa señora.

Gracias, Jesús, gracias por existir y por distinguirme con tu amistad. Todavía estamos esperando tu próximo libro.

LEYENDO A KHAYYAM

Todo borracho que se respete debería tener en la mesita de noche, junto a la lámpara, la botella y el paquete de cigarrillos, un ejemplar del *Rubaiyat* o *Las Cuartetas*, de Omar Khayyam, poeta del vino y del instante fugitivo.

Omar Khayyam nació en Naishapur de Korassam, Persia, cerca del año de 1040 y murió hacia 1123. Fue poeta, matemático y astrónomo.

Según la leyenda en su juventud Khayyam y sus amigos, Hassan Sabbah y Nizam al Mulk, prometieron que el primero en triunfar ayudaría a los demás.

Con el paso del tiempo Nizam se convirtió en secretario y más adelante en visir del sultán Alp Arlan, *El León*.

Hassan fue favorecido con un cargo en la corte, pero sus intrigas fracasaron y huyó a las montañas para encabezar a un grupo de rebeldes a los que prometía el paraíso.

Se dice que los *hassassin* (origen de la palabra asesino) eran inducidos a un sopor con hachís, luego se les transportaba a un jardín secreto donde hermosas mujeres los atendían a cuerpo de rey para finalmente despertar en su humilde jergón.

Se les hacía creer que habían estado en el paraíso, mismo que alcanzarían al morir a cambio de una obediencia ciega.

Hassan, mejor conocido como *El viejo de la montaña,* poseía una fortaleza conocida como *Alamut* (nido de águilas, como el nombre del árbol "álamo") y su secta prevaleció por más de cien años, aterrorizando a los cruzados y a las poblaciones vecinas.

Los *hassassin* llegaron a ser tan poderosos que incluso se atrevieron a desafiar al mismísimo Saladino, sultán de Siria y Egipto, vencedor de la Tercera Cruzada y enemigo de Ricardo *Corazón de León*.

Nuevamente acudimos a las brumas de la leyenda, la cual nos refiere que en cierta ocasión Saladino decidió acabar con la secta y comenzó a movilizar sus tropas para tal efecto. Una mañana el sultán despertó para encontrar un mensaje, clavado con una daga en su almohada, advirtiéndole que cesara en su empeño, por lo que Saladino decidió pactar con muchachos tan tenebrosos.

Tal fue el poderío de los *hassassin* hasta que en el año 1256 *Alamut* fue arrasada por el invasor mongol Hulagu Jan.

En su libro *Kalpa Imperial* Angélica Gorodischer afirma: *el hombre sensato se ocupa de su huerto; el cobarde, del oro; el justo, de su ciudad; el loco, del gobierno; y el sabio, del espesor de las hojas de los helechos*[14].

Siguiendo un razonamiento similar Omar Khayyam, sabio como pocos, decidió abstenerse de las vicisitudes de la política y pidió a su amigo Nizam una pensión, gracias a la cual pudo retirarse a su ciudad natal, donde se dedicó a estudiar los astros y las matemáticas, así como al cultivo de la poesía.

Entre otras cosillas reformó el calendario musulmán, realizó unas tablas astronómicas y escribió un tratado de álgebra.

---

[14] Gorodischer, Angélica. *Kalpa Imperial.* Martínez Roca. México, D.F. 1990. p. 67

En lo alto de una terraza Omar Khayyam, rodeado de músicos, bellas mujeres y amigos cultivados vaciaba su copa, lánguidamente, recostado en su diván, y en esas noches deliciosas comenzó a componer el *Rubaiyat*.

Nos remitimos a la Editorial Tomo[15].

Omar nos advierte contra la pompa y la vanidad del mundo:

Vale más un sorbo de buen vino, que el imperio de este mundo; la tapa de esa jarra, que el paso de mil vidas, y el paño con que secas el vino de tus labios, que, en verdad, mil mantos sacerdotales.

El poeta persa nos recuerda lo efímero de la vida:

El tiempo, inexorable, va fluyendo. ¿Qué ha sido de Bagdad y de Balk? La rosa se ha marchitado con el roce de la brisa. Bebe, y al mirar las estrellas medita en los pueblos que consumió el desierto.

Khayyam nos dice que no debemos dejar de vivir por correr detrás de esperanzas fantasmagóricas:

Hay quien ambiciona las glorias de este mundo y otros a las huríes del Edén. Yo prefiero un buen vaso de vino. Cobra al contado siempre. Desoye la llamada de aquel tambor lejano.

Las figuras de la jarra y el alfarero son recurrentes en el *Rubaiyat*:

Tal vez este jarro fue un día un triste amante prendido en los rizos de su amada. Mira su asa. Quizá ha sido el brazo que acarició mil veces el cuello de una amada.

---

[15] Khayyam, Omar. *Rubaiyat*. Editorial Tomo. México, D.F. 2009

Aunque hay quien intenta forzar una interpretación de la poesía de Khayyam afirmando que se trataba de un sufí y que las imágenes de la taberna, el vino, la copa, la embriaguez, etc., son metáforas religiosas, lo cierto es que Khayyam habla por sí mismo, claramente:

Todos saben que nunca susurré una plegaria
y que no he intentado simular mis defectos.
Ignoro si existe justicia y clemencia, mas estoy perdonado,
pues siempre fui sincero.

O en este:

Os cambio la diadema del Khazan, mi turbante de seda
y el airón del Sha; por la armonía del canto de la flauta.
Por un vaso de vino doy a cambio
el rosario con que rezan los hipócritas.

Khayyam, hedonista irredento, nos llena de una alegría entretejida de melancolía. Concluimos este breve escrito citando otra cuarteta:

Alguien me dijo un día: "No bebas más".
"Cuando bebo —repuse— comprendo lo que dicen
la rosa, la amapola y el jazmín, y aun comprendo
lo que decir no saben los libros ni mi amada".

CARTA A YORICK

Destinatario: Yorick, bufón y actor dramático. Dinamarca, fosa común.

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa, Chihuahua, México.

Querido Yorick:

Meditando acerca de la brevedad de la vida recordé ese estilo de monumento funerario del que tú mismo eres un ejemplo en la literatura y que tanto furor despertó a principios del Renacimiento.

Como recordarás el *transi* o *memento mori* eterniza en piedra el proceso de descomposición de un cadáver, según se puede ver en el sepulcro del cardenal Lagrange o en la muy impresionante escultura del príncipe de Orange, René de Châlon, quien muriera en los brazos de Carlos V luego de ser herido en el asedio de San Dizier en 1544.

Se trata de un esqueleto con jirones de carne que sostiene en alto un relicario que antiguamente contenía su corazón

como símbolo del amor triunfante, pero el órgano desapareció durante los disturbios de la Revolución Francesa.

A esta última obra, de Ligier Richier, he dedicado un poema que publicaré como parte de mi florilegio *El libro de la sombra y el gusano*, una especie de museo de los horrores poético todavía en proceso de escritura. En seguida te comparto dicha composición:

René de Châlon

¡Oh! ¡Lacrimae mundi! ¡Memento mori!
Como las hojas muertas de los árboles
el eco de tu risa en los salones,
finalmente olvidados por el tiempo.

Ten en cuenta que el día de tu muerte
se acerca inexorable,
agazapado en el vino chispeante
de tus más delirantes alegrías.

Detén tus pasos y contempla el transi
de René de Châlon:
un cadáver con jirones de carne
ofreciendo su corazón al cielo.

Supongo que no sabías que este tipo de monumentos aparecieron tan tarde como en el siglo XIX según se puede ver en el cementerio de Staglieno, en Italia, donde se encuentra sepultada, entre otras personalidades, Constance Lloyd, esposa de mi muy amado maestro, Óscar Wilde.

En esta necrópolis destacan algunas esculturas por su tétrico y sobrecogedor mal gusto que bebe del Romanticismo y de su amor a la muerte y que harían las delicias de más de un chico gótico.

El *transi* se desprende directamente de las pinturas medievales llamadas "danzas macabras", donde se representaba a todas las clases sociales, incluyendo eclesiásticos, nobles, ricos burgueses, hermosas mujeres y simples campesinos, mientras eran arrastrados por festivos esqueletos, todo ello para recordar a la gente la vanidad de las cosas humanas y la necesidad de prepararse para una vida futura, pues como diría el maestro de maestros, Francisco de Quevedo (quitaos el sombrero y haced una genuflexión apropiada):

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.

Salime al campo: vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa: vi que amancillada
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

A la caída de Constantinopla en el año 1453, época de personajes encantadores como el *voivoda* Vladimir Vlad Dracul, *El Empalador*, muchos sabios (gran parte de ellos paganos de closet) se refugiaron en Italia y en otros países de Europa dando un nuevo impulso al Renacimiento y a la difusión de la sabiduría antigua en el *Quattrocento*, que ya asomaban la cabeza desde el *Trecento* e incluso en el *Duocento*.

Al chocar el pensamiento helénico y el *carpe diem* romano con la mentalidad medieval y la danza macabra el hombre dejó de hacer de la promesa de una vida futura el centro de su existencia y se dio a la tarea de gozar, con una sensualidad desesperada, el aquí y el ahora, desarrollando increíbles obras de arte, conquistando mundos nuevos, amasando fabulosas fortunas y desentrañando los misterios de la naturaleza con un ímpetu que todavía hoy nos asombra.

Así vemos a un Boccaccio escribir el Decamerón, serie de relatos picarescos narrados por un grupo de jóvenes que ha huido a una deliciosa villa para escapar de los horrores de la peste y dedicarse a las delicias de la mesa, el amor, el arte y la conversación.

Cambiando de tema la otra vez te vi muy platicador con el maestro Víctor Córdova, autor de excelentes obras de teatro como *Los milagros de los santos olvidados*, la trilogía *Seres de frontera* (que se compone de las obras *Los dioses de piedra*, *Esperanza y los culpables* y *Tiro de gracia*) y de ensayos como *La virtud de los desposeídos: la herencia de Henrik Ibsen*; *Arte y cotidianidad*; *Arturo Ripstein y Paz Alicia García Diego, un binomio creativo y eficaz de la cinematografía mexicana*, etc., etc., etc. ¡Uf! Déjame recupero el aliento.

Desde que saltaste a la fama en el acto cinco, escena uno de Hamlet, donde el buen príncipe de Dinamarca se deshace en elogios por ti ya no saludas a los pobres poetas como yo y, convertido en todo un snob te ha dado por juntarte con puros dramaturgos, divas de teatro y primeros actores, a pesar de tus humildes orígenes de bufón de la corte. Y es que se te ha subido a la cabeza aquello de:

Alas, poor Yorick! I knew him, Horatio; a fellow of infinite jest, of most excellent fancy.

O probablemente te estoy levantando falsos, mis celos son injustificados y el presumidote de Víctor Córdova se retrató con otra celebridad, en cuyo caso habrás de perdonarme: ya

se sabe que, en previsión de su muerte, el pianista André Tchaikowsky estipuló que su cráneo se donara a *The Royal Shakespeare Company* para hacerse pasar por ti en las representaciones de Hamlet; no obstante la compañía anunció que no volvería a utilizar el cráneo del compositor para no distraer al público y por considerarlo muy perturbador.

Sospecho que fue un pretexto para ocultar el robo de la calavera por parte del maestro Córdova, pero carezco de pruebas para demostrarlo.

Sin más por el momento me despido de ti no sin antes desearte una fructífera carrera como actor dramático.

Tuyo:
Elko

LEYENDO A LÓPEZ VELARDE

Los poemas de Ramón López Velarde (1888-1921) nos trasladan a la provincia mexicana, a esos pueblos encantados que se recortan en la distancia, siempre mirando hacia el pasado.

Plaza de Armas, plaza de musicales nidos,
frente a frente del rudo y enano soportal;
plaza en que se confunden un obstinado aroma
lírico y una cierta prosa municipal;
plaza frente a la cárcel lóbrega y frente al lúcido
hogar en que nacieron y murieron los míos;
he aquí que te interroga un discípulo, fiel
a tus fuentes cantantes y tus prados umbríos.

El vate jerezano idealiza a la mujer casta, devota y melancólica de los pueblos pequeños y teme que se vea contaminada por las complejidades de la ciudad:

Para que no se manche tu ropa con el barro
de ciudades impuras, a tu pueblo regresa;

y solo pido, en nombre de tu tristeza extática
que oyó tu voz ingenua, que en la nocturna plática
hagas de mí un recuerdo jovial de sobremesa.

López Velarde es maestro en retratar esas tardes de lluvia transidas de fantasmas, con mujeres mirando en la ventana los sueños fugitivos, en un ambiente lleno de tristeza, como los cirios que arden débilmente en la penumbra de una antigua iglesia Católica.

Tarde de lluvia en que se agravan
al par que una íntima tristeza
un desdén manso de las cosas
y una emoción sutil y contrita que reza.

(…) Divago entre quimeras difuntas y entre sueños
nacientes, y propenso a un llanto sin motivo,
voy, con el ánima dispersa
en el atardecer brumoso y efusivo,
contemplándote, Amor, a través de una niebla
de pésame, a través de una cortina ideal
de lágrimas, en tanto que tejes de dicha y luto
en un limbo sentimental.

Los versos a su musa y primer amor, Josefa de los Ríos (Fuensanta), muerta en 1917 y con la que nunca se casó, son especialmente conmovedores:

Fuensanta:
¿tú conoces el mar?
Dicen que es menos grande y menos hondo
que el pesar.

Que no extrañe a nadie que el poema menos interesante de López Velarde, *Suave Patria*, de esos que lee cualquier día festivo del calendario oficial un enano horrible con grado

militar, voz chillona y ademanes acartonados (en algún monumento barato de cemento, con los pobres niños de primaria obligados a escuchar las trompetas y los tambores del ejército) le haya valido ser considerado un poeta nacional: tampoco es que el Estado se distinga por derrochar buen gusto.

No obstante lo anterior dicho texto, que por supuesto no citaremos aquí, es de un patriotismo castizo y no una barata apología patriotera.

Por otro lado la infancia y los recuerdos familiares tienen un gran peso en la obra del poeta:

Fuérame dado remontar el río
de los años, y en una reconquista
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo
la frente limpia y bárbara del niño.

En Ramón López Velarde conviven el católico devoto y sufrido con el hombre sensual que anhela un mundo de placeres:

Soy el mendigo cósmico y mi inopia es la suma
de todos los voraces ayunos pordioseros;
mi alma y mi carne trémulas imploran a la espuma
del mar y al simulacro azul de los luceros.

O en el poema *La mancha de púrpura*, con el que cerramos:

Me impongo la costosa penitencia
de no mirarte en días y días, porque mis ojos
cuando por fin te miren, se aneguen en tu esencia
como si naufragasen en un golfo de púrpura,
de melodía y de vehemencia.

Pasa el lunes, y el martes, y el miércoles… Yo sufro
tu eclipse, ¡oh criatura solar!, mas en mi duelo

el afán de mirarte se dilata
como una profecía; se descorre cual velo
paulatino; se acendra como miel; se aquilata
como la entraña de las piedras finas;
y se aguza como el llavín
de la celda de amor de un monasterio en ruinas.

Tú no sabes la dicha refinada
que hay en huirte, que hay en el furtivo gozo
de adorarte furtivamente, de cortejarte
más allá de la sombra, de bajarse el embozo
una vez por semana, y exponer las pupilas,
en un minuto fraudulento,
a la mancha de púrpura de tu deslumbramiento.

En el bosque de amor, soy cazador furtivo;
te acecho entre dormidos y tupidos follajes,
como se acecha un ave fúlgida; y de estos viajes
por la espesura, traigo a mi aislamiento
el más fúlgido de los plumajes:
el plumaje de púrpura de tu deslumbramiento.

GRIMORIO MALDITO

Mi primo Alejandro entró a la oficina muy temprano para sacar unos pendientes que le había encargado tío José. Abrió el paquete de pastelitos que traía, se comió uno y le dio un gran trago a su refresco.

Buscó en un estante unos papeles y entonces lo vio: no podía creer lo que tenía frente a sus ojos, se trataba ni más ni menos que de *La Biblia Satánica*, del infame Szandor LaVey.

La suave penumbra de la oficina se le antojó amenazadora, poblada de presencias invisibles que lo acechaban hambrientas, codiciosas de su alma inmortal.

Alejandro salió corriendo al estacionamiento, se encerró en su coche y aunque hacía un calor de la chingada se estuvo rezando 15 padres nuestros y nueve aves marías.

Reconfortado con la fe tomó su rosario y entró a la oficina. Puso encima del libro el rosario para evitar que se abrieran los portales y escaparan del Erebo las fuerzas demoníacas que aguardaban entre sus páginas podridas.

Alejandro sacó de su cartera la estampita de San Ignacio de Loyola, se persignó tres veces y volvió a mirar el volumen.

Y el volumen le devolvió la mirada, como diría Terry Pratchet distorsionando cada vez más la frase de Nietzsche[16].

Alejandro consiguió dominarse y le marcó a mi tío José, quien se encontraba pescando en un yate con unos amigos.

—¡Tío, acabo de hacer un descubrimiento horrible!

—¿Se quemó la oficina? ¿Entraron a robar?

—No, algo peor.

—¿Qué pasa?

—Hay un libro satánico en los estantes.

—Ah, es de tu tía.

—Debemos…

—Deja ese libro en paz. Es de tu tía Pilar y no le gusta que se metan con sus cosas.

—Pero tío…

—Tengo que colgar.

Mientras mi tío se tomaba una cerveza y arrojaba el anzuelo Alejandro le marcó a mi tía Pilar, quien se encontraba pintando un cuadro maravilloso en su estudio. Mi tía contestó:

—¿Aló?

—¡Tía, soy Alejandro! —dijo, con la voz agitada.

—¿Qué pasa?

—¡Hay un libro satánico en la oficina y dice mi tío José que es de usted!

—Ah, sí, un libro curioso.

—¡Pero se va a condenar!

—Eres un exagerado.

—¡Tenemos que destruirlo con la ayuda de un sacerdote!

Y comenzó una pesada disertación acerca del pecado y las acechanzas del Maligno. Finalmente mi tía respondió, agobiada:

—Mira, Alejandro, estoy muy ocupada y no te puedo atender: has lo que se te pegue la gana con el libro.

---

[16] Cuando miras al abismo, el abismo te devuelve la mirada.

Mi primo colgó el auricular y salió de la oficina. El aire alrededor de la construcción se deformaba. Alejandro no sabría decir si por el calor o debido a las abominaciones del infierno que infestaban este plano de existencia.

Alejandro encendió su coche, se detuvo en una iglesia para llenar una botella con agua bendita y luego de comprar algunas cosas regresó a la oficina.

Roció todos los rincones con el agua bendita, se puso unos guantes de goma, tomó un palo y empujó el libro a una bolsa de basura que ató con firmeza.

Cogió la bolsa con los dedos pulgar e índice y la arrojó en la cajuela del carro. Alejandro se dirigió a la iglesia para hablar con su amigo, el padre Jacinto Zul[17].

Pero en el camino sufriría nuevos terrores. Sentía que una entidad hecha de maldad pura lo acompañaba.

Alejandro detuvo el automóvil, abrió la cajuela para cerciorarse de que el libro no hubiera escapado y entró a un Oxxo para beberse una botella de agua y recuperarse de tan terribles impresiones.

Poco después Marianita, la secretaria del padre Jacinto Zul anunciaba a Alejandro:

—¡Padre! ¡Padre! Disculpe que lo moleste en su descanso, pero el joven Erosa viene muy angustiado por unos hechos relacionados con el Maligno.

Una vez que el padre Zul estuvo enterado del asunto dispuso una hoguera en la que fue destruido ese grimorio agusanado mientras se leía el exorcismo de León XIII:

Princeps gloriosissime cælestis militiæ, sancte Michaël Archangele, defende nos in prælio et colluctatione, quæ nobis adversus príncipes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiæ, in cælestibusus. Veni in auxilium hominum,

[17] Apellido maya, no precisamente de la realeza. En Chihuahua hay una familia que se apellida así y presume de orígenes aristocráticos, alemanes. Hasta le agregaron un apóstrofo para que quedara: D'Zul.

quos Deus creavit inexterminabiles, et ad imaginem similitudinis suæ fecit, et a tyrannide diaboli emit pretio magno…

Preparado para cualquier contingencia Alejandro acercó disimuladamente un bat por si al libro se le ocurría transformarse en un gato o algo peor e intentaba escapar de las llamas, último destino de los réprobos y de sus obras.

El mundo es frágil barco de papel siempre amenazado por los principados y las potestades del abismo. Es una suerte que existan hombres como mi primo Alejandro quienes, semejantes a modernos Van Helsing, siempre están dispuestos a enfrentar las indescriptibles, putrefactas atrocidades del averno.

Pero nunca estamos a salvo, es preciso que estos héroes luminosos mantengan una vigilancia constante pues como dijo el árabe loco, Abdul Alhazred en las tenebrosas páginas del Necronomicón:

Las más profundas cavernas no están hechas para los ojos que ven, ya que sus maravillas son extrañas y terroríficas. Maldito sea el suelo en el que los pensamientos muertos reviven en cuerpos nuevos y extraños, y condenada sea la mente sin soporte corporal. Sabiamente, Ibn Shacabao dijo que feliz es la tumba que no alberga magos y feliz es la ciudad nocturna cuyos hechiceros son cenizas. Porque dicen viejas habladurías que el espíritu de los siervos del diablo no abandona su arcilloso cuerpo, sino que antes al contrario alimenta e instruye al mismísimo gusano que lo devora, hasta que de la corrupción brota una vida horrible, y los torpes carroñeros que se alimentan de restos humanos se alzan para sembrar el daño y se hinchan monstruosamente para contaminar la tierra. Se excavan en secretos grandes agujeros allí donde debían bastar los poros de la tierra, y seres que solo debían arrastrarse han aprendido a caminar.[18]

[18] Lovecraft, H. P. *La llamada de Cthulhu y otros cuentos de terror.* Edaf. Madrid, España. 2000. p. 95

ACERCA DE LA LITERATURA INDEPENDIENTE

En México (no sé en otros países) la literatura está dominada por arrogantes grupos de izquierda. Creo que el destino de la literatura está en una bandera de pirata y en un emprendimiento personal: los bloggers llegamos para quedarnos.

No hay que darle importancia a los miembros de la *intelligentsia* que escriben como cualquier periodista cultural y publican en Nexos y en otras revistas de lo más decadentes y predecibles.

Sin garra, sin originalidad.

Siempre van a lo seguro porque del escritor mexicano se espera sea *snob* y vaya uno a esas fiestas fastidiosas para lamer la punta de los pies de esos académicos insufribles y marxistas.

Sea —como desde antiguo ha sido el poeta— un ser marginal, sin tratos bajo la mesa con la derecha, con el centro ni la izquierda.

Para obtener lectores inteligentes no los necesitamos y, como diría Bukowski, ¡que les den por el culo!

BÉCQUER EN LA OFICINA

Gustavo Adolfo Bécquer llegó a la oficina de Bienes Nacionales con una terrible resaca. La noche anterior había bebido un poco más de la cuenta y sus febriles pensamientos lo habían llevado a recorrer las calles de Madrid persiguiendo quimeras, rayos de luna y fantásticas visiones.

—¡Dios mío! —se dijo—. Es tan horrible la oficina, llena de rostros grises y de asuntos prosaicos.

Tomó un legajo de papeles y se dispuso a trabajar. Lo malo es que alzó la vista y vio a una linda mujer acompañada por un caballero ya mayor. Ella usaba un sombrerito adornado con cintas, era rubia y tenía ojos azules.

—¿Quién será esa mujer? —se preguntó—. Debe ser de la nobleza, y ese caballero su padre. Pobre de mí que no tengo recursos para cortejarla.

Gustavo se mesó los cabellos mientras pensaba.

—¿Cómo será su amor? ¿Cómo serán sus besos? Debe tener un alma poética que sin duda me conduciría a las cumbres del éxtasis.

"¡Ay! ¡Si ella conociera mi corazón! Nuestros espíritus vibrarían en una misma armonía, como las notas argentadas de un arpa antigua.

"Juntos tejeríamos tantos ensueños. ¡Es tan difícil encontrar un amor como este! ¡Diríase una de esas mujeres legendarias que aparecen en los dramas del bardo! Como Ofelia, ¡sí!, como Ofelia.

Gustavo Adolfo tomó un documento y comenzó a dibujar en el reverso.

—¡No te abandones a la tristeza, amor mío!, que no te lleven las aguas de ese río. Piensa en este poeta que valora tus celestes pensamientos, tus…

Gustavo Adolfo sintió una mano en el hombro y escuchó que le preguntaban:

—Y, ¿qué es esto?

Ensimismado en sus dibujos Gustavo, sin volverse, explicó:

—¡Esta es Ofelia, que va deshojando su corona! Este tío es un sepulturero… Más allá…

De pronto Gustavo percibió el silencio que se había formado y volteó a ver a su interlocutor: era el director de la oficina que hacía un recorrido para ver si los empleados trabajaban como de ellos se esperaba.

—¡Aquí tiene usted uno que sobra!

Ese mismo día el poeta fue despedido.

EL GRAN AMOR DE BALZAC

Aunque no es infrecuente que los escritores mueran por el abuso de la bebida Honoré de Balzac es quizá el único que ha muerto por ingerir demasiado… café.

Acosado por las deudas luego de lanzarse a negocios y fantásticas especulaciones que lo dejaron en la ruina el gran novelista se propuso ser el Napoleón de las letras y retratar todos los aspectos de la vida de la ciudad por excelencia: París.

Con este propósito se dio a la titánica tarea de escribir las más de 90 novelas que constituyen la *Comedia humana* y por cuyas páginas desfila desde el humilde labrador hasta el más encopetado aristócrata, pasando por la corrupta burguesía decimonónica.

Armado con una taza de café y vestido con un hábito de monje el genio trabajaba hasta 20 horas seguidas, arruinando su salud en el proceso.

En 1830 la condesa ucraniana Eweline Hanska, casada con el barón Waclaw Hanska, le escribió a propósito de una de sus novelas, iniciando una correspondencia amorosa que duraría 21 años, con ocasionales entrevistas

que terminarán en matrimonio el 14 de marzo de 1850. Balzac había conseguido casarse con la mujer amada; pero como diría Wilde, lo que los dioses dan lo quitan pronto y cinco meses después (8 de agosto del mismo año) en un momento de suprema ironía Honoré de Balzac, gloria de las letras francesas y universales, expiraba aquejado por un problema cardíaco que le fue provocado por sus bárbaras sesiones de trabajo y por el consumo inmoderado de café: tenía 50 años.

EL BICHO MALDITO

La ciudad se encontraba desolada, como desolado se encuentra mi corazón. Caminé hacia la tienda de autoservicio y le dije a la tipa que atendía:

—Dos cuartos de brandy *Presidente*.

La tipa se agachó para que le mirara las nalgas y ya sabéis, no entremos en detalles, así que, obviando este vulgar detalle narrativo preparémonos para un instante de verdadero terror.

Había yo leído el infame *Necronomicón*, de Abdul Al-Hazred, y sabía que más allá de las estrellas hay demonios que nos acechan, siempre preparados, para destruirnos.

Caminaba yo hacia mi casa cuando me encontré a ese organismo alienígena, un ser que semejaba una estrella de mar, así que saqué mi cuchillo de caza y comencé a combatirlo, al tiempo que salmodiaba una frase del árabe loco, para protegerme:

—*Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fhtagn! Ph´nglui mglw´nafh Cthulhu R´lyeh wgah-nagl fhtagn*.

En eso escuché una voz recia que provenía de la casa del vecino:

—¡Elko! ¡Carajo! ¡Ya te dije que tengo un niño chiquito que no se puede dormir!

Yo lo miré, alucinado, y le dije:

—Vecino, ¿estás viendo el bicho que acabo de capturar? Me parece que viene de más allá de las estrellas.

El vecino, un pinche bato de lo más insensible con eso de las ondas literarias, contestó:

—¡Ya vete a dormir, cabrón, y llévate esa puta piñata defectuosa!

UNA FIESTECITA LITERARIA

Mientras escuchábamos música de las axabebas Omar Khayyam y yo, cómodamente recostados en unos divanes deliciosos, bebíamos vino para, ocasionalmente, aspirar el humo perfumado del narguilé, que nos servía una de las doncellas que él había traído consigo. El poeta persa y un humilde servidor admirábamos la siguiente escena:

—Me importa un sorbete —dijo Nietzsche, quien había tocado un solo en la guitarra eléctrica unos minutos antes (para desquitarse de Wagner), se bebió una yarda de cerveza (contra su costumbre) y aspiró tres líneas de cocaína, completitas (eso sí, de acuerdo a su costumbre); en seguida afirmó:

—De cualquier forma Lou hubiera terminado con ese novelista barato de Stoker. Hay que ver el gusto de las mujeres por el melodrama. El superhombre debe ser un ente solitario, soportando los gélidos vientos de las montañas, lejos de las moscas, aferrado a su grandeza y soledad.

Wilde, con sus ojos somnolientos, se encontraba recostado en otro de los divanes de mi biblioteca. En ese preciso instante sacaba uno de sus cigarrillos con boquilla dorada, por lo que le dijo a Nietzsche.

—Pásame las cerillas, chico.

Nietzsche le acercó una cajita de cerillas que se encontraba sobre una de mis mesitas venecianas, junto a una estatuilla de Benvenuto Cellini.

Óscar encendió su cigarrillo, expulsó el humo azul con lentitud y dijo:

—*Dear*, ya te lo había dicho, las mujeres son esfinges deliciosas pero, a fin de cuentas, esfinges sin secretos.

Wilde se estremeció al escuchar un disparo, pero se recompuso rápidamente y comentó:

—Veo que los *yankees* no han cambiado nada. Ya en mis tiempos era necesario poner un cartel que dijera: "favor de no dispararle al pianista" —y le dio otra calada a su cigarrillo.

William S. Burroughs, quien seguía sin atinarle a una manzana que había colocado sobre el busto de Palas Atenea, dejó la pistola sobre la chimenea y procedió a servirse un trago mientras murmuraba:

—La gracia me llegó en forma de gato.

Lovecraft, otro amante de los gatos, miraba con ojos espantados el decante espectáculo mientras sostenía su vaso de limonada helada (en la que subrepticiamente William S. Burroughs había metido unas gotitas de LSD).

El recluso de Providence vio que por el hueco de la chimenea y de entre las llamas una entidad que nadie había invitado comenzaba a materializarse en un conglomerado de globos iridiscentes, por lo que comenzó a señalarlo, con el terror dibujado en su semblante:

—¡Yogh Sothoth! ¡La llave y la puerta! ¡El que abre el camino! ¡El todo en uno!

Con un vaso en la mano y un cigarrillo en los labios Bukowski venía saliendo del baño (nadie escuchó que le jalara a la cadena).

—*Hey hey hey, son!* ¿Quién sabe qué te puso el yonqui marica ése? Mejor sírvete uno de estos —dijo Charles y le quitó el vaso de limonada a Lovecraft para cambiárselo por uno enorme, lleno de whisky.

—Esto te hará sentir mejor.

Sin dejar de mirar a la chimenea Lovecraft le dio un buen trago a su vaso, luego pareció reaccionar y protestó débilmente.

—¡Pero esto es licor! ¡Mis tías me van a regañar!

En todo caso lo olvidó porque sus ojos espantados seguían fijos en la chimenea.

La música de las axabebas adquirió un ritmo frenético y todo comenzó a darme vueltas. Desperté en mi jardín, bajo las columnas del templo griego que preside la piscina: alguien me había echado una manta encima.

Caminé hacia la casa, rodeé el laberinto de piedra y hiedra, hice caso omiso de las rosaledas, me refresqué la cara en la fuente, subí las escalinatas de mármol, abrí la puerta.

Todo parecía en orden, excepto que en la planta de arriba se escuchaban estrepitosos martillazos, así que fui a investigar: se trataba de Alfred, mi mayordomo, muy ocupado en clausurar la biblioteca con unos enormes tablones. Lucía tan enojado que no me atreví a contrariarlo.

Ya se le pasará.

¿POESÍA O MARIO BENEDETTI?

Entre los Carlos Cuauhtémoc Sánchez, el monje ese que vendió un Ferrari, Richard Bachman y otras luminarias de tan bizarro universo destaca "el maestro", Mario Benedetti.

En la red se encuentra uno de las cosas más extrañas como fue el caso de un muy humilde servidor quien, habiéndose topado con un extraño artículo, se quedó reflexionando. El susodicho artículo se llamaba:

La poesía de Mario Benedetti.

Deseo entender que el autor, cuyo artículo, por supuesto, no leí, quería decir:

¿Poesía o Mario Benedetti?

Es preciso pensar, a fin de mantener mi fe en los seres humanos, que fue así.

Me asombra que haya gente que se lo tome en serio en lugar de considerarlo a un lado de los comics de Condorito o del Libro Vaquero, y se los dice el Ratón malo, quien alguna vez se puso tapabocas, guantes de goma y pinzas para analizar esas chingaderas, puramente por beneficio de la humanidad.

Sírvanse los entendidos.

PULPO ESTILO YOG SOTHOTH

Los gallegos, pueblo colonizador de quienes me enorgullezco en descender únicamente son pendejos en los chistes mexicanos, chistes que por otro lado le encantan a los gallegos, lo que habla mucho de su generosidad y buen humor.

El caso es que la Ratona me ha pasado una receta gallega muy secreta, que a continuación os transmito.

Entre los ingredientes se vuelve preciso contar con *El Necronomicón*, de Abdul Al-Hazred, cuatro papas, de preferencia cambray (no conseguí), sal (para mantener lejos a los antiguos), un hacha y un pulpo de los mares de Hali.

Se procederá a recitar el encantamiento de Cthulhu para abrir las esferas, mismo que reza:

Iä! Iä! Cthulhu fhtagn! Ph´nglui mglw´nafh Cthulhu R´lyeh wgah-nagl fhtagn.

Te podrías traer en tu I-Pod cualesquier canción de mi esposa de una dimensión alternativa, Britney Spears, para que los perros de Tíndalos, que sobrevuelan los mares de Hali, no te olfateen y se distraigan.

Procederás a atrapar pulpos frescos de los mares de Hali y dibujando el sello de Salomón, con una antorcha hecha de mujeres vírgenes sacrificadas a Dagón, volverás a esta realidad.

Si se te hace muy pesado atrapar los pulpos de Hali puedes ir a Walmart y comprar unos pulpos de tu planeta, total que no hay mucha diferencia entre el sabor de los de Hali y los de aquí.

Bueno, una vez librado ese problema colocas el hacha en la barrita de tu cocina (el hacha es para impresionar) y lo metes a una cacerola, en la que no pondrás agua ni aceite, para que no se vayan a cerrar los portales. No te preocupes, el pulpo soltará agua, pero es muy importante que al principio lo muevas mucho para que no se te pegue.

Agregas sal al gusto, y las papas.

Tomas el hacha y haces en el aire el signo de Koth.

Posteriormente, y una vez que el pulpo haya soltado agua metes las papas debajo del susodicho artrópodo y bajas a fuego lento. Lo tapas y lo dejas unos 20 minutos, mientras salmodias:

Iä! Iä! Cthulhu fhtagn! Ph´nglui mglw´nafh Cthulhu R´lyeh wgah-nagl fhtagn.

No se te olvide poner una canción de Britney Spears para que los perros de Tíndalos no te vayan a oler.

El pulpo y las papas se cortan, picaditos, y se sirven en un plato grande, guiso que sin lugar a dudas te gustará.

LAS NOCHES DESAPACIBLES

CONVERSACIONES SELECTAS CON EL MAESTRO, MISMAS QUE SE PUBLICAN EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD Y PARA ILUSTRAR AL VULGO[19]

Elko: Eran las 2:30 de la mañana, la ciudad estaba desierta y el "feis" ni se diga. El maestro Chávez había prometido a su alumno favorito que de cruzar la ciudad fantasma Elko se encontraría con una dosis de Etiqueta Negra.

Chávez: A la casa del escribano llegó un carro casi al final de sus mecánicos días, rechinaba de asombros tardíos; de él bajó el escritor Elko.

Elko: Tembloroso el tal Elko se había compuesto un neceser con una cajita muy mona en la que llevaba varios libros para el maestro, un cigarro de vapor (De Yolandita, dijo el maestro, quien había esparcido su perfume para disimular la falta de una mano femenina en su buhardilla francesa que había sido trasladada desde París, merced a un hechizo del mismísimo Cagliostro).

Chávez: Se pusieron al día luego de años de no verse, a pesar de que habían escrito un libro de poemas de Internet

[19] Escrito al alimón con Jesús Chávez Marín.

al alimón. El viejo le platicó que tres años atrás Rosa se había casado con un jubilado sin chiste pero con *Green card* que la llevaría a ser ciudadana del imperio vía el matrimonio civil. Esteban quedó en la ruina sentimental más llorona de todo el repertorio nacional de canciones de charros.

Elko: Lo cierto es que el maestro, descreído de las promesas de Mahoma, se había armado su propio paraíso lleno de huríes de papel. El maestro sacó el Etiqueta Negra y alumno y maestro comenzaron a beber.

Chávez: El viejo editor insistió en mostrarle un mar de fotos de Rosa en la pantalla de su lap-top, y sobre todo el último mensaje de celular que ella había escrito: "todo es posible para mí, solo una cosa no: vivir sin tu amor". Al día siguiente se fue a El Paso, donde el Gordo Morales se arrodilló y le puso un anillo de brillantes.

Elko: Como cada quién andaba por su lado, puesto que Elko ni idea tenía de quién era Rosa, ambos decidieron salir a fumar unos Marlboro rojos en el bello jardín del maestro donde fantásticos elefantes los miraban, hieráticos.

Chávez: El joven, con todavía el vigor suficiente para tener ilusiones, insistía en hablar de literatura como en los buenos tiempos. Le parecía raro que un tipo de sesenta años quisiera hablar de amores adoloridos; sentía un poco de lástima por quien era su antiguo profesor y ahora uno de sus amigos más queridos.

Elko: Era el sueño de Balzac, la mesa reservada de Carlitos Baudelaire, el rincón de las confidencias de dos escritores que, a pesar de la diferencia de edades, se sabían tan amigos.

Chávez: Cuando Esteban desahogó en confidencias su alcohólico insomnio, salieron de la casa y caminaron hasta el restaurante de la Posada Tierra Blanca. Mientras desayunaban llegó al lugar la persona que menos esperaban hallar.

Elko: Al parecer el maestro alucinaba porque el alumno, si bien lo veía hablar, jamás vio a la señora de rojo que el maestro le mentaba.

Chávez: Desvaríos más tarde entró por una puerta lateral uno que había sido compañero de Esteban en Filosofía y Letras y actualmente era presidente municipal de Cuauhtémoc: "¡Qué bueno que los veo!", dijo con ese entusiasmo desbordante que tienen los políticos en el poder.

Elko: Apenas había llegado el prócer ambos escritores anhelaban la buhardilla, los insomnios lunares que desde antiguo los atormentaban.

Chávez: Mañana continuamos, ¿está bien? Ya tengo sueño.

Elko: Váyase a dormir, maestro, haga la meme.

Chávez: ¡Yeeei beibi!

INVOCANDO A YOG SOTHOTH

La ociosidad es la madre de todas las artes y como estaba aburrido me puse a ver las publicaciones de mis contactos en el Facebook donde me encontré a una tal Fulviaa Saracho que se la pasaba subiendo citas bíblicas.

El plato estaba servido y decidí jugarle una bromilla por lo que hice como que me equivocaba de interlocutor y escribí en su inbox:

—Keyser, veo que otra vez te pusiste Fulviaa y no Remi, como habíamos acordado. La próxima vez avísame cuando cambies de alias. Aquí está el conjuro que te prometí, ya lo revisé y sí funciona. No olvides darles sangre de vaca, pero poquita (una jeringa); si les das más crecen muy rápido y se vuelve difícil controlarlos. De cualquier modo no te separes del Necronomicón ni de la clavícula de Salomón: los Antiguos son peligrosos.

En seguida cité la invocación a Yog-Sothoth, demonio imaginario al que ni siquiera su creador, H. P. Lovecraft, se tomaba en serio:

Para invocar a Yog-Sothoth

Porque Yog-Sothoth es la puerta.

Él conoció dónde los Antiguos aparecieron en tiempos pasados y dónde Ellos aparecerán de nuevo cuando el ciclo empiece otra vez.

Dad la vuelta tres veces sobre vosotros mismos y volviendo la cara al Sur entonad el conjuro que abre la puerta:

El conjuro

¡Oh Tú que moras en la oscuridad del Vacío Exterior! Acude a la tierra una vez más, yo te lo ruego.

¡Oh tú que habitas más allá de las esferas del tiempo! Escucha mi súplica (haced el signo de la Cabeza del Dragón)[20].

Y demás parafernalia.

Fulvia estaba aterrorizada y me dijo:

—¡Jehová y Jesucristo están con mi familia y conmigo! ¡Amén!

Yo respondí:

—¿Keyser Zöse? ¿Keyser? ¿No eres Keyser?

—¡No soy Keyser, réprobo! ¡Que dios te perdone!

—Disculpa, todo ha sido un error.

Fulviaa me borró inmediatamente de sus contactos.

Hacía tiempo que no me reía tanto.

[20] Bigliano, Marcelo. Fragmentos originales del Necronomicón. Grupo Editorial Tomo. México, 2001. p. 63.

EL SAPO DE WILLIAM S. BURROUGHS

William S. Burroughs despertó con una resaca terrible. Unos días, o una eternidad atrás, había vendido una de sus pistolas para procurarse algo de droga, que finalmente se había terminado, por lo que su amante en turno, un magrebí más enganchado a la heroína que él mismo —si es que eso era posible— lo había abandonado.

William rezó a los dioses de la jeringa hipodérmica para recibir noticias de su agente a la brevedad posible: otra vez los dioses, que lo apadrinaban, volvieron a escucharlo ya que al asomarse por el ventanuco de su horrible cuchitril vio que el hombre del correo aéreo del Tánger se acercaba con su raído morral evadiendo los arroyuelos de aguas negras que corrían libremente por las callejuelas del barrio miserable que habitaba últimamente.

—¡Correo! —dijo el cartero y como era su costumbre se abstuvo de entregarle el paquete, esperando una propina. William buscó en sus bolsillos, sin éxito; entonces recordó que le quedaban algunos billetes

escondidos en un libro de poemas. William abrió el volumen, sacó uno de entre cinco billetes y se lo entregó al mensajero.

El yonqui encontró una botella que aún tenía algo de licor y una cajetilla con varios cigarrillos: encendió uno y abrió el paquete, que consistía en un sobre y en una caja pequeña con agujeros.

William abrió el sobre y se encontró un cheque por una cantidad menor a la que esperaba, si bien suficiente para sobrevivir un tiempo, así como una carta de su agente, quien le comunicaba:

Queridísimo William:

La compañía ha tenido algunos tropiezos y no hemos podido enviarte la cantidad que nos solicitaste, pero confiamos que en un mes podamos cubrir lo que falta y enviarte dinero adicional; mientras tanto he encargado al copiloto que alimentara al sapo de caña peruano, un "rhinella marina" (comen insectos, croquetas de perro, carroña, plantas y todo tipo de desechos) y lo refrescara con agua.

El sapo te ayudará a resistir este inconveniente en caso de que te quedaras sin "material" toda vez que despide una toxina llamada "bufotenina", con la que podrás obtener un buen viaje.

La carta terminaba con las fórmulas habituales de cortesía.

William abrió la cajita y encontró al sapo junto a varios escarabajos y croquetas para perro, y el sapo hizo:

—¡Prrrrrr!

—¡Demonios! —exclamó William—. Si es verdad lo que se cuenta de este muchacho habría que forrar su cajita con seda escarlata y procurarle una cadenita dorada así como todos los insectos, no precisamente escasos, de mi hermoso departamento.

William puso al sapo en la bañera, en la que dejó caer algo de agua y, luego de beber un par de tragos y fumarse un cigarrillo, se dio a la tarea de capturar algunos

insectos y de llevarle restos de comida, que el sapo devoró con avidez. Hasta eso que era muy educado y agradeció tan soberbio banquete haciendo:

—¡Prrrrrr!

—¡Además es cantante! —se felicitó William—. ¡Imita perfectamente a un motorcito!

William tomó al sapo con veneración y le pasó la lengua sobre la piel. Se quedó mirando a unos de sus ojos.

—¡Prrrrrr! —dijo el sapo y su ojo comenzó a transformarse en una laguna de aguas verdes que se encontraba en medio de un pueblo mexicano donde se bañaban varios adolescentes morenos y canijos, como a él le gustaban.

Para su mala suerte tres vehículos llenos de federales armados hasta los dientes irrumpieron en el pueblecito, levantando nubes de polvo en las calles sin pavimentar.

William sacó de su impermeable negro su Smith & Wesson y abrió fuego con una puntería endemoniada, abatiendo a varios federales, que decidieron pertrecharse detrás de sus vehículos.

—¡William! ¡Pinche gringo! ¡Date preso! —le gritaban los federales. William, cubierto detrás de un ruinoso muro de adobe, encontró en los bolsillos de su impermeable un paquete de cigarrillos y una caja llena de balas. Encendió un cigarrillo, recargó el arma y decidió hacer una sorpresiva salida sosteniendo el arma con ambas manos y con trágicos resultados para los federales, que caían como moscas.

Uno de los federales se quejaba, lanzando borbotones de sangre y mirando al cielo. William se acercó lentamente, volvió a recargar su revólver, apuntó la pistola a la cabeza del policía y lo remató de dos tiros; en seguida volvió sus pasos para buscar a los muchachos de la laguna verde, pero ya no estaban; en cambio flotaba sobre sus aguas un demonio que tenía en lugar

de rostro un vórtice de una sustancia purpúrea y que se reía de una manera espantosa.

La laguna volvió a convertirse en el ojo del sapo, que hizo:

—¡Prrrrrr!

William soltó al sapo en la bañera y comenzó a vomitar en la taza del baño: todo le daba vueltas, tenía escalofríos y sentía la lengua escaldada.

—¡Maldita sea! —dijo mientras se dirigía a su cuarto por un poco de licor y un cigarrillo. Sobre la cama vio la carta de su agente y notó que había una segunda hoja que por alguna desconocida razón no había leído. Tomó el documento en sus manos y leyó:

P.D. Ni se te ocurra lamer directamente al sapo como en los cuentos de hadas ya que además de la bufotenina el bicho excreta sustancias terriblemente tóxicas que podrían causarte un gran malestar y en caso extremo hasta matarte. La forma correcta de extraer la sustancia es…

—¡Carajo! Lo mejor será que vaya por algo más saludable: un poco de heroína me vendrá bien— se dijo a sí mismo, se abrochó la funda de su Smith & Wesson en bandolera, a la altura del pecho, tomó su impermeable, se caló el sombrero y salió a las calles del Tánger, silbando alegremente una tonadilla mexicana.

EL REGALO DE LOVECRAFT

Mientras me encontraba realizando un viaje de placer por el Rin le encargué a Alfred, mi mayordomo, que revisara mi correspondencia con el propósito de que no se retrasaran mis asuntos, sobre todo los relacionados con *Voluptuosidad es la palabra*; no obstante creo que haberle confiado tanta responsabilidad fue un error, como verá el lector al enterarse de los aterradores hechos que narramos a continuación:

Llegué de Europa al atardecer, en pleno verano; como de costumbre nadie atendió a la puerta y tuve que usar mi llavín. Una vez en mi estudio me serví un vaso de whisky y me puse a revisar la correspondencia.

Parecía ser lo habitual: propuestas de matrimonio de algunas casas reales europeas, ruegos desesperados por parte de los principales sellos editoriales del mundo para que los dejara publicar mis relatos y poemas, solicitudes de entrevistas de periódicos, revistas y programas televisivos; en fin, lo de siempre.

En eso lo vi: ¡Dios mío! Era el colmo de la mala suerte: en un rincón había un paquete vacío que todavía mostraba su envoltura de papel marrón en la que podía leerse:

Remitente: H. P. Lovecraft. 598 Angell St. Providence, Rhode Island.

¡Alfred había abierto un paquete de Lovecraft! ¡Demonios! Lo llamé en el acto.

—Alfred —le dije una vez que estuvo frente a mí—. ¿Qué venía en este paquete?

—Señor, el paquete contenía una semilla llena de pinchos y una carta de *mister* Lovecraft en la que recomendaba sembrarla y regarla con agua abundante, y como usted me dio instrucciones para que me hiciera cargo de sus asuntos la enterré en el área norte del jardín, junto a *Stonehenge*.

—Muéstrame esa carta.

Alfred recuperó el documento, que se encontraba entre la pila de cartas, y procedí a leerla:

Mi querido Algol Ordak Von Ero, hermano en el Signo Amarillo, Guardián de la Llave de la Perrera de Tíndalos, Comendador de la Orden de los Jinetes de los Pájaros Shantak, Imperial Consejero de…

Y bla, bla, bla. Lovecraft se había pulido en su fantástico y ceremonioso saludo; pero en seguida iba al grano:

Repasando las páginas del Necronomicón, del árabe loco Abdul Alhazred, decidí abrir un portal para dar un paseo por las costas de Hali donde encontré un árbol muy curioso lleno de semillas erizadas de pinchos, así que tomé varias y de regreso a Providence sembré una en el jardín de mi tía, con asombrosos resultados.

Como sé que te gusta estudiar estas cosas te envío una semilla. Si lo que buscas es una experiencia aterradora puedes sembrarla y regarla con mucha agua. Ja, ja, ja.

En este momento voy de salida, luego te platico con más detalles el resultado de mis experimentos.

El resto era una barroca despedida, muy al estilo de Lovecraft.

—¡Alfred! ¡Aquí dice claramente que solo el que busque una experiencia aterradora debía sembrar esa semilla!

—Al señor le gusta el terror —respondió Alfred, flemático.

Uf, decidí salir a investigar, armado con un hacha. Años atrás y con el permiso de la reina decidí trasladar a mi jardín el monumento de *Stonehenge* para evitar que los turistas lo vandalizaran y dejé en su lugar una réplica. Y ahí estaba, junto a mi monumento megalítico: un árbol que emanaba un aura siniestra de alienación y espanto.

El árbol percibió mis intenciones y sus ramas se agitaron con furia en dirección mía. Afortunadamente no me había acercado bastante y esa blasfema entidad, que provenía de más allá de las estrellas, no pudo alcanzarme con sus ramas impías.

De pronto el árbol se sacudió y una solitaria hoja comenzó a caer, suavemente. Una vez en el suelo *eso* sacó unas largas patas retráctiles armadas de púas, como las extremidades de una cucaracha, y me mostró sus fauces infectas mientras emitía un agudo chillido, semejante a la música demencial que los demonios entonan con sus flautas en torno a Azathoth, el dios ciego y estúpido que babea en el centro del vacío final.

Arrojé mi hacha y partí al bicho-hoja, que en el acto se convirtió en una pulpa de légamo verdoso; entonces el árbol volvió a sacudirse y un montón de bichos-hoja sacaron sus patas y comenzaron a acercarse, amenazantes.

Decidí emprender la graciosa huida, cerré dando un portazo tras de mí mientras gritaba:

—¡Alfred! ¡Rápido! ¡Pásame mis escopetas!

Subí al tercer piso y abrí uno de los balcones: los bichos-hoja se acercaban a la mansión por millares. Alfred me acercó algunas escopetas, entre ellas la que me había regalado Allan Quatermain y otra que me obsequió Juan

Carlos I de España, muy enojado porque el chisme le había costado un escándalo por el asunto del elefante[21].

Comencé a disparar: los bichos-hoja estallaban, dejando una mancha gelatinosa en el jardín. Alfred volvía a cargar las armas, una y otra vez; pero después de un rato Alfred se fastidió y dijo:

—Quizá el señor debería volver a intentar con los video juegos. Hace unos días llegó *Age of Conan*, para sustituir el que rompieron sus amigotes.

Continué disparando, pero los bichos-hoja eran demasiados, así que cerré el ventanal y en el acto los malditos engendros cubrieron el vidrio, como ya habían hecho con todas las ventanas de la Mansión Vázquez.

—¡Diablos! —exclamé— ¿Cómo no se me había ocurrido? Tengo que preguntarle a Lovecraft cómo detener este horror cósmico.

Tomé el teléfono y marqué el número de H.P.L. Me contestó su tía Annie E. Phillips Gamwell.

—¡Señor Vázquez! ¡Qué gusto saludarlo! ¿Cuándo nos visita? Tengo una nueva receta de pay de manzana que sin lugar a dudas le encantará.

—Señorita Phillips…

—¡Lillian! ¡Apresúrate! ¡Tengo a Elko Vázquez en la línea! ¡Corre para que lo saludes! Uf, está en la planta alta y ya ve cómo se mueve con lentitud mi hermana.

Luego de saludar a Lillian, quien pasó revista a todos sus achaques, la tía Annie volvió a tomar el teléfono y dijo:

—Querido, ¿buscaba a Howard? Lamentablemente partió para Nueva York en compañía de Sonia.

—¿Tendrá el número telefónico de Sonia? Howard me envío una semilla de un árbol que está dando algunos problemas y quería consultarlo para…

---

[21] Pero eso es otra historia, misma que se refiere en el relato *La tierra es hueca*, de mi libro *El hombre que odiaba a Santa y otras historias delirantes*.

—¡Ya le dije a Howard que deje de estar enviando a sus amigos esas semillas! Sabe que son unas plantas muy perniciosas y ensucian la casa con hojas. Lamentablemente Sonia tiene el teléfono suspendido; pero no se preocupe, señor Vázquez, con los primeros fríos esa maleza se secará por sí sola. Le recomiendo que recoja las semillas y las eche al fuego para que no vuelvan a brotar.

Agradecí a la señorita Phillips sus atenciones y colgué el teléfono.

—Alfred, me informa la señorita Phillips que tendremos que esperar hasta el invierno para que el árbol se seque: a la primera oportunidad suspenda todos mis compromisos sociales.

—Con mucho gusto, señor. ¿Desea que le traiga un puro y su coñac?

Alfred sí que sabe cómo tenerlo a uno contento.

—Excelente idea, Alfred. Trae una copa y un puro adicionales para que me acompañes.

—Como disponga el señor —dijo Alfred y se alejó en dirección a la cava.

LA FRAGANCIA DE LOS LIBROS

Derrotado por la vida camino por las calles de la ciudad horrorosa, bajo soles inmisericordes, africanos, inapropiados para mi pálido pellejo, y al embate del ruido que provoca el constante transitar de vehículos y personas. Finalmente en casa: me arranco la camisa ardiente y arrojo mis bártulos en cualquier rincón; luego sustituyo los zapatos por la frescura suave de mis sandalias para prepararme, en seguida, un coctel.

Vida, vuelve mañana o, de ser posible, no regreses al día siguiente: por mí puedes quedarte tus enredos espantosos, tu política (y tus políticos de tercera); mira que ya he pagado todas las cuentas: déjame en paz.

En el silencio de la biblioteca mis viejos amigos murmuran entre sí: todos ellos son muy guapos y despiden fragancias como a grano almacenado, a heno, a sueños apacibles.

Me meto a la regadera antes de que me gane la pereza y el aroma del shampoo y del jabón, mientras el agua fría recorre mi piel atormentada, me devuelven la sonrisa.

El aire fresco de la biblioteca me acaricia mientras bebo un vaso de agua helada con el jugo de tres limones y una pizca de bicarbonato.

Me falta un cigarrillo, así que bajo a por él: mis bártulos me miran con reproche.

—¡Que os den! —atino a exclamar. Si no me robara estos momentos estaría irremediablemente perdido en los planes que el mundo ha desarrollado para mí.

Me hubiera gustado ser un emperador intergaláctico, un tirano pavoroso rodeado de mujeres y esplendores, de licores exquisitos, de mesas caprichosas cubiertas de manjares; pero, como al parecer los dioses habían pensado otra cosa —por lo menos en esta dimensión— soy el feliz propietario de una nutrida, fragante, hermosa biblioteca.

CHATEANDO CON EL DIVINO MARQUÉS

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: En realidad estaba muy enojado por todas esas injusticias y tenía a honra escandalizar a la gente; ya sabes que no pude firmar la sentencia de mi suegra, si bien se lo merecía.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Ya sé, lo mismo me ha pasado con la gente que he odiado: es que somos espíritus muy vivos y capaces, como diría Balzac, de cometer 20 estupideces por día; quizá los hombres de genio deberíamos llevar, por ejemplo, una libretita, para ver dónde se van los gastos y esas pequeñeces burguesas.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Pero el delirio…

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Creo que nos falta disciplina —autodisciplina—.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Acaso la rabia nos hace así.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: ¿Cómo?

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Unos tíos extremos buscando siempre incendios, alaridos, marchas triunfales con caballos blancos bajo una lluvia de pétalos de rosa, y todas las bailarinas de Babilonia: una borrachera de sueños delirantes y perfumes.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: (Emoticón con carita sonriente).

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Tendríamos que darle por saco a todos los mediocres que tanto nos molestan.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Sí, estoy tentado.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: A veces quisiera ser una máquina enorme para moler carne y producir con ellos comida para perros.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Ciertamente dan ganas; pero…

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Oye.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Dime.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: La próxima vez que tú y Alfred hagan un viaje a través del tiempo, ¿podrías traerme el juego ese de Conan? Sabes que me quita el estrés eso de guerrear en la Era Hiboria, si bien no he podido ganarle al maldito mago en el último nivel.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: ¿Todavía sirve la batería solar? En tanto estamos chateando veo que te sigue funcionando la URL que te permite utilizar ese satélite alienígena que parece un cacharro.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Sí, todavía.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Me alegra tanto.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Oye.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: ¿Sí?

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: ¿Crees que tendremos redención? No me refiero a esas cosas de la Iglesia Católica; pero ya sabes: el concepto de *hibris*.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Yo espero que sí: si existe algo al otro lado del silencio debería haber la oportunidad de redimirte, igual si no hay nada. Ya lo decía Ortega y Gasset: "el hombre es él y sus circunstancias":

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Yo ya no puedo.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Quizá ya lo hiciste en otra dimensión e incluso en ésta.

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Quizá. A veces pienso…

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: ¿Qué?

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Que hubiera bastado un gabinetito, al amor de la lumbre (una mujer tan audaz como nosotros), y nuestra enorme imaginación.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: Y quizá cuando llegó…

Donathien Alphonse Françoise, marqués de Sade: Ya sé: no supimos reconocerlo.

Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo: A veces pienso lo mismo.

ENTONCES MIS DÍAS SERÁN AMARGOS SOBRE LA TIERRA

Leyendo a Tolkien, quien me gusta mucho menos que Robert E. Howard, por mucho que digan los críticos, encuentro un par de páginas bellas donde se describe el amor desesperado de Aragorn por Arwen.

Tolkien supera su propensión a describir enanos, hobbits y otros elementos de la clase media baja y de la pequeña burguesía y nos dice que Arwen fue advertida por su padre: cuando muriera Aragorn ella vagaría entre los árboles del bosque, mirando cómo se desvanecía su mundo, atada a su larga vida y a su tristeza.

El amor no entiende de esas cosas y Arwen desobedece a su padre y, aunque la película nos muestra un final feliz, nadie nos dijo que Arwen se librase de tal destino.

Por su parte Aragorn, quien amaba a esa elfa (Aragorn descendía de elfos) es reñido por su madre, quien le dice que por mucho que él sea hijo de reyes su linaje no es tan alto como el de Arwen, y que él no puede poner sus ojos en ella, y Aragorn, rey poeta, como los celtas, de quienes vengo y a mucha honra, afirma:

—Entonces mis días serán amargos sobre la tierra.

Por favor no pregunten que si cómo me fue en el trabajo pues no lo quieren saber: me fue de la chingada, he estado en un ataúd lleno de serpientes, desesperado… he aguantado la respiración, me han corrido hormigas por "santas sean las partes" y no me he podido rascar.

¡Qué horrible es mi destino! ¡Qué cosa tan espantosa hacer, una y otra vez y sin esperanza, lo que no quieres! ¡Qué cosa tan repugnante es torcer siempre, todos los días, tu naturaleza! Pero no hay que sentir piedad por los poetas, que total es su sino.

Entonces mis días serán amargos sobre la tierra.

EL CIRCUNSIDATOR

I

Compartir material polémico en Facebook (que por otro lado circula libremente por la red) puede meterte en serios problemas, tal es el caso de los videos conspiranoicos, aquellos revisionistas que cuestionan al Holocausto y los que hacen referencia a un supuesto plan mundial por parte de algunas familias judías como los Rotschild y los Morgan para dominar al mundo.

Habiendo compartido algunas de esas publicaciones curiosas una señora de apellido ashkenazi se sintió ofendida y me dijo, llena de ira:

—¡Sácate de mi Facebook!

Le dije que la bloquearía para que ya no se sintiera ofendida con ese tipo de publicaciones, que por otra parte no intentaban ser una generalización ni un ataque de ningún tipo; pero la mujer publicó en su muro que yo la agredía y para pronto toda su parentela comenzó a hablar de mí, si bien intenté aclarar que yo no la había ofendido y que con mucho gusto evitaría en el futuro enviarle tamañas barbaridades.

Al parecer la situación no pasaría a mayores y me olvidé del asunto.

II

Nathaniel Kraushaar salió de su domicilio con una maleta rumbo a la casa de su anciana prima, Sara Kraushaar, la dama ofendida en cuestión, quien había convocado a sus parientes para tomar medidas contra el goyim que se había atrevido a importunarla.

—*Shalom*, prima —dijo Nathaniel mientras el resto de sus parientes se sentaban en la sala de estar de Sara, quien seguía enfurecida.

—*Ma nishma*.

—*Ma shlomej*.

—Nathaniel, dices que tienes un plan para vengarnos del goyim.

Nathaniel sacó un aparato de la maleta y señaló:

—Así es, querida prima, se trata de un dron que funciona como un sacapuntas volador: es el Circunsidator, mismo que habrá de darle una terrible lección al goyim.

El dron parecía una araña horrible que tenía por ojos unos lentes de vídeo y por boca unos dientes metálicos giratorios que causaban pavor. Nathaniel sacó el aparato, lo encendió y comenzó a dirigirlo con la tablet que acompañaba al aterrador chisme.

III

Mientras mi mayordomo Alfred me asistía con los perfumes y los ingredientes para invocar a Yog-Sothoth, quien se presentó dentro del círculo mágico en forma de esferas iridiscentes Mad Jack, nuestro enorme perro guardián comenzó a gruñir a la puerta cosa que me extrañó ya que el hechizo debía confinar al antiguo en el pentagrama.

Alfred se dirigió a abrir la puerta y el dron de Nathaniel hizo su aparición, seguido por el mastín, que chillaba como

un perro chihuahua y fue a esconderse debajo de los muebles; una voz electrónica salió del artefacto:

—¡Goyim! ¡Enfrenta al Circunsidator!

Las cuchillas comenzaron a girar y el dron se elevaba y descendía en picada sacándole filo a los adornos de madera de la escalinata y convirtiendo en astillas a los muebles. Alfred emprendió la graciosa huida y corrió a encerrarse en la biblioteca mientras que Yog-Sothoth recordó asuntos pendientes en otra dimensión y se desvaneció rápidamente; yo salí corriendo hacia los jardines, donde el dron me perseguía e iba convirtiendo en meras estacas los cipreses.

Corrí como si me persiguiera un dron asesino, y es que sí me perseguía, hacia los almacenes, donde se guarda la despensa y me puse a arrojarle objetos al dron, mismos que deshacía con sus dientes metálicos.

En una acción desesperada me apoderé de un buen trozo de jamón serrano, no precisamente *kosher*, y lo lancé a las fauces del monstruo metálico que se puso como loco y cayó al suelo, donde giraba como un trompo, como un mosquito herido, hasta que fue a estamparse con una pared y terminó hecho pedazos mientras su voz electrónica decía, una y otra vez:

—¡Goyim! ¡Goyim! ¡Goyim!

Finalmente su voz se extinguió. ¿Quién me manda andar de hocicón?

PRETEXTOS ACERCA DE PESSOA Y OFELIA QUEIROZ

El plástico es bello, afirmaba Andy Warhol quien, por otro lado, me parece un tipo quesque excéntrico, muy sobrevalorado; si bien es cierto que todos llegamos a disfrutar "ese olor a plástico nuevo, de los juguetes, en Navidad".

Me gustaría que Andy Warhol mirase los mares actuales.

Me gustaría que los hombres presentes mirasen las consecuencias futuras de lo que ahora consideran bello.

*

Considero, pues, al cristianismo, como una contaminación, como una desviación del camino original, que nosotros teníamos.

*

Estudiar a Pessoa es imposible para el académico, para el novelista, para el periodista: para comprender a Pessoa hay que pensar sintiendo y sentir pensando; incluso me he

vuelto, momentáneamente, oficinista: hay una nada que nos recorre, y muchos otros yoes.

*

Por alguna desconocida razón, o no tan desconocida, el periodista mira con una supuesta superioridad, igual que hace el novelista, al poeta: el poeta mira, con una sonrisilla divertida, tanto al periodista como al novelista: hemos puesto, en orden ascendente, del fango hacia lo alto, a los susodichos géneros no literario y literario.

*

La poesía es el camino hacia los límites, como las runas son…

*

Como hicieran los antiguos godis Pessoa incorpora a Cristo, el dios doliente, al panteón; pero no los subordina al dios doliente…

*

El alma indoeuropea es politeísta, es muchos y ninguno…

*

Únicamente "Nadie" puede destruir al ojo que todo lo mira, a la uniformización, como hiciera Odiseo o Ulises, con Polifemo, de quien dijera la diosa Minerva, que casi se venía nada más de verlo y hubiera deseado quitarse el vestido ahí mismo: "con sus palabras de fina burla".

*

Oriente y Occidente se dan la mano con Pessoa.

*

Estaba borracho, como buen galaico portugués.

*

Cuando los mexicanos se ríen de Galicia me pasa, me pasa que tengo qué hacer un esfuerzo, para no romper a carcajadas.

*

Varg Vikernes asesina al satánico de Euronymous por la sencilla razón de que Euronymous dijo que lo iba a matar. Varg, quien por cierto es un pagano de tercera, hizo bien. Los dioses lo bendicen como bendicen a los campesinos violentos, y nada más.

*

—Oye, viejo, que en la India creen en un avatar de los dioses que se llama *Juggernaut*.

—Sí —dijo el viejo huevón, un oficinista, aplastado por el sistema liberal, o de izquierdas, o ve tú a saber —eso creen esos salvajes.

El caso es que pasaba el carruaje y, ante el asombro de la gente civilizada, vieron cómo los devotos se dejaban aplastar por las pesadas ruedas, pudiendo hacerse a un lado.

Se hicieron de cruces, los creyentes se rifaban el derecho a ser Jesucristo, y los ateos a ser, con mucho menos buen gusto, debo decir, algún mártir de izquierdas, que no Karl Marx, quien por cierto se lo había pasado a toda madre, fume y fume, y bebe y bebe.

Juggernaut es el carruaje del dios, que todo lo aplasta, y lo aplastará.

*

A los 16 años los españoles asesinan a una mujer de Marruecos y con su piel confeccionan una chamarra, o quizá lo anterior sea falso (si bien debería ser cierto); pero nadie fabrica chamarras de piel de cabritilla como lo hacen los españoles.

*

Tenía el mal gusto de exhibir, en su salón, flores de plástico, y entre los títulos de su biblioteca titilaban los libros de Mario Benedetti, mal gusto que, por otro lado, no comparto, pudiendo tener todos los discos de Britney Spears.

*

Tras aquella borrachera el poeta se quedó dormido y dejó abiertas las puertas del gallinero: las metáforas campaban a su sabor y picoteaban por todos lados, invadiendo incluso las redes sociales del autor.

*

¡En la boca no, vieja! ¿O con qué te voy a besar después?

*

Se había enamorado de una figura de acción.

Se pasaba las horas contemplando sus curvas de ensueño y, en el tormento de sus horas (ya se sabe que todas las horas de los poetas están hechas de jaspe negro) se preguntaba cómo sería ser más pequeñito y poder besar aquellos labios de plástico.

Incluso botaba una cuarta parte de su sueldo, mientras bebía como un cosaco, para comprar todas las copias disponibles en el mercado, a fin de que nadie más la tuviera.

*

Asombrábase Pessoa de que Ofelia lo quisiera, en su desnudez, y rechazara a Álvaro de Campos, toda vez que este último le parecía cargante.

*

Cuando intentamos quitarnos todas las máscaras, como cuando limpias el horrible amarillo huevo de un mueble antiguo, esperando encontrar la madera noble, descubrimos que había otra máscara, otra mano de pintura, y así hasta el infinito.

CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS ANTE EL RETRATO DEL DIVINO MARQUÉS

Al descender de la Casa de la Cerda, matrilinealmente, sospecho que estoy emparentado con Donathien Alphonse François, marqués de Sade y, por lo tanto, con la Divina Laura.

A la anterior conjetura puedo sumar el extremo parecido que tenía "El Divino" con mi persona, cuando yo era joven y no usaba barbas (si bien no me tocó la época de las pelucas, los lunares y el talco en el rostro).

Lo cierto es que he protagonizado algunos escándalos sexuales que cubrimos, bajo el velo piadoso de unos muy pudibundos puntos suspensivos.

Se dice que cuando el filósofo del látigo, quien había sido encarcelado por algunos pecadillos, miró a las masas indoctas ante el ventanal de su celda, en La Bastilla, se fabricó una bocina con su bacinica y comenzó a agitar al populacho.

*

Hortensia 239: ¡Que gane la izquierda! ¡Que gane la izquierda, malditos pijos!

Ratónmalvado999: Ojalá que gane: total que nosotros nos adaptamos a todo ya que Dios, en su infinita bondad, hizo a los pendejos para que los listos viviéramos de ellos. Así aprenderán.

Hortensia 239: ¡Pijo! ¡Pijo! ¡Pijo "e" mierda!

*

Trabajaba yo en Televisa y nos mandaron a un hotel en Ciudad Juárez. Armando Mar, indio de a madre, llegó con su ropa en una red de plástico, de esas que utilizan las señoras para acarrear el mandado.

Sintiéndose exquisito pedía, tras comer un buen corte, un palillo de dientes. Dijo el capitán de meseros, muy enfadado:

—Los palillos de dientes son para ensartar aceitunas, trocitos de queso y carnes frías, caballero, no para picarse los dientes en medio de todo mundo.

El tío ese, quien carecía de barbilla y a cambio poseía unos ojos soñolientos, como conviene a los mayordomos de las películas de millonarios ingleses lo afirmó, con un dedo didáctico, no exento de petulancia.

—¡Me vale verga! ¡Quiero un palillo de dientes!

—Poco después se acercó el capitán de meseros, imperturbable, con una charolota y un ayudante quien retiró, teatralmente, un mantelito para revelar, en la superficie de la susodicha charolota, un palillo de dientes, envuelto en su bolsita de papel celofán.

—Su palillo de dientes —dijo el maitré.

*

Transcurrían los días pesados cuando Armando Mar le pidió al maitré una langosta a la termidor.

—¿Y cómo la quiere el caballero?

Armando Mar respondió:

—En una cama de lechuga, graneada con frijoles.

Era admirable el auto dominio del maitré quien, imperturbable, como un cristiano que se encaminara ante la muchedumbre, aceptara el cruel destino de ser devorado por los leones; no obstante desde la cocina se alcanzó a escuchar:

—*Merde! Merde! Merde!*

—Lo siento, Florian, si el cliente quiere mierda, mierda le damos.

*

Y entonces, la apoteosis: estábamos cenando y el maitré ofrecía de entrada, en el menú, dos sopas: sopa juliana y sopa azteca; los meseros se acercaban al comensal y preguntaban:

—¿Azteca, señor?

—Sí, por favor.

—¿Azteca?

—Juliana, por favor…

—¿Azteca, señor?

Lo siento, supongo que fue el mismísimo Satanás quien me lo susurró al oído: *the devil made me do it! Mea culpa!* Esa maldita educación de hidalgo venido a menos:

—¡No! ¡Olmeca el hijo de la chingada!

Fue la única vez que vi al maitré perder la compostura soltando una carcajada que le salía, que le salía de muy adentro.

CARTA A DRÁCULA

Destinatario: *Voivoda* Vladimir Vlad Dracul, castillo Poenari, Rumania.

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa, Chihuahua, México.

Queridísimo Vlad:

Antes que nada un afectuoso saludo. Espero no interrumpirte mientras empalas a alguno de tus enemigos en los calabozos de tu encantador castillo, donde pasamos tantas noches deliciosas escuchando los alaridos de los turcos al tiempo que cenábamos plácidamente, tú con una copa de sangre y yo con varias botellas del tokay de tus magnificas bodegas y ese pollo asado que tantos elogios mereció de Jonathan Harker.

Fíjate que acabo de publicar mi libro *Cantos de vampiros* (ése que te hizo llorar tanto). La versión digital se encuentra disponible en Edición Kindle, para que lo revises con calma,

o si prefieres tenerlo en papel también se encuentra disponible.

El problema es que ya no puedo ni salir de mi casa si no voy de incógnito: tengo que disfrazarme de la señora del aseo porque de lo contrario mis fans se amontonan y me arrancan la ropa, y hasta mechones de mi rala cabellera. Fuera de mi casa es un hervidero de reporteros, los lectores de mi libro acampan y por temor a que derriben los muros y la reja de mi humilde vivienda cada media hora salgo al balcón para lanzar besos y aplacar a la muchedumbre. Supongo que ni siquiera Britney Spears se veía en tantos apuros.

Te mando una estaca de mezquite para que la pruebes con tus prisioneros, unas momias de Guanajuato (esos dulces que tanto te gustan) y una botella de sotol para que la mezcles con sangre.

Un abrazo.

Atentamente:
Elko

P.D. Saludos del Divino Marqués para Lucy.

II
OTROS DELIRIOS

ECCE HOMO

Dicen las malas lenguas, y de esas hay muchas, que Sócrates, un plebeyo insufrible y gritón al que le gustaban los jovencitos y despreciaba a su mujer por fea y gruñona (si bien la pobre Xantipa llevaba adelante, de alguna manera, la modesta casa del interfecto), se dice pues, que una vez afirmó, categórico:

—El hombre es…

¡Perdón! ¡Perdón! La anécdota no iba así, que no fue Sócrates, sino su discípulo Platón.

Comenzamos de nuevo:

Dicen las malas lenguas, y de esas hay muchas, que Platón, un aristócrata insufrible, a quien también le gustaban los jovencitos y etcétera etcétera, afirmó:

—¡El hombre es un animal bípedo y sin plumas!

Yo no sé si sea cierto; pero me han contado que había un sociópata, así mismo insufrible, quien vivía en un tonel y se paseaba, a plena luz del día, con un candil: se llamaba Diógenes.

Todo parece indicar que los griegos no tenían problemas con el Infonavit[22], ni con jefes hipertensos en la oficina, de tal guisa que se daban el lujo de vivir en un tonel y pasearse con un candil, a plena luz del día, por las calles.

El caso es que Diógenes atrapó a un gallo, lo desplumó y se presentó ante el Ágora, donde lanzó al pobre animal, con una sonrisa sarcástica y vil:

—¡He aquí al hombre de Platón!

Muy incordiado Platón, quien era un chico *nice*, se vio obligado a rectificar:

—El hombre es un animal bípedo, implumbe y con uñas planas en los pies.

Desde entonces la ciencia ha avanzado mucho y ha determinado (véase la teoría del mono bebedor) que gracias al alcohol, que en árabe significa "sutil" (los árabes, quienes consideran al alcohol un demonio, tienen que pegarle a las mujeres toda vez que no pueden beber); bueno, el caso es que se supone que el alcoholismo es culpable de la civilización sedentaria y del desarrollo del cerebro del hombre.

Así que diremos, y nos avalan, tanto la ciencia como la filosofía, que el hombre es un animal bípedo, sin plumas, con uñas planas en los pies, y que bebe alcohol.

[22] Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores.

CARTA A HOBBES

Destinatario: Thomas Hobbes, Doea Lea, Derbyshire, Hardwick Hall.

Remitente: Elko Omar Vázquez Erosa, Chihuahua, México.

Queridísimo Thom:

Me encontraba bebiendo una copa de merlot y fumando un cigarrillo cuando se me ocurrió hojear algunos pasajes de tu deliciosa obra, *El Leviatán*, donde expones algunos puntos de gran interés que me gustaría comentar contigo:

Afirmas que en el estado natural el hombre es el lobo del hombre (*homo homini lupus*) y se encuentra en una guerra permanente de todos contra todos (*bellum ómnium contra omnes*), de ahí que se haya establecido un Contrato Social en el que los hombres renuncian a su derecho natural de defender sus vidas y sus bienes **EN EL ENTENDIDO**, y solamente **EN EL ENTENDIDO** de que el Estado habrá

de **GARANTIZAR LA SEGURIDAD** de sus súbditos (por utilizar tus términos algo trasnochados, por cierto).

De lo anterior se desprende que si el Estado, lejos de garantizar la seguridad de sus súbditos hace una alianza con los elementos abiertamente antisociales que roban, violan y matan, el Contrato Social se ha roto y el Estado ha perdido su razón de ser para convertirse en una fuerza hostil que en nada se distingue de una cuadrilla de bandoleros.

Siguiendo tu razonamiento es justo que si el Estado no cumple con su función el hombre recupere su derecho natural a defender su vida y sus bienes y utilice para ello los medios que sean necesarios mientras nadie garantice su seguridad.

No se puede negar que eres un genio.

Por otro lado es una lástima que esos ignorantes te acusaran de ateísmo (ya sabes, los mamones que tanto critican tomar la venganza por la propia mano y que les sale mierda por la boca citando leyes que toman como sagradas *per se* cuando estas han sido creadas para beneficio de la gente y no la gente en beneficio de las citadas leyes) y quemaran tus libros, colmando la medida de tu paciencia a tal punto que te has retirado de la política.

Me comentabas que ahora te dedicas a traducir *La Iliada* y *La Odisea*, hermosas obras que sin duda te mantendrán agradablemente ocupado.

Te envío un cálido abrazo y me despido deseándote éxito en tus proyectos literarios.

Atentamente:
Elko

MOLESTANDO A LUTERO

Me encanta fastidiar a los burgueses[23]. Me temo que un día de estos me van a matar por ello. Mientras tanto os divierto:

Todo ocurrió en Temósachi, estaba yo muy ebrio y acababa de leer a Mafalda. Merced a una situación que se explica mediante la física cuántica (un día os explico esas fascinantes teorías) me vi de pronto en una habitación sombría de paredes gruesas, de piedra.

Un monje me vio mientras yo recitaba, citando a Mafalda:

—¿Sapisti que a bestiaplanete artefacte posavi in luneta suprafizie?

El monje pensó que yo era el mismísimo diablo, amagó con arrojarme su botella de vino, pero se lo pensó mejor y luego de darle un trago me lanzó un tintero que atravesó mi cuerpo astral, para estrellarse en la pared, y yo regresé a este siglo aburrido.

[23] Nuevamente aclaro que utilizo el término burgués desde el punto de vista del artista y no del militante de izquierda, pues no soy de izquierda.

Escuchando a los Tigres del Norte

Luego de los hechos relatados en "La guerra de las calabacillas" Miguel Ramírez y yo volvimos a Chihuahua.

En el camino veníamos cantando (bueno, venía yo toda vez que Miguel tiene el mal gusto de apreciar a los Beatles, existiendo los Rolling Stones) y el camión se descompuso.

Después de criticar a unos jesuitas y de quejarse (pese a que nos habían trasladado a la Edad Media gracias a sus hábitos trasnochados) Miguel dijo:

—¡Híjole, qué retraso!

—No sea pendejo, sirve que nos metemos a una cantinucha.

Y así lo hicimos. Contratamos a un intérprete ranchero y nos cantó muchos narcocorridos (de esos que hacen rasgarse las vestiduras a los payasos que tenemos por políticos, desde Lázaro Cárdenas[24] a la fecha).

Compramos una botella de dos litros de refresco de toronja, vaciamos la mitad y la rellenamos de tequila.

Bebiendo con un inconverso

Llegamos a Chihuahua. Miguel era pastor luterano y vivía en un gallinero. Era una casa increíble, una finca de Infonavit en la que los luteranos chihuahuenses se las habían arreglado para remodelarla como una especie de iglesia gótica gracias a unas modificaciones baratas de pésimo gusto.

Estuvimos bebiendo y fumando, escuchamos *Disturbing the priest*, de Black Sabbath, cuando de pronto tocaron a la puerta:

[24] El tata Cárdenas pasa por ser un gran hombre toda vez que nacionalizó el petróleo, pero en lugar de mandar técnicos a aprender nuevas tecnologías se durmió en sus laureles y tuvo un hijo muy feo que gracias a Dios nunca llegó a ser presidente de México.

Me asomé a la ventana y vi a un tipo flaco, alto y de lentes cuya foto debería aparecer en Wikipedia luego de buscar el término psicológico "erótico anal". Venía acompañado por un chalán anodino.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Viene el pastor!

Echamos perfume. El pastor metió unas sillas para sus aburridísimas sesiones dominicales.

Me fui al baño para orinar en las ridículas instalaciones sanitarias de su ridícula iglesia pseudo gótica.

Si fuera Bukowski os diría que me eché un pedo en la casa del Señor, pero como no lo soy no les diré tamaña barbaridad. Quede tal hecho para la intimidad. Además los verdaderos poetas no nos echamos pedos toda vez que somos unos seres etéreos, parientes de los elfos.

A miguel lo regañó el erótico anal:

—¿Cómo, Miguel? ¿Bebiendo con un inconverso?

CON ALMA DE HIERRO
ALGUNOS APUNTES DESORDENADOS SOBRE EL ORIGEN DE LA ESPADA

I

Sin lugar a dudas Aníbal Barca hubiera derrotado a los romanos, pero genio sublime como era le tocó nacer entre cartagineses, un populacho de mercachifles de lo más odioso.

Su padre, Amílcar Barca, quien fue derrotado por los romanos, le hizo jurar ante el altar de los dioses que los odiaría por siempre, y Aníbal los venció en cientos de batallas, cruzó los Alpes con elefantes y caballos y puso a Roma en jaque, pero corto de presupuesto pidió recursos a los mediocres políticos de su país (desde entonces ya existían las facciones políticas y esas cochinadas) y no le mandaron nada porque se peleaban por el dinero para sus intereses a corto plazo (como hace la abrumadora mayoría de los políticos), así que fue pura justicia poética que unos años más tarde su ciudad quedara reducida a cenizas y sus familias a la esclavitud.

Dicen que en medio de la batalla le lanzaron la cabeza de uno de sus hermanos y, ya tuerto y muy cansado, Aníbal exclamó:

—Cartago está perdida.

La escultura nos lo muestra como un bello varón, un Apolo semita de barba recortada que, sin saberlo, permitiría el triunfo posterior de los romanos.

II

Antes de continuar con la falcata (antecesor directo del *gladius*) y de la espada con alma de hierro, es de justicia recordar algunos antecedentes:

Los celtas (de quienes descendemos en parte y a mucha honra) usaban unas espadas largas y encantadoras (cultura Hallstáttica) con una especie de antenas de insecto en el pomo; los egipcios, una espada-hacha maravillosa; los hititas, pueblo encantador como pocos y pariente de los cimerios (estos últimos el pueblo de Conan el Bárbaro, según la ficción de Robert E. Howard, si bien el Conan histórico, e*l de las mil batallas*, era gallego) encontraron que cuando hundían sus espadas recién sacadas de la forja en sus aterrorizados prisioneros sus hojas se volvían más fuertes.

Posteriormente se supo que bastaba hundir las armas en agua con pieles de animales por aquello del carbono y los herreros perdieron un poco de estilo y dramatismo a la hora de fabricar tan divino instrumento apenas inferior a la pluma, esto último siempre y cuando no se lo digas a Conan en alguna taberna de Hiboria.

III

Volviendo con Aníbal, el mejor general de la historia, diremos de él que se alió con los iberos (nuestros antepasados), hombres pequeños de estatura en relación con el resto de los otros europeos, mismos que inventaron la falcata, una espada corta.

Debió ser maravilloso ver cómo un gigante de barbas rojas abanicaba el aire con un mandoble de metro y medio mientras los iberos, hombres pequeñitos, cortaban y cortaban, sajaban y sajaban, mataban y mataban.

Aníbal pactó con esas tribus, se casó con una apasionada ibera (yo no cambio a las iberas por nada) y casi conquistó al mundo.

IV

En este momento conviene servirnos una copa de merlot y detenernos para reflexionar sobre la katana o sable japonés.

Contra lo que piensa el vulgo, la katana no es el mejor acero del mundo (lo es el de Toledo, sobre el que volveremos líneas abajo), no obstante merece toda nuestra admiración.

El genio del Japón pudo crear esa joya a pesar de contar con un hierro inferior: los antiguos maestros vaciaban su hierro de tercera categoría sobre una vaina de barro y luego de fabricar una barra la golpeaban, la golpeaban, y así mil veces.

El cine nos presenta a los samuráis como los mejores espadachines del mundo, lo que resulta dudoso toda vez que la katana era un símbolo de rango y arma de último recurso: los guerreros japoneses eran más bien lanceros, arqueros y esas cosas.

Además, el kendo, de guardia torpe y frontal, no se compara con la destreza española, graciosa y de guardia lateral.

De hecho, existen ejemplos históricos: los samuráis y los ninjas no pudieron con los portugueses e incluso los galaico-portugueses se enfrentaron con ellos en diversas ocasiones y rompieron sus hermosas katanas con el acero de Toledo.

V

Consciente de que saldrán muchos ninjas y samuráis enfadados por tan personales opiniones, a quienes no

pienso enfrentar porque uso lentes y me regaña mi mamá si ando en eso de los pleitos, procedemos a explicar lo que es el acero de Toledo, con alma de hierro.

Todo comenzó con los musulmanes, quienes a pesar de su fama de esplendor en realidad no han aportado más que hermosos caballos y poemas. Lo demás es sangre, machismo y plagio de otras culturas de las que aprovecharon todo y finalmente apagaron, como un virus.

Amargados porque no podían beber desarrollaron el acero de Damasco, unos preciosos alfanjes de color negro con vetas plateadas que semejaban un mármol encantado, y con esas armas se sentían la trompa del tren mucho antes, debo decir, de que se inventara el tren (que ciertamente no inventaron ellos).

Las espadas occidentales se quebraban y nadie podía detenerlos, y vaya usted a saber qué hacían con los vencidos, así que le tocó a los eslavos en el norte (recordamos con mucho cariño a Vladimir Vlad Dracul, e*l Empalador*) y a los españoles en el sur defender a Europa, como tal vez tendrán que volver a hacer.

En el caso de los españoles lo cierto es que sus espadas se quebraban ante los alfanjes de Damasco y los iberos exclamaban:

—¡Rediez! ¡Que ze noz quiebran laz ezpadaz! ¡Que noz han robao a la Pilarica!

Así que los muy mañosos, como habían creado la falcata, papá del *gladius* y arma clave de los ejércitos romanos, crearon el acero de Toledo, con alma de hierro.

Se trataba de una varilla de hierro cubierta de acero, que se martilleaba una y otra vez.

Fue la espada de los reyes, la espada que expulsó a los bárbaros mahometanos, a los iconoclastas, a los que queman libros, destruyen ciudades antiguas, proponen destruir las pirámides de Egipto y que ya una vez desnarigaron a cañonazos a la Esfinge de Gizeh (aunque le

echen la culpa a los franceses, que dudo fueran tan animales).

Y es que Europa y sus descendientes tenemos alma de hierro.

Y no nos asustan sus bombas.

No nos asusta su barbarie del desierto.

Su cobardía desde las sombras.

Su desprecio a la mujer —que es diosa, y aquí muy venerada, por lo menos entre los poetas—.

El alma de Europa es politeísta, ha domesticado al cristianismo y domesticará al islam…

O habrá de erradicarlo.

Morrigan, la triple diosa, *dixit*.

ACERCA DE TALLEYRAND

Político genial estrechamente ligado al ascenso y la caída del mismísimo Napoléon el gran Charles Maurice de Talleyrand (2 de febrero de 1754-17 de mayo de 1838) consideró, en su lecho de muerte, la necesidad de asegurarse una plaza en el cielo y se las apañó para congraciarse con la Iglesia Católica.

Muy confiado expiró y subió las escaleras de cristal que conducen al reino celestial, pero al llegar a las puertas fue recibido por un San Pedro muy enfadado, quien le informó que podía irse al infierno.

Mientras Talleyrand se dirigía a la mansión del dolor Satanás contestó su celular y recibió tan tremenda noticia. Luego de fumarse un cigarrillo y tomarse una pastilla para los nervios ordenó que cerraran las puertas a cal y canto y exclamó:

—¡A ver, cabrones! ¡Que cesen todas las torturas, inmediatamente! ¡Guarden absoluto silencio! ¡No quiero a Talleyrand en mis dominios porque el muy ladino es capaz de dejarme en la calle!

Desde entonces Talleyrand vaga por los despachos gubernamentales donde sufre la completa estupidez y falta

de estilo de los políticos modernos, pero aguarda con paciencia la ocasión para reencarnar.

Nacido en el seno de una aristocrática familia, el hecho de sufrir el síndrome de Marfan, que le fastidió una pierna y le valió el apodo de *le Diable boiteux* (el diablo cojo), le impidió hacerse cargo de la herencia paterna, que recayó en su hermano menor mientras él fue destinado a la carrera eclesiástica, donde medró con rapidez hasta convertirse en obispo de Autun.

Cuando estalló la Revolución Francesa participó en la confiscación de los bienes de la Iglesia y nombró obispos constitucionales, dándole la espalda al Vaticano. Posteriormente y como ya no convenía a sus intereses colgó los hábitos con alegre despreocupación.

Durante lo más crudo del terror y viendo que peligraba su cabeza decidió tomarse unas lucrativas vacaciones en los Estados Unidos tras arrancarle un pasaporte a Danton y luego de hacerse perdonar algunos pecadillos regresó a Francia, donde contribuyó al ascenso de Napoleón.

Como todo gran señor que se respete e hijo del *Ancien Régime,* Talleyrand vivía a lo grande en una hermosa mansión y mantenía a varias amantes, pero la conocida gazmoñería de Napoleón, se interpuso en su camino ya que el entonces cónsul y futuro emperador lo obligó a casarse con una de sus amantes, una mujer desprestigiada, con lo que Bonaparte se echó encima tamaño alacrán que terminaría siendo pieza clave en su caída una vez llegada la ocasión.

Además una vez Napoleón Bonaparte se atrevió a decirle al maestro:

—Usted es un montón de estiércol forrado en una media de seda.

Cuando el emperador salió Talleyrand murmuró, lacónicamente:

—Es una lástima que un hombre tan grande sea tan maleducado.

Una famosa anécdota nos muestra el carácter de este hombre sublime a quien Minerva seguro halagaría, como hizo con Ulises, por sus "palabras de fina burla".

Durante una de tantas revoluciones uno de sus colaboradores se asomó por la ventana y vio al aterrador populacho peleando en las calles, cosa que le puso malo y temblando, con los calzones húmedos, le dijo al genio:

—¡Señor! ¡Se han desatado de nuevo los disturbios!

Talleyrand, imperturbable, se llevó a los labios una copa de cristal de bacará llena de un vino exquisito y sentenció:

—Ya ganamos.

—¿Y nosotros de qué facción somos?

Talleyrand se secó la boca con una servilleta de seda y contestó:

—Mañana le digo.

Espíritu luminoso y gloria de Francia el gigantesco Talleyrand hace ver al resto de los políticos como unos vulgares sacamuelas.

CARTA A SANTA

Queridísimo Santa:

Desde que comencé a publicar mis libros en *Kindle Direct Publishing* las mujeres no me dejan en paz: hacen campamentos afuera de mi casa y me acosan por correo, por teléfono y a través de las redes sociales.

Siempre tengo que salir de incógnito, disfrazado de mendigo, de cura o de académico disfrazado de poeta (como esos que ganan tantos premios "poéticos").

A veces tengo que abrirme paso, entre las bellas mujeres furibundas, con un mazo hecho de periódico: por favor has algo al respecto, Santa.

Como estoy consciente de que no me he portado exactamente como la aburridísima madre Teresa de Calcuta, ni he escrito frases tan espantosas mientras condicionaba un analgésico a cambio de su conversión a un moribundo de otra creencia, me voy a ver modesto.

Reconozco que no he redactado huevadas al puro estilo de Mario Benedetti, ni he puesto cara de buena gente, así

que, insisto, no seré ambicioso y solo te pediré una casita en Venecia, frente al Adriático ("porfis").

Ya sabes cómo me gustan los vinos caros, pero en tanto he sido malo únicamente te voy a pedir seis botellitas de *Château Lafite Rothschild* y el nuevo castillo *Grayskull*.

De paso mándame 15 puritos Montecristo, la serie de *Juego de tronos*, un cuervo albino y alguna cosilla que haya pertenecido a Óscar Wilde y que subasten en *Christie´s*.

Si se puede, envíanos un estadista decente (*Lorenzo il Magnifico* estaría bien, aunque sea moreno y feo) para variarle un poco a esa interminable fila de payasos que se sientan en la silla presidencial de México y a esos que se hacen llamar diputados y senadores.

Te prometo que, por esta vez, no habré de dispararte perdigones con mi patética escopeta, acompañado de una botella de whisky, desde lo alto del tejado.

Tuyo:
Elko

ACERCA DE LOS ANTROPÓLOGOS

En México (no sé en otros países) los antropólogos son tan abundantes como la mierda y todos están cortados con la misma tijera: visten ponchos, pantalones de mezclilla sucios, usan unas barbas enmarañadas y pontifican acerca de las virtudes del marxismo mientras beben vinos caros en restaurantes y bares de moda y sueltan perlas como:

—Oh, sí, querido, ¡tenemos tantas responsabilidades sociales! Es preciso que la gente tome conciencia de las necesidades de nuestros hermanos indígenas.

—Pero el devenir histórico —y que la chingada.

Bueno, hasta ahí se les puede aguantar siguiendo el consejo de Groucho Marx, quien confesaba:

—Bebo para hacer interesantes a las demás personas.

Pero que esos arrogantes mamones se metan con la literatura ya cambia la cosa.

Un tal Jacobs Condom, Brian Pérez o algo así soltó en una de sus clases:

—La poesía y el teatro son la literatura del tercer mundo.

El problema con esos tipos es que fuman mucha mota, leen mal y creen haber descubierto el hilo negro.

ALGER EROSA, UN DIOS DEL ROCK

Cuando mis padres me llevaron a Chihuahua, durante mi niñez, tan lejos de Dios y tan cerca de los gringos, como diría don Porfirio Díaz, dejé de ver a mi querido primo Alger durante seis largos meses. Al encontrarme de nuevo con él fue tanta mi emoción que me saqué de la boca el chicle que mascaba y se lo pegué en la frente.

Y es que Alger es un tipo genial de esos que nunca te fastidian, lo que en mi caso es mucho decir toda vez que, al igual que mi encantador amigo Hannibal Lecter, tiendo a aburrirme muy pronto y a buscar emociones nuevas.

Viendo las excelentes disposiciones de Alger mi tío Rubén quiso hacer de él un hombre del Renacimiento, así que ya veías a Alger con actividades extracurriculares como karate, dibujo, música, literatura védica, matemática no euclidiana, economía, ergonomía, criptozoología, exobiología, poesía del medio oriente, física nuclear. ¡Uf! La lista era interminable, pero a Alger sólo le interesaba la música y el dibujo (además de que tenía el buen gusto de irle

a Skeletor y no al ñoño de He-Man) y se volvió guitarrista profesional para horror de mi tío Rubén, quien buscaba convertirlo en un nuevo *Lorenzo il Magnifico*.

Con la ruina de la aristocracia, clase social que desde antiguo ejerció un activo mecenazgo a diferencia de los burgueses y los altos proletarios, los principios en el arte son atroces: los poetas tienen que escribir como un zafio carretero y meterse a periodistas de tal guisa que si a Leonardo da Vinci le hubiera tocado vivir en nuestros tiempos habría comenzado como rotulista en un supermercado. Los dioses no le ahorraron ese sufrimiento a Alger y ahí lo tenías tocando en un grupo de música tropical. Ya se sabe: percusiones pregrabadas que hacen: "¡dump-dump-dump-dump-dump!" y letras como:

¡Amor, amor, amor!
¡Amor, amor, amor!
¿Cómo te voy a olvidar
si en cada flor estás tú?

Con un público furioso que aplaudía, coreando:

—¡Eh, eh, eh, eh, eh!

E intervenciones del vocalista en medio de la canción:

—¡Vamos, gente bonita de Yucatán!

¡Amor, amor, amor!
¡Amor, amor, amor!

¡Stop!

Alger amaneció después de una boda o algo así todo crudote, sudado y en frac y a veinte minutos de una audición para formar parte de la banda de Alejandra Guzmán. Alger se sentía como cucaracha, disfrazado de Fantomas entre un montón de tíos que parecían los integrantes de *Guns N' Roses*.

—¡No mames, güey! ¡No mames! ¡Te volaste la barda! —exclamó nuestra querida Alejandra al verlo en esas fachas y Alger, al igual que Francisco I, pensó:

—¡Todo está perdido, menos el honor!

Y se puso a tocar: estaba dentro.

De ahí siguieron muchos éxitos que resumimos de la siguiente manera:

Tuvo sus inicios en la escena rockera de la ciudad de Mérida, Yucatán, con diversas bandas entre las que sobresale *La Sombra de Elisa*, con la que emigra a la Ciudad de México y participa en el *Festival Yamaha Music Quest*. En el terreno del pop participa con artistas como Ricardo Arjona, Alejandra Guzmán, Cristian Castro, Eugenia León, Reyli, entre otros, así como en proyectos en el terreno del jazz como la banda B4, Waldo Madera, Quinto Grado, etc.

A partir del 2007 forma parte de la banda de Alejandro Fernández y simultáneamente desarrolla su propia voz en el terreno del jazz.

Un día el mismísimo Lucifer se atrevió a retar a un duelo de guitarra a mi primo Alger y este se vio obligado a darle una cátedra de metal: *el Chamuco* huyó con el rabo entre las patas.

Y es que el cabeceo de mi primo mientras toca no es gratuito, sino que es la parte visible de su desplazamiento espacio-temporal merced a sus conocimientos de física cuántica que le permiten estar, al mismo tiempo, bebiendo en un pub con Jimy Hendrix, tomando clases con Paganini y dando un concierto, cosa que se podría explicar con el experimento del gato de Schrödinger y unas cuantas ecuaciones, pero este libro no es de física cuántica y no tengo tiempo de explicar tan elevados conceptos a las masas indoctas.

El año pasado tuvimos el placer de recibir a Alger en Chihuahua cuando vino con Alejandro Fernández así que mi mamá, mi hermana Karla, su esposo Alonso y yo nos lo llevamos de parranda al *Smoke House*, donde comimos kilos

y kilos de esas costillas que se abren con solo mostrarles el cuchillo, luego nos fuimos a comer pastel y terminamos diciendo incoherencias en el museo de Benito Juárez, vieja casona de adobe donde alguna vez estuvo el centro de la República.

Es una lástima que no haya comprado chicles.

ANTES DE CRISTO Y ALÁ

En Chihuahua se dice que los chilangos, o sea la gente de la capital de México, vienen y dicen haber inventado el hilo negro, y el agua hervida.

Si bien prefiero a Jacques Pirenne por aquello de la historia universal, siempre muy divertida e instructiva, me gusta Carl Grimberg, por ser más chismoso, como estar hablando con una comadre mientras se lava la ropa, ya se sabe.

Carl Grimberg nos ofrece en su Historia Universal, volumen I, página 251, editorial Daimon, 1983, ISBN 968-6024-30-1, impresión… ¡ya, ya, ya! ¡Que no estén chingando los putos académicos! No sean huevones. Pueden encontrar perfectamente a Carlitos Grimberg con esos datos que les doy y sirve que no dicen que me invento estas chingaderas.

El caso es que Carlitos, un historiador bastante cristiano para mi gusto (nada que ver con *monsieur* Pirenne) nos ofrece la carta más antigua del mundo. Supongo que ya se habrán descubierto cartas más antiguas, pero como soy bien talegón no me voy a poner a investigar y os ofrezco lo que hay, ¿okey?

"Así habla Gimil-Marduk a su amada: ¡Que los dioses nos conserven el amor! ¡Escríbeme para darme noticias tuyas! Mira, fui a Babilonia y no te pude ver, y estuve muy apenado. ¡Dime cuándo vas a volver para que pueda recuperar mi alegría! Vuelve en el mes de Arahshamna (noviembre). ¡Ojalá vivas eternamente para hacerme feliz!"

O sea que antes de Cristo y de Alá se respiraba y se vivía perfectamente (el último de los dos personajes literarios me cae bien gordo, pero no les digan a los musulmanes, que no quiero bombas ni ácido en la cara ni cosas feas en mi vida) y ya había ternura.

Claro que esos batos se inventan quesque nos trajeron el amor y el perdón y no sé qué otras vaciladas.

ACERCA DE LORD SANDWICH
ILUSTRE BENEFACTOR DE LA HUMANIDAD

Entre las figuras luminosas que engalanan las páginas de los libros de historia destaca John Montagu, IV conde de Sandwich (n. 3 de noviembre de 1718, m. 30 de abril de 1792), como si un hada hubiera trazado su nombre con hermosos garigoles en oro y grana sirviéndose de un pincel encantado.

El retrato más conocido que nos ha legado el siglo XVIII de este gentilhombre inglés lo muestra apoyado en unas columnas neoclásicas, la peluca polveada, los ojos lánguidos y soñadores, perdidos en vagos y etéreos pensamientos. El honorable caballero sostiene un pergamino, luce una levita azul con ribetes de oro y forro verde esmeralda, así como calzón corto y negro, medias blancas, zapatos con broches dorados y una espada que cuelga con gracia negligente detrás de la pierna izquierda como corresponde a un noble de su alcurnia y de su genio sublime.

Al igual que otros grandes personajes ingleses, lord Sandwich estudió en *Eton* y en el *Trinity College*, de Cambridge.

Casado con Dorothy Fane, el conde tuvo entre cinco y nueve hijos con su amante Martha Ray, quien fuera asesinada por un tercero en discordia.

A lo largo de su vida ocupó cargos políticos y militares entre los que se puede mencionar el de *Postmaster General*, primer lord del Almirantazgo, secretario de Estado y otras ostentosas mediocridades a las que, ciertamente, no debe su fama.

Todavía se dio tiempo de hacer algunas calaveradas como se espera de un gran señor, además de volverse el mecenas del capitán Cook (quien bautizó el archipiélago que hoy conocemos por Hawái como *islas Sandwich*) y de Georg Friedrich Händel (quien pudo dedicarse con holgura a la composición).

Fue durante las negociaciones por la paz de Aquisgrán cuando el verdadero genio de lord Sandwich se reveló al mundo inscribiendo su nombre con letras doradas en las páginas de la historia.

Se dice que el lord cobró tal afición por los juegos de cartas que descuidó su alimentación durante sesiones maratónicas que llegaban a superar las 24 horas, provocando la alarma entre sus fieles servidores. Ante la insistencia de los criados, lord Sandwich ordenó que en medio de dos rebanadas de pan colocaran un fiambre para que él pudiera seguir el juego y comer sin mancharse sus aristocráticos dedos. Sobra decir que el invento causó furor entre las altas clases sociales.

Y fue así como el honorable John Montagu, IV conde de Sandwich, inventó el bocadillo que lleva su nombre en la ciudad de Aquisgrán, antigua capital de Carlomagno que se engalana con un retrato del conde cuyo invento, que él mismo consideraba lo más importante que había hecho en su vida y su mayor legado para la posteridad, ha hecho felices a millones de personas de todas las edades, emancipando de paso a muchos hombres poco hábiles en la cocina de la tiranía femenina, además de sacar de apuros a más de un ama de casa, mérito que no consiguieron muchas otras celebridades que pasan por grandes.

EL PAÍS DE LAS TELENOVELAS

Lo confieso (si lo sabe Dios que lo sepa el mundo), ha llegado la hora de salir del clóset; lo intenté todo: gritar en un agujero como el barbero del rey Midas, pero el secreto me abrumaba —valiente conspirador sería—: lo cierto es que algunas veces he visto telenovelas.

Todo comenzó con *El maleficio*, de Ernesto Alonso, culebrón que no nos dejaba ver mi papá y que narraba la historia de Enrique de Martino, un millonario que tenía un pacto con el diablo. El personaje tenía un retrato de un antepasado suyo, que vestía como un español del siglo XVI, con cuello almidonado y barba de perilla.

Hasta llegamos a jugar con eso y como no había más retratos de tamaño conveniente en la casa utilizamos uno de mi mamá de cuando era jovencita, mismo que pusimos entre dos velas, pero mi papá nos atrapó:

—¡Mira lo que están haciendo con tu retrato! —se quejaba, indignadísimo.

Además la influencia de las empleadas domésticas era abrumadora con escenas como la siguiente: Doña Bertha

está planchando la ropa mientras la Güera se fuma un cigarrillo en lo que se hace la comida:

—Ana Lucrecia se tomó un frasco de pastillas para dormir y está hospitalizada —susurra doña Bertha.

—¡Válgame Dios! —exclama La Güera mientras se lleva una mano a la altura de la boca y abre los ojos, alarmada—. ¿Qué pasó, Bertha? ¿Por qué tomó esa decisión?

—Andrés Octavio la engaña con Luisa Verónica, además de que ya casi la deja en la ruina —continúa doña Bertha.

—¡Qué pasó? —pregunto, preocupadísimo, mientras me preparo un sándwich.

—¡Nada! Estamos hablando de la telenovela.

He conocido un montón de empleadas domésticas: Santa, que venía de un ejido y le gustaba lavarse la cabeza con *shampoo* en la taza del baño (motivo por el que fue despedida); Elsita y sus caldillos de carne de res (que le encantaban a mi papá y que yo odiaba porque, curiosamente, cuando niño no soportaba la carne, excepción hecha de la molida); Manuelita y sus empanadas de papa y atún, que nos fascinaban a mi hermano Ricardo y a mí.

—Su mami es buena, su mami es buena —repetía doña Manuelita, como un mantra, mientras doblaba la ropa y eructaba al puro estilo de Conan el Bárbaro, luego de la cena.

Todas ellas eran distintas, pero tenían un denominador en común que las hermanaba: la obsesión por las telenovelas.

Este tipo de historias irrumpía en las mismísimas aulas de la Universidad, donde se discutía cada capítulo.

El profe Romo estaba chiflado por Ana Colchero, yo no sabía si decidirme por ella o Edith González, y las muchachas suspiraban por Juan del Diablo, al que interpretaba Eduardo Palomo, y es que no era cualquier

telenovela, ¡no, señor! Se trataba ni más ni menos que de *Corazón salvaje*, casi casi *Cuna de lobos*.

—Esos labios hechos para besar, esos ojos como abismos esmeralda —suspiraba el profe Romo y se volvía poeta cada vez que se acordaba de Ana Colchero, y eso que daba clases de estadística y computación.

Pasaron los años, a pesar de mis grandes ambiciones terminé de reportero y conductor en Televisa, que durante el día me abrumaba con sus prosaicas órdenes de información y de noche me permitía evadirme con la telenovela *Mariana de la noche*.

La heroína era una gazmoña insufrible, flaca y desabrida, pero Atilio Montenegro, el villano que interpretaba el actor cubano César Évora, le ponía sabor al asunto, además de que todos terminábamos al borde del infarto con las escenas candentes de Angélica Rivera. ¿Quién iba a pensar que terminaría gobernando este país a través de su esposo, Enrique Peña Nieto?

Años más tarde me enganché con Doña Bárbara, interpretada por Edith González. Yo era un *junkie* al que no le importaba que *La Ilíada*, *La comedia humana*, las obras completas de Wilde, los poemas de Bécquer, Ana Rossetti, Kavafis y Quevedo juntaran polvo. Ni siquiera los secretos del prohibido, blasfemo e infame *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred, podían sacarme de mi adicción terminal, hasta que un día me dije: solo por hoy no veré telenovelas.

Llevo años alejado de ese vicio terrible.

ACERCA DE LOS AMORES DESAFORTUNADOS

Lo malo es que antes de enamorarme de la Ratona estaba yo absolutamente perdido por Zeena LaVey. Le mandaba cartas, poemas y cosas de ésas y el *Mr. Fields* me advirtió:

—Deje de mandarle cosas a Zeena porque le va a mandar un hechizo bien gacho, yo sé lo que le digo.

—Cállese —le decía yo, y es que los enamorados no entienden nada de nada—. ¿Qué no está viendo lo chula que está? Además, ese cuate está bien feo y le falta una oreja: ya verá cómo termina haciéndome caso.

El *Mr. Fields* nada más negaba con la cabeza y me veía con cara de lástima.

—Mire que un día de estos le puede hechizar y decir: "¡almas y seres del infierno! ¡Seres del Hades! ¡Que Elko se ponga pelón y panzón!"

Bueno, yo no le creía al *Mr. Fields*. ¿Cómo podría saberlo?

EN RELACIÓN A LOS ÁRBOLES

Alarma la codicia de unos cuantos, codicia que pone en peligro a todos los seres vivientes del planeta con la atroz deforestación que sufre la selva del Amazonas; con la tala de distintas especies en México para satisfacer al sector maderero y al mercado del aguacate ante la complacencia de las autoridades; con la desaparición de ingentes cantidades de hectáreas de bosque en Borneo para dar paso a plantas de palma aceitera.

Desde tiempos inmemoriales los árboles han sido sagrados para diversas sociedades: en Mesopotamia y Babilonia el Kiskanu era el árbol cósmico y se le representaba como una palmera, mientras que en el Antiguo Egipto el sicomoro estaba dedicado a la diosa del amor y la belleza, Hathor, así como a las diosas Nut e Isis; a esta última se le conocía como l*a Dama del Sicomoro*.

Los griegos a su vez creían en las dríades (ninfas que nacían y morían junto a los robles) y en las hamadríades,

espíritus asociados a los bosques, que corrían libremente por sus laberintos.

Especial adoración a los árboles profesaban los celtas e incluso su casta sacerdotal, los druidas (que significa *"el que conoce al roble"*) desarrollaron un sistema secreto de escritura, el *ogham*, o lenguaje de los árboles: el nombre de sus letras corresponde al de un árbol e incluso, hoy en día, en Irlanda, el nombre de las letras todavía se vincula a los árboles.

Los germanos creían en Yggdrassil, fresno gigantesco que sostenía los nueve mundos de la cosmogonía nórdica y de cuyas ramas colgó nueve días y nueve noches Odín para obtener las runas y la sabiduría. A partir de Ask (el fresno o el varón) y de Embla (el olmo o la mujer) los dioses Odín, Vili y Ve crearon a la humanidad.

De acuerdo a los judíos, existe el árbol de la vida que contiene a los *sephirot* o emanaciones de Dios, que se comunican a través de las letras del alfabeto hebreo.

Los mayas no se quedaban atrás. En el *Chilam Balam* podemos leer:

Cuando el mundo fue creado se puso un pilar en el cielo. . . que era el árbol blanco de la abundancia al norte; después, el árbol negro de la abundancia fue puesto al oeste. . . Después el árbol rojo de la abundancia fue puesto al este. . . Después el árbol amarillo de la abundancia fue puesto en el sur. . . Después el gran árbol verde (Ceiba) de la abundancia, fue puesto en el centro.

Al igual que Yggdrassil, la ceiba sagrada atraviesa los mundos y en sus raíces hay una serpiente y en su copa un águila.

Toda la vida está relacionada con los árboles, tanto en el aspecto espiritual como en el biológico.

Nuestros pulmones y nuestro sistema circulatorio son pequeños árboles de vida y nosotros mismos, como Ask y Embla, somos el follaje de antiguas ramas contenidas en un tronco que nos une.

UNA DELIRANTE PELÍCULA DE VAMPIROS

Aunque no son infrecuentes las personalidades bizarras en el mundillo del cine todavía existen algunas que nos causan asombro ya que por sí mismas resultan un espectáculo inverosímil; tal es el caso del alemán Uwe Boll, considerado por muchos como el peor director cinematográfico y digno heredero de Ed Wood.

Dicho personaje no carece de gracia e incluso podría decirse de él que es todo un comediante involuntario. Con todo el aspecto de un boxeador de tercera categoría el germano, harto de ser el blanco de las burlas por parte de las páginas especializadas en crítica ha retado a sus detractores en repetidas ocasiones al *ring*, corriendo con más suerte en el pugilismo que en la realización de sus películas, generalmente adaptaciones de video juegos, que producen más de un escalofrío entre los *gamers*.

Con más de una veintena de películas en su haber, muchas de ellas con errores garrafales que nos hacen

preguntarnos si no serán completamente premeditados, Uwe Boll ha conseguido, a pesar de todas las críticas, una película que desde nuestro humilde punto de vista es competente, entretenida, sangrienta, de bajo presupuesto y sin grandes pretensiones: podría decirse que es la obra maestra del teutón.

Se trata de *Bloodrayne*, adaptación homónima del video juego, que cuenta la historia de una *dhampir* (Kristanna Loken: *Terminator 3*), hija del rey vampiro Kagan (Ben Kingsley) y de una humana a quien violara años atrás.

Ambientada en una Hungría medieval de opereta y filmada en locaciones que incluyen el castillo del *voivoda* Vladimir Vlad Dracul, la película nos cuenta las peripecias de Rayne, quien luego de formar parte de un circo ambulante, en el que era todo un atractivo, escapa aprovechando una masacre y entra en contacto con la sociedad Brimstone, enemiga declarada de los vampiros.

Con el objetivo de acceder a Kagan, el rey vampiro, Rayne emprende una serie de pruebas para hacerse con diversos talismanes o restos de un legendario vampiro de nombre Belial. Se trata de un ojo, una costilla y un corazón, mismos que al ser absorbidos por el chupasangre que consiga apoderarse de ellos desarrollará inmunidad contra el agua, la cruz y la luz del sol.

Una vez con dichos objetos en su poder Rayne acude al castillo del malvado Kagan, quien la mete a un calabozo pues planea arrancarle el ojo de Belial, que ella había absorbido.

Como todo un villano de cómic el rey Kagan le arrebata una caja vacía a Rayne, creyendo que en su interior se encontraba el corazón que habría de inmunizarlo contra la luz del sol, y se dispone a practicar un macabro ritual con el que podría arrebatarle el ojo a Rayne.

En seguida todo se vuelve delirante: la sociedad Brimstone ataca el castillo del rey Kagan y, si el espectador se ha preparado convenientemente con una buena dotación

de comida chatarra, podrá disfrutar de las consabidas coreografías para los duelos de espada, clásicos en este tipo de filmaciones.

Ganadora de seis premios Raspberry la producción cuenta con el atractivo adicional de un desnudo de Kristanna Loken, la actuación de la malencarada Michelle Rodríguez y un final trágico que sin dudas hará las delicias de los devoradores de tebeos.

Finalmente resta decir que por una vez, insistimos, Uwe Boll se ha superado a sí mismo al contar una historia bastante entretenida que quizá no merece las feroces críticas de que ha sido objeto.

RATÓN ES AMENAZADO DE MUERTE

Platicando de cosas diversas con mi amigo Mario Flores, salió la anécdota de que hace tiempo recibí una amenaza de muerte, a saber:

Le vuelves a poner un mensaje a mi esposa y no vas a saber ni por donde [sic] te va a caer la yuca asi [sic] es que ponte bien pero bien zorra donde [sic] te estas [sic] metiendo soy Gildardo Trujillo. No tengo "Face" porque yo si [sic] fui a la escuela y no puedo estar perdiendo el tiempo solo abri [sic] este para avisarte saludos buen dia [sic].

Lo bueno es que él sí que fue a la escuela.

Ponemos a disposición de Gildardo algunas comas, puntos y coma, puntos suspensivos, signos de admiración, para su uso (,,,,,,,,,……;;;;;;;;;;;¡¡¡¡¡¡¡¡¡!!!!!!!!!).

Me dio tanto miedo que hasta me hice un sándwich, entre comidas.

Luego de investigarlo, porque nunca me tomo a la ligera las amenazas de muerte, descubrí que el tipo se dedicaba al

muy viril y peligroso deporte de pescar con caña y que hasta era campeón nacional, así que ya sé y ya saben de dónde me va a caer la yuca si algo me llegara a pasar.

Total que me dijo Mario Flores que era esposo de Jeannette, una güerita del Municipio muy amiga mía a la que nunca le falté. O sea, ni al caso la amenaza.

Quede el presente texto para el anecdotario y, ya saben los fans, si me cae la yuca, fue el tal Gildardo Trujillo.

ACERCA DEL TERRAPLANISMO
CON ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA DEMOCRACIA Y ALGÚN PENSAMIENTO TEOLÓGICO

Leer, por supuesto en inglés, a Danielle Steel, Sidney Sheldon, Ruth Harris, Frank Yerby, Jhon D. McDonald (a ese no me lo toquen, menos su novela *The deceivers*) como un aperitivo antes de que me atreva a leer las obras completas de Poe, en la lengua de los corsarios (la de Shakespeare, *of course*).

*

La tierra, por supuesto, es plana: todo mundo lo sabe, desde la Edad Media.

*

En el centro de la ciudad de Chihuahua hay un barecito que se llama *La presidencia* donde, curiosamente, y a pesar de mis gustos, no democráticos, acudo a escuchar a una muchacha flacucha, blanca, de cabellos castaños y que usa lentes,

misma que transfigura todos los géneros, con su guitarra acústica, en folk, y con su voz angelical.

Soy su admirador anónimo.

Mientras consumo cerveza y fumo como una fábrica de cemento entre las paredes que contienen las frases más absurdas de todos los presidentes de este lamentable país.

*

Bastaba una gallega del populacho, llamada María Pita, para acabar con la carrera de "sir" Francis Drake. Nota mental: no te metas con las gallegas.

*

Ella era tan bonita; pero, al calor de las copas, le reclamé que se mordiera las uñas.

—¿No sabes que los delfines son más inteligentes que nosotros y que nuestra única ventaja, respecto a ellos, es que tenemos manos, dedos? Dedos con los que trazamos nuestros sueños.

Detesto a las mujeres que no se cuidan las manos.

*

Uno de mis alter egos, no precisamente mi favorito, abrió en el blog una sección que se llama "Moloch". No sé qué pensaba escribir ahí el tipo ese, tan antipático: se la voy a borrar.

*

El placer de pecar es la transgresión: lo mismo se emociona el poeta, disfrazado de oficinista, cuando le agarra el culo a una licenciada muy seria, como la viejecilla cuando atrapa en el arroz el chícharo que le han prohibido.

ENTRE BÁRBAROS Y CARDOS

Crónica de un país bárbaro, por más que se ignore, es a los chihuahuenses lo que *la Ilíada* a los griegos, ya que si bien no se trata de un poema épico en el estricto sentido de la palabra, este texto busca reflejar las pasiones de un pueblo que se ha vuelto heroico a fuerza de luchar contra la adversidad.

Lo irónico del caso es que el poeta de la "chihuahuaneidad", horrible término acuñado (o por lo menos popularizado) por el controvertido gobernador de Chihuahua, Patricio Martínez García, es de origen "chilango", personaje colectivo al que odian los "chihuahuenses" (en realidad era de La Paz, Baja California Sur, pero radicó muchos años en México).

Y es que tal vez lo que más critica el chihuahuense en el chilango es de lo que más adolece: me explico:

El chihuahuense se ve a sí mismo como un retrato del lema que aparece en su escudo: "Valentía, Lealtad y Hospitalidad", algo así como el noble salvaje, no obstante que el término se aplica mejor a la gente del bosque, mientras que el chihuahuense es más parecido al árabe del

desierto, al cartaginés (de cuya raza es gloriosa excepción Aníbal Barca), a un hombre obligado a convertirse en un comerciante y en un cruel simulador, y es que el árido entorno no deja muchas opciones.

Haciendo a un lado el fallido intento que Fernando Jordán hace del innoble, perdón, "noble salvaje", podemos decir que este libro, que se lee como una novela, constituye una mezcla de sentimientos e hitos históricos (muchos de ellos expoliados, con mucha fortuna, de las acartonadas crónicas de Panchito Almada).

De esta forma Fernando Jordán, el "chihuahuense-chilango", cartaginés que busca reflejarse, aunque sea de pasadita, en un noble reflejo, construye su *Crónica de un país bárbaro*.

Fernando Jordán es un poeta que trasciende su condición de periodista y jornalero de la pluma y, antes de despedirse en el máximo de los desdenes que un hombre puede mostrar al mundo (el suicidio), emprende un viaje a un universo que admiraba profundamente.

Así nos hace saber que Cabeza de Vaca fue el primer blanco en pisar estas bravías tierras, no obstante que *Estebanico el Negro*, hombre del desierto, terminaría por quedar atrapado en este mundo de espejismos, convirtiéndose así en el primer colonizador.

Y es que Chihuahua formaba parte de un mundo fantástico que, bajo el nombre de Cíbola, la ciudad de oro, la de las siete puertas, había de desvelar a Coronado y a más de un aventurero alucinado.

El amplio paisaje chihuahuense, alguna vez el mar de Tetis, muestra los mudos despojos de una civilización olvidada: Paquimé, huella indeleble en el alma del aventurero español don Francisco de Ibarra, como el hierro en la carne del esclavo, preludio de la bonanza minera con sitios como Chínipas, Guazapares, Santa Bárbara y Parral, preludio de rebeliones de razas esclavizadas cuyo exponente más paradigmático es Teporaca, *el Hachero*, quien según

Fernando Jordán habría escupido al suelo poco antes de ser ejecutado por la traición de los suyos, esto es, de los tarahumaras.

Fernando Jordán nos pinta el esplendor de la ganadería y las invasiones de los bárbaros (entiéndase los indios, especialmente los apaches).

De acuerdo con el autor ni siquiera los apaches pueden presumir de la invención de prácticas bárbaras como arrancar cabelleras toda vez que resultaba un sistema hispano para cobrar las recompensas por exterminarlos, método que terminarían por adoptar.

Chihuahua, tierra de arena y de sangre, de monedas de plata y enormes hatos de ganado. Ardiente sepulcro de don Miguel Hidalgo y Costilla, geografía de grandes señores feudales como don Luis Terrazas, quien llegó a humillar a los antiguos terratenientes de Europa con sus grandes extensiones de tierra, si bien se trataba de enormes páramos, en su mayoría.

No obstante su aridez la altiva vocación de Chihuahua la llevaría incluso a convertirse, aunque fuera temporalmente, en la capital de la República con la llegada del presidente Benito Juárez.

Fernando Jordán nos describe el paso del gran hombre y pasa, casi apresuradamente, a retratarnos a don Joaquín Terrazas, azote de la apachería que continuaba cebándose en Chihuahua, y a cuyo lado el mismísimo *Billy the Kid* no era más que un lamentable aprendiz.

Los dioses de la guerra, siempre presentes en Chihuahua, resurgen en un valle de águilas rodeado de cumbres boscosas llamado Tomochi, para muchos cuna de la Revolución Mexicana.

Una vez concluidos los tiempos heroicos asistimos al Chihuahua de 1955, dominado por "cartaginesas" figuras como don Eloy Vallina, que vienen a dar un nuevo empuje a esta tierra "generosa y hospitalaria".

Fernando Jordán nos muestra un mundo de contrastes: el desierto y la llanura, los sombríos bosques de la sierra tarahumara, la magnífica cicatriz que sobre la tierra constituye la línea del ferrocarril, los emporios madereros, las melancólicas torres de cantera de Catedral y el terroso silencio del indio tarahumara que, según leemos en las reflexiones del autor, se convierte en una mitad del símbolo que hoy llamamos "chihuahuaneidad":

El aún triste y oscuro destino de esta raza chihuahuense lo simboliza bien ese vagabundo que en ocasiones se mira marchar a un lado de las modernas carreteras. Lleva a la espalda un atado en el que irá seguramente el pinole, el cantarito para el agua y el sarape de sobrios colores para cubrirse del frío. Parece ir hacia una meta que le espera en el infinito, pero se ignora si ella se encuentra en el futuro o en la muerte. Es el símbolo de una fuerza que ha roto la civilización; supervivencia de una cultura antaño adaptada a las condiciones geográficas, y que hoy se ha constituido en su propio e inexorable verdugo.

La otra mitad de este símbolo que, como ya hemos dicho, se nos antoja cartaginés, nos la presenta el autor en las últimas líneas de este libro:

La vida social marca un índice de desarrollo. La calle, el café, el club, son todos centros de contacto e intercambio. Las diferencias de categoría entre unos y otros están limitadas a las particulares situaciones económicas de sus miembros y no a una estratificación por clases. Ha sido abolida y olvidada la pretensión peculiar que caracterizara al Chihuahua de fines de siglo, cuando existía una "élite" de latifundistas y grandes empresarios. Es cierto que hoy también se advierte la presencia de una "aristocracia" y un proletariado, pero la primera no tiene limitaciones de sangre y abolengo. Está abierta a todos los que se elevan por su propio esfuerzo. En cierto modo, podría afirmarse que es una clase selecta de trabajadores, una élite de hombres de empresa, cuyo origen ha sido humilde en la mayor parte de los casos.

RECORRIENDO "CANTOS DE VAMPIROS"

En su ensayo *La decadencia de la mentira* el maestro Óscar Wilde, a quien no nos cansamos —ni nos cansaremos— de citar, afirma: "Ningún gran artista ve las cosas tales como son en realidad. Si las viese así dejaría de ser un artista"[25]. Más adelante agrega: "si desea usted ver un efecto japonés, no vaya como turista a Tokio. Por el contrario, quédese usted en casa y entréguese de lleno a la obra de ciertos artistas japoneses, y entonces, cuando haya usted asimilado el alma de su estilo y captado su visión imaginativa, vaya una tarde a pasearse por el Parque o por Piccadilly, y si no ve usted allí efectos absolutamente japoneses, no los verá en ningún otro sitio"[26].

Ante la imposibilidad momentánea de tomar un avión y partir a Transilvania en busca de las musas oscuras decidí emprender varios paseos por las calles y los parques durante las frías madrugadas, libreta en mano y equipado con

25 Wilde, Óscar. Obras completas. Aguilar. Estado de México, 1991. p. 987

26 *ídem*. p. 987

audífonos para escuchar música siniestra, lo que me permitió escribir *Cantos de vampiros* (*Carmina vampirorum*).

Este fue el primer libro que publiqué sirviéndome de una impresora a chorro de tinta que había comprado de medio uso.

Adicionalmente me permití el enorme placer de destripar y practicarle la autopsia a un libro de los testigos de Jehová, que hasta entonces equilibraba una mesa coja en la bodega, y con el auxilio de varias pintas de brandy —el cual obra maravillas— aprendí a coser cuadernillos, además de que me quedó un excelente material para encender el bóiler.

Armado de hilo y aguja mi papá me ayudó en el proceso, que dio como fruto 250 ejemplares, hoy prácticamente imposibles de encontrar.

La fotografía de la portada la realizó mi amigo Engelbert Grijalva, a partir de una idea mía. Lamentablemente la impresión de la portada de aquella primera y ranchera edición (1999) no fue muy buena.

El libro se divide en tres ambientes o capítulos, a saber: "*El ritual de los amantes"*, "*A la llegada de los sueños"* y "*Tras las huellas de la luna"*. Cada uno de estos subtítulos se engalana con una fotografía de mi amiga Minerva Correa, cuya belleza con ecos orientales capturó Juan Campos en el cementerio de Dolores, donde fungí como chalán. Esta vez recibimos la ayuda de varias latas de cerveza, que hábilmente ocultamos entre el equipo fotográfico.

El primer ambiente ("*El ritual de los amantes"*) abre con una breve composición que combina pentasílabos y heptasílabos:

Amanece de noche
para el poeta,
para el vampiro,
para el amante,

para todos aquellos
quienes cifran la espera
en un rostro de luna,

en un rostro de muerte
con destellos de plata.

A lo largo de este capítulo encontraremos poemas en verso libre que abordan en su mayoría el asunto de los amores desgraciados y destructivos, como en el siguiente fragmento:

Somos criaturas sin juicio:
un día nos despedazaremos
con pretextos de luna.

El segundo ambiente ("*A la llegada de los sueños"*) explora paisajes oníricos, vecinos del mito y la leyenda:

Extraviado en las montañas
donde suspiran los murmullos
de viejas religiones
perdidas en el tiempo
—ilusiones de la nieve y del cansancio—
espectros fríos encerrados en el hielo.

Los poemas están habitados por espectros, vampiros y ruinas sugerentes, melancólicas:

A veces despiertan
las sombras, de nuevo…
y beben, y ríen, y aman;
pero viene la luz
y rasga las fantasías
que tejía la luna;

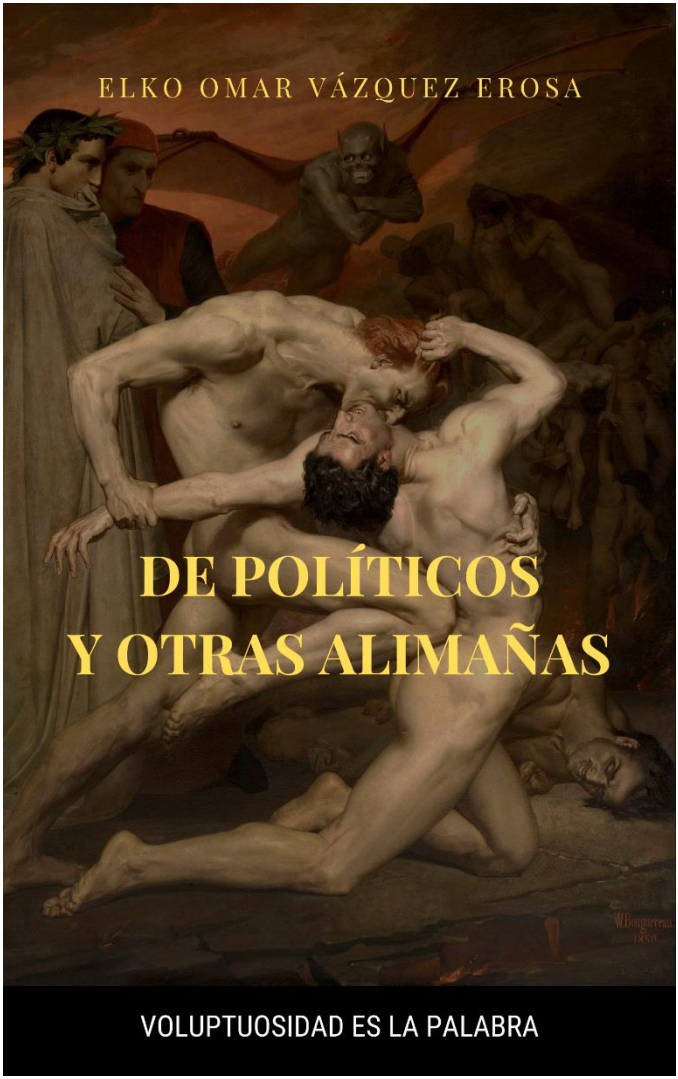
y el cansancio las vence
otra vez.

"Tras las huellas de la luna" es el tercer ambiente de este librito y viene a subir un poco (solo un poquitín) el tono de las imágenes sangrientas, necrofílicas y opresivas:

Subió las escaleras entre el polvo,
una luz enferma
alcanzaba a colarse por el vitral
mientras el silencio permanecía
enntretejido con las telarañas.

Si deseas presumir de persona culta y de inmejorable, aristocrático gusto, además de volverte el centro de las reuniones, *Cantos de vampiros* se encuentra disponible en Amazon.

Otros libros del autor


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
DE POLÍTICOS
Y OTRAS ALIMAÑAS
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

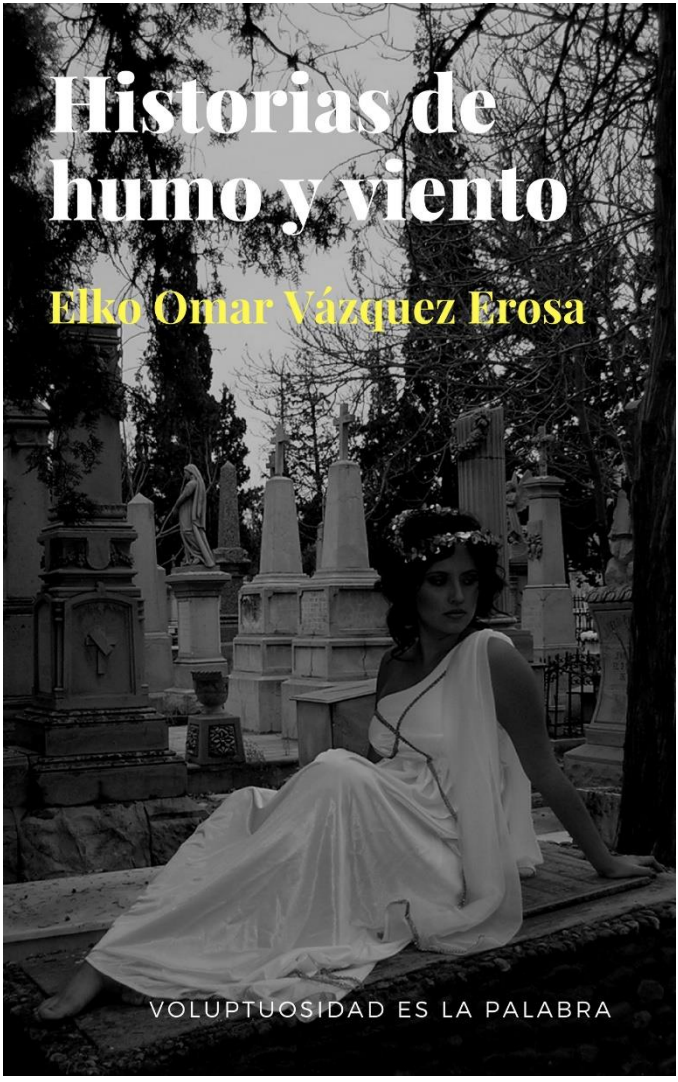
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

EL HOMBRE QUE ODIABA A SANTA

Y OTRAS HISTORIAS DELIRANTES



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA


Historias de humo y viento
Elko Omar Vázquez Erosa
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Contenido

Poetas y escritores

El fantasma de Óscar Wilde, 4
Instrucciones para aprovechar a Benedetti, 8
Carta a Lovecraft, 12
El asesinato de la imaginación, 14
Los vampiros nenazas de *Crepúsculo*, 18
Vendí un libro, 22
Leyendo a Rossetti, 24
Carta a Bukowski, 27
Un joven dios del vino, 29
La lluvia del otoño, 31
Civilización y barbarie, 33
Carta a Sade, 35
Leyendo a Bécquer, 37
Carta a Mefistófeles, 42
Biblioteca maldita, 44
Carta a Casanova, 49
Leyendo a Kavafis, 51
Un curso intensivo de literatura, 55
Leyendo a Khayyam, 66
Carta a Yorick, 70
Leyendo a López Velarde, 75
Grimorio maldito, 79
Acerca de la literatura independiente, 83
Bécquer en la oficina, 84
El gran amor de Balzac, 86
El bicho maldito, 88
Una fiestecita literaria, 90
¿Poesía o Mario Benedetti?, 93
Pulpo estilo Yog Sothoth, 94
Las noches desapacibles: Conversaciones selectas con el maestro, mismas que se publican en beneficio de la humanidad y para ilustrar al vulgo, 96

Invocando a Yog Sothoth, 99
El sapo de William S. Burroughs, 101
El regalo de Lovecraft, 105
La fragancia de los libros, 110
Chateando con el Divino Marqués, 112
Entonces mis días serán amargos sobre la tierra, 115
El circunsidator, 117
Pretextos acerca de Pessoa y Ofelia Queiroz, 120
Consideraciones filosóficas ante el retrato del Divino Marqués, 124
Carta a Drácula, 127

Otros delirios

Ecce homo, 130
Carta a Hobbes, 132
Molestando a Lutero, 134
Con alma de hierro: Algunos apuntes desordenados sobre el origen de la espada, 137
Acerca de Talleyrand, 142
Carta a Santa, 145
Acerca de los antropólogos, 147
Alger Erosa, un dios del rock, 148
Antes de Cristo y Alá, 152
Acerca de lord Sandwich: Ilustre benefactor de la humanidad, 154
El país de las telenovelas, 156
Acerca de los amores desafortunados, 159
En relación a los árboles, 160
Una delirante película de vampiros, 162
Ratón es amenazado de muerte, 165
Acerca del terraplanismo: Con algunos comentarios científicos sobre la democracia y algún pensamiento teológico, 167
Entre bárbaros y cardos, 169
Recorriendo *Cantos de vampiros*, 173
Otros libros del autor, 177